
EL
SILENCIO
QUE
ME
PROTEGE
Cuando la huida se convierte en esperanza
Melanie Wade

El silencio que me protege

Melanie Wade

Copyright © 2025

DEDICATORIA

A mi familia, por ser mi refugio de amor, fortaleza y serenidad. Gracias por confiar en mí, incluso en los momentos en que yo misma flaqueaba.

Por cada gesto de ánimo, y por recordarme que unidos somos capaces de vencer cualquier obstáculo.

Este libro es tanto vuestro como mío, porque vuestro apoyo ha sido el pilar fundamental para hacerlo realidad.

.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA



Capítulo 1

Ecos de cristal

Finales de noviembre

Mientras Olivia Bennett frotaba con esmero las tazas del desayuno, el agua tibia corría sobre sus manos. El jabón hacía espuma en sus dedos finos, casi frágiles, y el reflejo de la ventana dejaba ver el rostro de una mujer joven, de veintinueve años, piel clara y un cabello rubio que llevaba recogido de forma descuidada. Sus ojos marrones, grandes y oscuros, tenían una expresión apagada que no lograba ocultar con el tenue maquillaje que aún le quedaba.

El apartamento, un piso de dos habitaciones en un rascacielos de Boston, respiraba un aire frío y funcional. El suelo de parqué oscuro y las paredes, de tonos neutros, parecían absorber cualquier atisbo de calidez. «Este lugar nunca ha sido un hogar… solo un decorado donde fingimos que lo es», pensó mientras secaba una de las tazas con un paño gastado.

El leve sonido de pasos a su espalda tensó sus hombros antes de sentirlo: Ryan Short, alto y corpulento, tal como lo solía hacer, invadía su espacio. Sus brazos se cerraron alrededor de su cintura y, con un gesto rápido, su mano descendió a sus caderas, a sus muslos. El aliento de él en su cuello la hizo estremecer, pero no de placer.

—Buenos días, preciosa… —murmuró con una voz áspera y cínica, mientras sus dedos se tornaban descaradamente invasivos y buscaban su entrepierna.

Ella dejó caer la taza al fregadero, con un estrépito. Hizo un aspaviento para soltarse y empujó su brazo, pero él la inmovilizó con

fuerza, apretándola más contra su cuerpo.

—Ryan, basta… —susurró con un hilo de voz que ni siquiera sonó como una súplica, sino como un último vestigio de resistencia.

Él soltó una carcajada seca, amarga. Su rostro se tensó mientras sus ojos azules brillaban con una cruel arrogancia.

—Eres mía, Olivia. —Escupió las palabras junto a su oído—. Estás en mi casa y en mi cama. Tu cuerpo es mío cuando yo quiera. Que no se te olvide.

«Qué asco…», resonó en su mente mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Con un gesto brusco, la empujó hacia la encimera, con violencia. El golpe en la cadera le hizo daño. Olivia se apoyó en el mármol para no perder el equilibrio, y se mordió el labio para contener las lágrimas.

Ryan ni siquiera la miró mientras se alejaba. Cogió las llaves del recibidor, con un movimiento rápido, y se detuvo solo un segundo para arreglar el cuello de su chaqueta de cuero ante el espejo.

—Hoy vendré tarde —dijo con tono despectivo, como si anunciara algo sin importancia—. Haz que la cena valga la pena.

Abrió la puerta y salió sin más. El portazo hizo temblar las paredes. Un eco que se quedó suspendido en el espeso aire del apartamento. Olivia permaneció inmóvil, con las manos húmedas y temblorosas, y la espuma jabonosa resbalándole por las muñecas.

«Mía… Siempre dice mía…», pensó, respirando hondo, intentando acallar el temblor en su pecho.

Observó el fregadero lleno de espuma y la luz que se colaba gris y apagada por la ventana. Aquello no era un hogar. Y Ryan Short, el incompetente hombre que había heredado la empresa de reciclaje de su padre, era poco más que un tirano disfrazado de pareja. Tenía la arrogancia de hombre hecho a sí mismo, cuando en realidad todo lo había recibido de un apellido.

Con manos temblorosas, Olivia recogió la taza caída y la dejó sobre el mármol. Su reflejo en la ventana la miraba… y, como siempre, percibió en sus propios ojos un nítido destello… de rabia.

El reflejo de lo que fue

Cuando Ryan se fue, el silencio del apartamento se hizo liberador. Olivia apoyó las manos en la encimera y cerró los ojos, dejando que el vacío se llenara de recuerdos que siempre regresaban sin pedirle permiso.

Apenas habían pasado cuatro años desde que su vida era distinta… y la anterior se le antojaba otra existencia, lejana, casi ajena.

«Solo tenía veinticinco cuando me fui con él», pensó, con la mente atrapada en una imagen que, a menudo, aparecía antes de dormirse. La de ella misma, que estaba sentada en el pequeño sofá de la casa de su abuela Mery, en Dover Plains. Un lugar sencillo, con cortinas antiguas y muebles desgastados, pero cargado de ternura.

Su abuela era bajita, con un precioso pelo blanco que siempre llevaba recogido en un moño algo deshecho. Tenía las manos suaves, aunque arrugadas, y su mirada desprendía una calidez que le había devuelto algo de paz tras aquel accidente que partió su infancia en dos.

Su madre… La ausencia de su madre era como un vacío perpetuo. Olivia tenía doce años cuando ocurrió, y aún podía ver, con brutal nitidez, la puerta de su colegio aquel día en que la llamaron de clase, las caras serias de los dos policías… el coche volcado, las sirenas…, la incomprensible noticia: «ha muerto».

Jamás había conocido a su padre. Su existencia era un fantasma vago en las incompletas historias de su madre, un nombre jamás pronunciado en voz alta. Solo sabía que él las había abandonado antes de nacer.

Con todo, Mery había sido un refugio. Cariñosa y paciente, aunque el dinero siempre escaseaba. «Cada beca que conseguí fue un alivio para ella… y para mí», recordó, mientras se apartaba un mechón de pelo rubio y dejaba que cayera sobre su rostro sin preocuparse por arreglarlo.

El instituto lo había terminado con matrículas de honor. Luego hizo algunos trabajos esporádicos: camarera en un bar, donde la trataban como si fuera una sombra; fue dependienta en una tienda de ropa donde, dado su carácter y timidez, apenas intercambiaba palabras con los clientes.

Y entonces llegó Ryan Short… Carismático, guapo, encantador en la superficie. Él la sedujo con promesas de seguridad, admiración… incluso amor. «Cómo no iba a caer…», se reprochó, mientras el recuerdo de aquellos primeros meses le golpeaba con ironía cruel.

Durante un año, todo fue bastante bien, pero, poco a poco, las atenciones se convirtieron en órdenes. Las caricias en exigencias y las palabras dulces en desprecios. Velados primero… y en amenazas y empujones después.

Pero, en secreto, Olivia había hecho algo inesperado… algo que Ryan ignoraba. Desde hacía tres años estudiaba, por internet, la carrera de Psicología. Con el portátil encendido en la mesa de la cocina o en el sofá del salón, le robaba horas al sueño o cuando él salía.

«Necesitaba entender por qué aceptaba esta relación, por qué siempre sentía que debía disculparme ante él, y el porqué de mi miedo…».

Y lo había logrado. Sabía lo que era. Sabía que Ryan ejercía sobre ella un control abusivo, que su dependencia no era amor, sino miedo disfrazado, y que su erosionada autoestima no era suya… sino el resultado de años de manipulación.

Y, aun así… ahí estaba. Atrapada. Incapaz de salir.

Apoyó la frente en la fría superficie de la encimera y cerró los ojos con fuerza.

«Cobarde…». Su propia voz interior la abofeteaba con ese pensamiento.

Pero enseguida otro surgió, apenas un susurro:

«Todavía no. Pero un día… un día…».

Un sonido en la calle la devolvió a la realidad. Las horas seguían su curso, como siempre… y ella también debía seguir. Al menos, por ahora.

El peso de la despedida

El agua caliente de la ducha despertó a Olivia de su ensoñación. La acuosa cascada barría los rastros del asqueroso rastro de él que impregnaba su piel. La marca de Ryan después de una de sus muchas sesiones de sexo semanales, ese olor áspero e invasivo.

Se quedó un largo rato bajo la cortina de agua, sintiendo cómo, por unos segundos, era únicamente ella, solo su propio cuerpo cubierto de espuma.

Al salir, envuelta en una toalla blanca, su mente apenas era consciente de su reflejo en el empañado espejo: la imagen de una mujer que cada día le parecía menos segura, pero cuyo reflejo mostraba resignación… y algunos pequeños matices de firmeza.

Se vistió con cuidado. Con unos vaqueros y una camiseta de algodón gris. Ni maquillaje ni joyas, tal como él quería que estuviera en casa. Entonces sonó el teléfono. El nombre de la vecina de su abuela, Carmen Ramírez, la simpática viejecita latina, parpadeó en la pantalla. Un helado presentimiento le atenazó el pecho.

—Hola, Carmencita… —su voz se quebró casi sin darse cuenta —. ¿Qué pasa?

—Olivia… Siento tener que decirte esto, pero tengo que hacerlo —comentó la vecina, con la voz temblorosa—. Ayer no vi a tu abuela en todo el día, y esta mañana tampoco. Me he quedado preocupada, y al llamar y no contestar, he entrado con la llave que tengo —dijo, con la voz quebrada.

Olivia sintió que su corazón se desbocaba.

—Al entrar… me la he encontrado… muerta. Estaba en la cama, muy tranquila, pero sin signos de vida.

Su mundo se desmoronó. Olivia sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. No llegó a gritar, pero se hizo un silencio tan profundo que resonó dentro de ella como un estruendo.

—¿Có… cómo? —balbuceó.

—Lo siento, cariño. La policía y el médico que ya están aquí, y parece que fue un paro cardíaco. Supongo que lo confirmarán. Lo siento tanto…

Al colgar, Olivia se quedó sin palabras. Se dejó caer sobre el borde de la cama, con el teléfono aún en la temblorosa mano. Sintió que las paredes se estrechaban y que su pecho se convertía en un muro opresor. «Mery… ¿icómo voy a despedirme de ti!?».

Se puso a llorar y llamó a Ryan, sin saber qué hacer. Él lo tomó al segundo timbrazo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me llamas mientras estoy trabajando?—su voz era distante.

Mientras intentaba articular palabras que apenas salían, le faltó el aire.

—Me acaban de llamar para decirme que se ha muerto mi abuela.

Hubo un silencio en el otro lado de la línea.

—Espérame en casa —respondió de forma seca.

Antes de que ella pudiera contestar, él colgó.

* * *

Dos horas después, Ryan llegó a casa. No intercambiaron palabra, y no la abrazó, ni la consoló. Bajaron al aparcamiento del edificio y se acercaron al coche en completo silencio. Olivia se subió al asiento del acompañante y se abrochó el cinturón, sin mirarlo.

Partieron rumbo al pueblo. El viaje en coche fue un gélido paréntesis en el que Olivia contempló los bosques de Nueva Inglaterra teñidos de ocres y dorados, y se encerró en su dolor.

Tras casi cien kilómetros, llegaron a Dover Plains, un pueblo modesto al noreste de Boston, rodeado de suaves colinas y casitas de campo. La vivienda de su abuela estaba al final de una calle flanqueada por arces y robles.

Era una casita de madera blanca, con un porche frontal, dos

habitaciones arriba y un jardín trasero cuidado con mimo, con flores de temporada y macetas alineadas. Había un banco de hierro forjado donde su abuela solía sentarse con un libro. El portón estaba entreabierto y la hierba inclinada por la lluvia.

Mientras ella bajaba, Ryan se quedó al volante. Olivia caminó hacia la puerta y entró a paso lento, respirando el ambiente del hogar y notando su ausencia. El dormitorio de Mery estaba, como siempre, con ropa sobre la mecedora y el edredón bien estirado. Se acercó a la cama y se inclinó. Posó la frente sobre la sábana y creyó sentir el calor de su cuerpo, pero mezclado con la frialdad permanente del eterno descanso.

Apareció Carmencita, la vecina de su abuela. Estaba como ella, desconsolada. Le dijo que iba a venir la policía. Que le habían dicho que los avisara cuando ella llegara.

Unos minutos después, llegó la policía local. Tomó sus datos, y le comentaron que todo indicaba «paro cardíaco sin violencia aparente». Olivia escuchó sin escuchar. Solo notó un agudo dolor en su pecho. Cuando se fueron, le comentó a Ryan, con un murmullo:

—Quiero quedarme un par de días… para ordenar… para respirar un poco.

—No, cariño —respondió sin suavidad, ajustando el reloj en su muñeca—. Volvemos a Boston esta noche. Aquí estarás muy sola, y yo tengo trabajo. Mañana volveremos.

Ella sintió que algo dentro de ella se quebraba de nuevo, pero no levantó la voz. Apretó la mandíbula, y asintió. Él había decidido.

Regresaron al atardecer. Olivia apenas recordó el viaje de vuelta, solo la sensación de vacuidad, como si le hubiesen robado lo último que le quedaba.

* * *

Al día siguiente regresaron a Dover Plains, para el sepelio. El cielo estaba gris, triste y oscuro. Vecinos, compañeros de su abuela,

algunos primos lejanos. Silencios, susurradas condolencias, abrazos que ella agradeció y repelió por igual. Se mantuvo junto al pequeño féretro, mientras el viento agitaba las copas de los árboles.

Al terminar, se acercaron al notario, un hombre enjuto de mirada suave. Estrechó su mano con voz tenue:

—Su abuela le ha dejado la casa… y una cuenta bancaria con poco más de mil ciento treinta y dos dólares.

«Vaya mierda. Lo único que vale es la casa», murmuró él para sí, mirando el documento. Les explicó los detalles del seguro médico, y que los gastos de la cremación estaban cubiertos.

Al salir del notario, Ryan tomó su mano, condescendiente, y le dijo que tenían que hablar.

—Tenemos que decidir… sobre la casa. No la necesitas, y es un gasto innecesario. Vamos a ponerla en venta. Es un buen momento y podríamos sacarle beneficio.

Ella apartó la mirada, consciente de su propio anhelo de aferrarse a aquel refugio. Deseaba decir «no», tener algo real que le pertenecía. Pero solo murmuró:

—Lo… lo pensaré. Dentro de unos días. Ahora… no tengo fuerzas.

Ryan asintió, y ella supo que debía volver a Boston. Lo acompañó al coche y el motor arrancó. Los árboles de Dover Plains quedaron atrás, pero el peso de la decisión pesaba ya en su alma.

Sin refugio

El regreso a Boston fue tenso y doloroso, como una condena. Mientras el coche de Ryan avanzaba por la autopista, Olivia apenas miró por la ventana. Su mente estaba ocupada con el eco de las palabras de consuelo y despedida que Carmen le había dicho en Dover Plains, y el triste recuerdo de la casa vacía que ya no podría llamar hogar.

Cuando Ryan detuvo el coche en el aparcamiento privado del edificio, el cielo estaba completamente oscuro, tachonado de luces de neón y reflejos de los faros que serpenteaban entre los edificios.

El apartamento de él tenía 150 metros cuadrados en la planta veintidós de un rascacielos de acero y cristal, en el distrito financiero. Diseñado en líneas rectas y colores fríos, tenía suelos de parqué oscuro, grandes ventanales con cortinas grises, que apenas dejaban entrar la luz, y muebles modernos y caros, minimalistas.

Todo estaba perfectamente ordenado, pero nada resultaba cálido: una cocina americana de mármol blanco, con electrodomésticos de acero; un salón con un sofá gris oscuro de piel, sin cojines ni alfombras que suavizaran su dureza; paredes desnudas salvo por un par de cuadros abstractos elegidos más para impresionar que para emocionar. «Es su espacio… nunca ha sido el mío», pensó Olivia al cruzar la puerta, sintiéndose una intrusa en la elegante jaula de Ryan.

Mientras dejaba su bolso en la encimera, él se quitó la chaqueta de cuero y la lanzó sobre uno de los sillones.

—Ya está. —Su voz sonó áspera, definitiva—. Ha pasado. Ya no tienes a nadie. Ahora tienes que concentrarte en lo que importa. En nosotros.

Olivia no pudo responder. Las lágrimas le seguían cayendo por las mejillas. Estaba exhausta, rota… sola.

Él la miró con una mezcla de fastidio y arrogancia. Sus pasos retumbaron sobre el parqué al acercarse y sujetarla por la barbilla

con firmeza.

—Escucha bien… —dijo, con un amenazante susurro—: yo soy lo único que te queda. Lo único que debes querer… —Atrajo su barbilla, inclinándola hacia él—. Y te voy a cuidar. Pero solo si te portas bien, Olivia… solo si eres mía. ¿Lo entiendes?

Ella asintió mecánicamente, sin voz ni energía. «Quiero desaparecer…», se dijo a sí misma mientras la presión en su pecho aumentaba, pesada como un lastre.

Entonces, sin más, Ryan la tomó de la muñeca y la arrastró hacia el dormitorio. El espacio era igual de frío. Una cama enorme, con las sábanas estiradas, una lámpara de diseño y una alfombra beige, sin alma. Olivia seguía llorando, sin poder detener el temblor que la recorría, mientras él la empujaba sobre el colchón.

—Necesito que me des placer esta noche… —dijo él con un tono falsamente suave, mientras se inclinaba sobre ella.

—Ryan… no puedo… —susurró ella con la voz rota. El dolor le atravesaba el pecho y las piernas le temblaban—. No estoy bien… por favor…

Pero sus palabras fueron ignoradas. Su cuerpo le dejó de pertenecer en ese instante. No era la primera vez que Ryan la forzaba a mantener relaciones sexuales. Frío, posesivo, como siempre, sin preocuparse lo más mínimo por las silenciosas lágrimas que mojaron la almohada durante el acto.

«No estoy aquí… no estoy aquí…», repitió Olivia una y otra vez en su mente, tratando de protegerse en la única trinchera que quedaba: su interior.

* * *

Durante los dos días siguientes, una niebla espesa ofuscó su mente. Olivia apenas comió, apenas habló. Vagaba por el apartamento como un espectro, con la mirada perdida en las espectaculares vistas de la ciudad que se apreciaban por los ventanales, pero sin

encontrar consuelo en ellas.

Las noches eran peores. El eco del dolor físico y emocional seguía grabado en su piel. Dormía poco, se despertaba sobresaltada con imágenes confusas: la casa de su abuela, la cama de Ryan, las palabras hirientes mezcladas en un oscuro murmullo.

Él, en cambio, se comportaba como si nada hubiera pasado. Entraba y salía de casa con su habitual energía, arrogante, haciendo llamadas de negocios y dejándola sola, a veces durante horas. Pero cada vez que regresaba, le exigía una sonrisa, una caricia, su sumisión.

Por dentro, Olivia sentía cómo, en silencio, crecía algo inesperado: un odio tranquilo, casi metódico. No era todavía fuerza… pero ya no era miedo.

* * *

La tarde del tercer día, Ryan volvió antes de lo habitual. Se sentó frente a ella mientras cenaban en silencio. Ella, sin apetito, apenas picoteaba una ensalada, y le soltó la frase con tono categórico:

—Este fin de semana volveremos a Dover Plains. —Su voz era firme, sin opción a réplica—. Hay que poner en venta esa casa cuanto antes. No sirve de nada dejarla ahí. Nadie la necesita. Yo me encargaré de hablar con los agentes inmobiliarios.

Olivia tragó saliva, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Sí… —murmuró—. Cuando quieras.

Por dentro, algo se le encogió otra vez. Sabía que volver significaría despedirse de la última raíz que le quedaba. Pero también era consciente de que aún no tenía fuerza para enfrentarlo.

«Algún día», se dijo, mientras miraba cómo Ryan se levantaba y se sentaba en el sofá, dejando que ella recogiera los platos. Él le lanzó una falsa sonrisa, como si su vida fuera exactamente como debía ser.

«Algún día será el último de este sufrimiento…», pensó.

* * *

El plan silencioso

El camino de vuelta a Dover Plains fue un monólogo unilateral de Ryan. Hablaba de los horarios de las inmobiliarias, del precio, y de hacer una venta rápida. Olivia, en silencio, fingía escuchar, mientras sentía la tensión anudada en la garganta.

El aire otoñal había enfriado los campos que rodeaban el pequeño pueblo. La casa de su abuela apareció al final de la calle, tan blanca y frágil como la última vez, con las hojas secas amontonadas junto al porche. Olivia tragó saliva y sintió que cruzar esa puerta era también una despedida.

La visita a los agentes inmobiliarios fue rápida y precisa: Ryan Short dominó las conversaciones con su arrogancia habitual.

—No queremos perder tiempo —decía—. No hace falta esperar al mejor postor. Si tenemos que ajustar el precio, se ajusta, pero que esté vendido en unas semanas.

Los agentes asentían, sabiendo perfectamente, cómo tratar con clientes así: rápidos, eficaces, pragmáticos. Olivia apenas murmuró un par de frases y se limitó a firmar los papeles donde Ryan le indicaba.

Pero antes de marcharse, pidió un gesto mínimo, uno que él no podría negarle:

—Necesito recoger algunas cosas de la casa… Ropa… recuerdos… Algunas cosas de Mery… —susurró sin mirarlo a los ojos.

—No tardes —dijo él, sentado al volante y revisando su reloj con impaciencia—. Voy a ir a hablar con la otra agencia, la que estaba cerrada. Tardo una media hora. Asegúrate de estar preparada.

Cuando se fue, Olivia entró en la casa y se acercó al dormitorio. Allí, donde las cortinas aún olían ligeramente a jabón y flores secas, se arrodilló frente al zócalo de madera en la esquina, el que su abuela siempre limpiaba con exagerado esmero.

«A Mery nunca le gustaron los bancos… Siempre decía que no

confiaba en ellos…», pensó. Sabía exactamente dónde mirar: detrás de la vieja cómoda de caoba. Con dedos nerviosos, retiró el pequeño panel de madera, encajada a mano, y, dentro, tal y como había imaginado, encontró un paquete envuelto en papel marrón.

Lo abrió con cuidado. Estaba separado en diferentes fajos. Setenta y seis mil dólares, en billetes de cincuenta y cien. Olivia se quedó helada unos segundos. «Mery… tú me has dejado mucho más que una herencia material… Me has regalado una oportunidad».

Mientras pensaba cómo esconderlo, su pulso temblaba. Revisó rápidamente el armario y encontró lo que buscaba: una de las viejas fajas ortopédicas de su abuela, de tela gruesa y reforzada. Distribuyó los billetes en paquetes planos, los envolvió en papel film, y los colocó cuidadosamente en los compartimentos interiores de la faja, asegurándose de que quedaran invisibles bajo su ropa.

Se vistió con el ancho vestido negro que había traído para la ocasión, y se miró en el espejo del dormitorio. La imagen que le devolvió era el de una mujer delgada, de rostro ojeroso y gesto sombrío, pero que ahora guardaba un secreto pegado a la piel. Una pequeña victoria que Ryan jamás podría sospechar.

Cuando salió de la habitación, él ya estaba dentro de la casa, revisando lo que ella había metido en las cajas: un par de marcos de fotos, su bata de cuadros favorita, algunos libros y una cajita de madera tallada.

—¿Nada más? —preguntó Ryan, escrutando su mirada.

—Nada más… —contestó Olivia, fingiendo indiferencia mientras la faja bajo su vestido apretaba su cintura como una segunda piel.

* * *

La casa quedó lista para la venta. Regresaron a Boston al atardecer, con el coche cargado con las dos cajas y la misma sofocante tensión de siempre.

Aquella noche, Ryan volvió a ejercer su poder sobre ella. La

tomó sin mirarla, sin preocuparse por sus lágrimas ni su rigidez, como quien usa algo que considera de su propiedad, y Olivia soportó el acto con la mente en otra parte.

«No estoy aquí. Estoy lejos… Estoy planeando mi huida».

Cuando él se durmió, roncando como el cerdo que era, como si la vida fuera perfecta, Olivia se quedó en vela, inmóvil junto a la ventana que daba a la ciudad iluminada.

Su respiración era rápida, y sus pensamientos claros, como nunca.

«Tengo dinero. Ya no necesito este lugar. No puedo seguir bajo sus reglas, sentir sobre mí sus manos, someterme a su control… Estoy sola, pero ahora tengo una salida que él no conoce».

Visualizó el plan con precisión quirúrgica:

Primero, reuniría lo esencial: documentos, el dinero escondido, algo de ropa.

Segundo, esperaría al próximo viaje o salida de Ryan… Tenía que haber una ventana de tiempo.

Tercero, huiría sin aviso: nada de llamadas, ni notas, ni explicaciones.

Cuarto, borraría todo rastro: nuevo teléfono y un lugar donde él jamás la encontraría.

Mientras la noche avanzaba, por primera vez en meses no sintió miedo, sino una firme y helada determinación.

Madrugaría. Solo necesitaba un momento. El momento. Y ese momento iba a llegar antes de lo que Ryan imaginaba.

La mañana siguiente amaneció con un cielo claro y limpio sobre Boston. Ryan Short se ajustó la corbata azul marino frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio. El traje a medida le quedaba impecable: chaqueta gris oscuro, camisa blanca, perfectamente planchada, y los zapatos lustrosos. «Un corte perfecto… como yo», pensó mientras se lanzaba una mirada de aprobación y salía del dormitorio con paso decidido.

Antes de salir, se inclinó sobre Olivia, que permanecía sentada en el sofá, cabizbaja, sin apenas hablar.

—Hoy tengo una reunión importante —anunció con ese tono que mezclaba arrogancia y condescendencia—. Comeré fuera. No me esperes hasta última hora de la tarde.

No esperó respuesta. Cogió las llaves del coche y desapareció cerrando la puerta con ese golpe seco que siempre resonaba en las paredes… y en la mente de Olivia.

«Hoy no volverá hasta tarde», pensó ella. Su pulso se aceleró. Era la oportunidad que estaba esperando.

* * *

Ryan cruzó la entrada acristalada de Short Solutions, la empresa de reciclaje que heredó de su padre y que le daba el aire de empresario respetable que tanto le gustaba aparentar.

Medía metro ochenta y ocho y era corpulento, aunque con una complexión que ya empezaba a ensancharse con la edad y la falta de ejercicio. No hacía deporte: su único entrenamiento era el ego y la soberbia. Ojos azules, cabello rubio perfectamente peinado, con gel, y manos cuidadas. Vestía bien, con trajes que ocultaban la incipiente barriga y daban la ilusión de éxito total.

Al entrar, los empleados le saludaron de forma automática, desprovista de afecto. Todos sabían que Ryan Short era un jefe

imposible: arrogante, volátil, incapaz de aceptar una crítica y obsesionado con mostrar dominio sobre cada detalle… aunque rara vez hiciera algo de verdadero trabajo.

Él caminaba como si el mundo entero fuera suyo, lanzando miradas de inspección a quienes se cruzaban en su camino.

—Buenos días, señor Short —murmuró uno de los ingenieros al verlo.

Ryan apenas le dedicó un gesto con la cabeza. «Pelotas… ninguno sirve para nada», pensó con desdén, ignorando el susurro que alguien dejó escapar a sus espaldas en cuanto él pasó: «Idiota insufrible».

Llegó a su despacho, un amplio espacio de cristal y acero, minimalista, moderno… frío. Igual que él. Sobre la mesa de madera oscura ya lo esperaba Katherine, su secretaria personal: treinta y dos años, pelirroja. Llevaba los labios pintados de rojo oscuro y un escote exagerado. Era su amante habitual desde hacía meses, aunque Ryan jamás hablaba de ello fuera de ese despacho.

—Tu agenda para hoy… —empezó ella, inclinándose hacia él más de lo necesario.

Ryan la contempló con su habitual sonrisa insolente. Insinuante, provocador, confiado en su poder sobre todos y todo.

—Cierra la puerta, Katherine… —dijo en voz baja—. Primero quiero repasar un par de… asuntos más íntimos.

Ella obedeció sin disimulo, disfrutando del juego. Ninguno de los dos reparaba en el hecho de que todos en la empresa sabían lo que ocurría a puerta cerrada. Las risitas, las reuniones «urgentes» a última hora, las prolongadas ausencias dentro del despacho.

Pero no se hablaba en voz alta. Nadie quería confrontar a Ryan Short. Nadie lo aguantaba, pero todos lo sufrían, porque era el hijo del fundador, el que llevaba el apellido pintado en el rótulo de la entrada.

Mientras Katherine cerraba las cortinas y apagaba

momentáneamente las cámaras internas, Ryan se permitió un pensamiento cruel y autocomplaciente: «Afuera soy el rey. Nadie me discute. Ni aquí… ni en casa. Olivia es solo una extensión más de este imperio. Olivia es mía».

* * *

Esa mañana, mientras Ryan disfrutaba de su aparente triunfo sobre todos los que lo rodeaban, Olivia respiraba con un nerviosismo muy especial.

Ya tenía planeada su huida definitiva, y sería invisible a los ojos del hombre que creía controlarlo todo.

Bajo el disfraz del éxito

El primer paso

Olivia sabía que Ryan Short estaría sentado en su despacho de cristal, engatusando a su secretaria mientras aparentaba ser el impecable empresario que nunca fue. Eso le daba a ella varias horas de libertad antes de que él regresara a casa esa noche, cargado de órdenes y exigencias.

Respiró hondo frente al espejo del baño del apartamento. Llevaba puesto el vestido negro y ancho, unas cómodas zapatillas de deporte y, oculta bajo la tela, la vieja faja de su abuela con los fajos de dinero perfectamente colocados en su interior. «Setenta y seis mil dólares… y mi libertad», pensó mientras se ataba los cordones.

Su mochila era minúscula: cuatro prendas básicas, ropa interior, un peine, su cepillo de dientes y su documentación. Nada más. «Lo imprescindible. Todo lo demás puedo volver a tenerlo… excepto otra oportunidad como esta».

Antes de salir, apagó el móvil y lo dejó en la estantería del salón, entre unos libros. «Que suene… que vibre… que se desespere cuando descubra que no respondo».

Se miró al espejo y cerró la puerta con una calma que nunca habría creído posible.

* * *

Las calles de Boston la envolvieron con su bullicio. Caminó deprisa, con los brazos tensos contra el cuerpo y sabiendo que sus pasos la llevaban lejos… muy lejos de él.

Entró en una pequeña peluquería, en un barrio donde jamás había estado y donde nadie podría reconocerla.

—¿Qué quieres, cariño? —le preguntó la peluquera, una mujer de mirada cálida.

Olivia se miró en el espejo. «Esta es la última vez que me ves

así», pensó.

—Córtalo… hasta los hombros… y con un flequillo abierto.

—¿Seguro? Tienes un pelo precioso… —insistió la mujer, acariciando su larga y rubia melena.

—Sí. —Su voz fue firme, segura, como si por fin hablara otra mujer.

Y lo hizo. Cada mechón que caía al suelo era como un peso menos sobre sus hombros. Cuando terminó, Olivia apenas se reconocía: el corte escalado daba movimiento a su cabello… pero aún era rubio.

—¿Te gustaría un cambio de color? —propuso la peluquera, con entusiasmo.

—Sí… un color castaño oscuro —respondió Olivia—. Algo que no se parezca en nada al mío.

Dos horas después, salió a la calle convertida en otra persona. Tenía el cabello castaño, y un corte moderno y escalado. Con un flequillo abierto que enmarcaba su precioso rostro… y unos ojos que brillaban con una nueva determinación, aunque aún estaban ligeramente enrojecidos por las contenidas lágrimas.

Su siguiente parada fue una óptica cercana. Eligió unas gafas sencillas, redondas y de pasta negra.

—No necesito graduación —explicó—, solo quiero las lentes transparentes.

Con las gafas puestas, se vio en el espejo. Estaba muy diferente, irreconocible, incluso para sí misma. «Que intente buscarme ahora…», pensó.

Luego compró un teléfono de prepago en una pequeña tienda electrónica. «Número nuevo. Sin aplicaciones… sin redes… sin rastros».

Y su última parada fue la estación de autobuses, un lugar que le resultaba extrañamente acogedor: ruido, voces, maletas, gente que llegaba y se iba… gente en movimiento, como ella.

Se detuvo frente al panel de salidas y leyó los destinos. El primero que salía era a Nueva York. «Es el adecuado», pensó.

—Un billete para Nueva York —pidió con voz baja al empleado, mientras colocaba en el mostrador un billete de veinte.

El autobús partiría en quince minutos. Era perfecto.

* * *

Sentada ya en el asiento junto a la ventana, Olivia abrazó su pequeña mochila contra el pecho. El motor rugió. Las puertas se cerraron con un chasquido mecánico… y Boston comenzó a desvanecerse en el retrovisor.

No importaba su destino, lo importante era que se iba.

Y por primera vez en los últimos cuatro años, ya no estaba bajo las reglas de Ryan Short.

«Mery… Gracias a ti he encontrado una salida», pensó mientras se ajustaba el cinturón y respiraba, por fin, el reconfortante aire de la huida.



Capítulo 2

Una nueva vida

Llevaba ya cuatro horas largas de viaje y el motor del autobús zumbaba con un ritmo monótono, casi hipnótico. Miraba por la ventana sin realmente ver lo que pasaba fuera. Aún sentía el sabor de la adrenalina en la boca, la marca invisible de los dedos de él en su muñeca, y un eco en la cabeza: Corre. Corre. Corre.

Había subido al primer autobús que salía de Boston. El billete barato decía «Boston — Nueva York Port Authority» y eso era todo lo que sabía de su destino cuando se dejó caer en aquel asiento de pegajoso vinilo. El plan era simple: desaparecer en la inmensidad de Manhattan, donde nadie repararía en ella.

Pero ahora, tras algo más de cuatro horas, la idea de perderse entre millones de desconocidos le parecía asfixiante. Necesitaba aire. Necesitaba espacio. Necesitaba… algo que le ofreciera la paz que ansiaba.

Al tomar una curva junto al río Hudson, el autobús redujo la velocidad. Afuera, entre los árboles verdes y la luz dorada de media tarde, apareció Cold Spring: un pequeño pueblo encajado entre montañas y el brillo del río. Casas antiguas, tejados de pizarra, calles estrechas… y calma.

Demasiada calma, quizá, pero la calma que su alma rota anhelaba.

Instintivamente, se inclinó hacia el pasillo, alzando la voz por primera vez desde que subió.

—¿Cold Spring? —le preguntó al conductor cuando lo vio girarse para anunciar por el intercomunicador la siguiente parada oficial, mucho más adelante—. ¿Va a detenerse aquí?

El hombre frunció el ceño.

—Cold Spring no es parada del trayecto.

Ella buscó en sus vaqueros arrugados y, con dedos temblorosos, sacó un billete de veinte dólares.

—Por favor… necesito bajarme aquí —dijo, dejando que su quebrada voz hiciera el resto—. Solo llevo esta mochila.

El conductor la miró un segundo más largo de lo necesario. Y entonces detuvo el autobús al borde de la carretera, justo antes de cruzar un pequeño cruce que llevaba hacia el centro del pueblo.

—Baja rápido —murmuró.

Ella agarró su mochila, descendió los escalones de dos en dos… y cuando sus pies tocaron la grava del arcén, escuchó cómo las puertas se cerraban tras de sí y el motor rugía de nuevo, alejándose hacia Nueva York City, hacia lo que era su «plan inicial».

Pero el que su mente le sugería, empezaba allí. En Cold Spring.

Sin que nadie supiera quién era. Sin que nadie pudiera encontrarla.

Y desde ese instante… ya no era ella. Decidió que debía elegir un nombre. No podía seguir siendo ella

* * *

Se sentó en un banco y abrió la vieja cartera de piel donde guardaba lo único que había rescatado de su antigua vida: una fotografía desgastada. En la imagen, una mujer joven, de sonrisa cálida y ojos idénticos a los suyos, la abrazaba en un parque. Laura era su madre. Ese nombre que no lo pronunciaba desde hacía años. Le resultaba demasiado doloroso mencionárselo a nadie, ni siquiera a Ryan. Pero también era la única persona, además de a su abuela, a la que había querido de verdad.

Pasó el pulgar sobre el borde de la fotografía, deteniéndose en la esquina inferior donde alguien —quizá su abuela— había escrito

con tinta azul: Laura, 1987.

Y Adams era el apellido de soltera de su abuela.

Se quedó mirando las dos palabras: Laura Adams.

Era sencillo y común. Perfecto para no destacar. Pero, sobre todo, era su manera de empezar una nueva vida recordando a quien la había amado antes de que todo se rompiera.

Respiró hondo, tragándose las lágrimas, y decidió que ese era el nombre que le correspondía: Laura Adams.

Alguien que, aunque no era del todo ella… tenía sus mismas raíces.

Cold Spring

Cuando se quedó sola, de pie junto al arcén, con la mochila colgando del hombro, el autobús ya era solo un eco lejano sobre el asfalto y el viento del Hudson enredaba su cabello castaño. Respiró hondo, y se sintió libre.

El cruce que llevaba al centro de Cold Spring no era más que una carretera estrecha bordeada de árboles, pero mientras caminaba, poco a poco comenzó a adentrarse en un lugar que parecía ajeno al tiempo.

Las casas aparecieron como si brotaran de la tierra: viejas, pero cuidadas, con tejados de pizarra y porches de madera donde se balanceaban mecedoras vacías. Las flores salpicaban pequeños jardines, y sobre las puertas colgaban campanas de viento que tintineaban suavemente. Las calles eran adoquinadas, tranquilas, sin tráfico ni prisa.

A lo lejos escuchó el silbido de un tren: la Hudson Line, que serpenteaba junto al río. Más cerca, oyó las risas apagadas de un grupo de niños que jugaba en un parque modesto, al pie de unos inmensos árboles. La brisa olía a césped recién cortado, a madera envejecida y al metal salino del río.

Se detuvo frente a un pequeño escaparate, donde una vieja máquina de escribir oxidada descansaba tras el cristal. A un lado, una pizarra dibujada a mano anunciaba: «Libros usados, café y tartas caseras».

Le pareció acogedor, como si la invitara a quedarse sin necesidad de hacer preguntas.

Cold Spring parecía un lugar donde los secretos podían esconderse entre los viejos ladrillos y las plantas trepadoras.

Nadie reparaba en ella. Nadie le preguntaba de dónde venía. Nadie sabía su nombre…

Siguió caminando despacio, sintiéndose con cada paso un poco más ligera, más invisible… y mucho más libre.

Había elegido bien.

Su llegada a la cafetería

Después de deambular durante un rato por las adoquinadas calles, sus pasos la llevaron hasta una esquina donde un pequeño cartel de madera, colgado de una cadena oxidada, se balanceaba suavemente: «Maple & Ivy Café».

El lugar parecía sacado de otra época. Las grandes ventanas dejaban ver un interior cálido, con estanterías repletas de tazas desparejadas, mesas de madera envejecida y un mostrador adornado con tarros de galletas y pasteles caseros.

El olor a café recién hecho la envolvió, antes incluso de abrir la puerta.

Al entrar, una campanilla situada sobre ella, anunció su llegada.

El local estaba casi vacío. Dos hombres mayores conversaban en voz baja en un rincón, una chica joven escribía en un cuaderno, junto a la ventana… y detrás del mostrador, una mujer de unos cincuenta años, de rostro amable y cabello recogido en una coleta, sonrió al verla.

—Buenas tardes —dijo la mujer con un cálido tono de voz, mientras dejaba una cafetera sobre la encimera—. No te he visto antes… ¿Estás de paso?

Laura tragó saliva. Esa sería la primera vez que hablaba como Laura Adams.

—Acabo de llegar —respondió con una tímida sonrisa—. En realidad, estoy buscando trabajo… Y algo me ha dicho que debería entrar aquí.

La dueña arqueó una ceja, interesada. Se la quedó mirando con detenimiento. Parecía una buena chica. Muy dulce y algo tímida.

—¿Trabajo? —repitió, limpiándose las manos en el delantal—. No te prometo nada… pero siempre hace falta ayuda. Solo trabajo hasta después de las comidas. Cuando hay más trabajo son los fines de semana, pero el horario es el mismo. ¿Tienes experiencia?

Laura asintió enseguida. Había trabajado muy poco tiempo de camarera, pero estaba dispuesta a decir cualquier cosa para conseguir lo básico: techo y comida.

—Sí. He trabajado en varias cafeterías —mintió sin dudar—. Sirviendo, limpiando, atendiendo clientes. Lo que haga falta.

La mujer la examinó un instante. Cold Spring no era un lugar donde la gente llegara sin más, pero algo en aquella chica, quizá su mirada cansada o su gesto vulnerable, hizo que se decidiera.

—Me llamo Doris. ¿Tienes dónde quedarte?

Laura vaciló.

—Estoy buscando… algo sencillo. Una habitación, quizás.

Doris asintió.

—Habla con la señora Evans, vive dos calles más arriba y suele alquilar habitaciones a buen precio. Dile que te mando yo.

Y con una sonrisa más amplia, añadió:

—Si encuentras alojamiento y puedes empezar mañana… ven temprano. Aquí necesitamos manos dispuestas.

Laura casi se echó a llorar de alivio.

—Gracias… Doris.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó la mujer, curiosa.

Olivia respiró hondo. Era el momento exacto de su renacimiento.

—Laura. Laura Adams —dijo, y la campanilla de la puerta se agitó suavemente cuando alguien entró detrás de ella.

La primera visita a la casa de la señora Evans

La señora Evans vivía en una casona antigua a apenas dos calles de Maple & Ivy Café. Estaba en lo alto de una pequeña pendiente desde donde se podía ver el destello plateado del río Hudson entre los árboles.

Era una casa victoriana de madera gris, con el porche rodeado de macetas desordenadas y una hamaca colgando de dos columnas algo torcidas. El timbre parecía antiguo, pero funcionaba: un carrillón agudo y breve sonó al apretarlo.

Mientras se oía el arrastrar de unos pasos en el interior, Laura respiró hondo. La puerta se abrió despacio, revelando a una mujer de unos setenta años, menuda, pero erguida, con el cabello blanco recogido en una trenza que le caía sobre un hombro y unos ojos claros, vivos, que la estudiaron de arriba abajo antes de pronunciar palabra.

—¿Sí? —dijo con voz seca, pero no antipática.

Laura forzó su mejor sonrisa.

—Buenas tardes… Doris, de Maple & Ivy Café, me ha dicho que tal vez usted alquila habitaciones. Acabo de llegar al pueblo.

La señora Evans entrecerró los ojos, examinándola con desconfianza y cierta curiosidad.

—¿Vienes sola? —preguntó, directa.

Laura asintió.

—Sí… y solo necesito algo sencillo durante un tiempo. Pagaré por adelantado.

Aquella frase, breve y concreta, pareció desbloquear algo en la mente de la anciana.

—Pasa —ordenó, apartándose a un lado mientras abría la puerta del todo.

El interior de la casa olía a madera envejecida, lavanda y té negro. Era acogedora, pero polvorienta, llena de libros, marcos

antiguos y recuerdos amontonados en vitrinas. Un gato gris, enorme y peludo, dormía hecho un ovillo sobre un sillón junto a la chimenea.

—Arriba tengo una habitación que alquilo a veces —dijo la señora Evans mientras cerraba la puerta con un cerrojo que giró dos veces—. No es gran cosa, pero tiene una cama cómoda, el baño es compartido y tiene una ventana que da al jardín trasero.

Laura asintió con entusiasmo.

—Es perfecto —dijo, aunque no lo había visto aún.

La anciana arqueó una ceja.

—¿No quieres verla antes?

Laura sonrió con sinceridad. No tenía tiempo para formalidades: necesitaba un lugar donde dormir esa noche.

—Confío en usted —respondió con una calidez que encandiló a la anciana.

Por primera vez, la señora Evans esbozó una sonrisa fugaz, casi divertida.

—Doris suele tener buen ojo —murmuró—. Son ciento veinte dólares por semana. Pago en efectivo. Y nada de fiestas ni visitas extrañas. Aquí se vive tranquilo.

—Me parece perfecto —contestó Laura, aliviada de poder pagar y quedarse.

Subieron juntas la escalera de madera, cuyos peldaños crujían suavemente, hasta llegar al piso superior. La habitación era pequeña, pero luminosa: una cama de hierro con colcha de flores descolorida, una cómoda antigua y una mesilla con una lámpara de pantalla rota. En la pared, un espejo redondo algo oxidado reflejaba la ventana, desde la que se veían los tejados de Cold Spring y, más allá, el río.

Laura dejó caer su mochila en el suelo con un suspiro.

—Gracias… señora Evans.

—Llámame Jane. Lo de «señora Evans» es para los vendedores

—dijo, soltando una carcajada que Laura acompañó.

La anciana asintió con gesto amable y antes de marcharse dijo, lanzándole una rápida mirada:

—¿Cómo dices que te llamas?

Laura levantó la cabeza.

—No se lo había dicho…, Jane. Soy Laura Adams —respondió con voz tranquila, como si lo hubiera sido toda su vida.

La señora Evans se quedó un segundo en silencio antes de decir simplemente:

—Bienvenida, Laura. Aquí no hacemos demasiadas preguntas… pero no subestimes la curiosidad de un pueblo pequeño.

Y con esa frase, cargada de advertencia y acogida a la vez, salió de la habitación, dejándola sola con el silencio y la sensación de que por fin había encontrado un refugio.

Sola en la habitación

Laura cerró con suavidad, escuchando el clic metálico del picaporte como si fuera el eco de una promesa. Aquí, en esta pequeña habitación de techos bajos y paredes descascaradas, nadie podría alcanzarla.

Dejó la mochila en el suelo y se sentó sobre la cama, que crujió bajo su peso. La colcha de descoloridas flores tenía aroma a lavanda, mezclado con el polvo de los años, pero le resultaba extrañamente acogedora.

Durante un largo minuto no hizo nada más que respirar. Respirar de verdad. Profundo. Llenando los pulmones hasta que dolió un poco… porque ahora podía hacerlo sin miedo a oír pasos al otro lado de la puerta, sin temblar con sus gritos, sin que le controlara cada gesto, cada palabra, cada mirada.

Levantó la vista hacia la ventana. Desde allí veía los tejados de Cold Spring extendiéndose como una postal antigua. Más allá, el Hudson brillaba, sereno, reflejando los últimos tonos dorados del atardecer.

Por primera vez el mundo parecía… en pausa.

Se tumbó sobre la cama, aun con la ropa puesta, y hundió el rostro en la almohada.

Las lágrimas llegaron despacio, sin violencia, sin desbordarse como antes. No eran lágrimas de pánico ni de tristeza. Eran de alivio. De éxito.

Aunque fuera solo por esa noche, sabía que estaba a salvo.

Cerró los ojos y se permitió un pensamiento casi olvidado: Podría empezar de nuevo. Ser otra persona. Aquí nadie sabe quién soy. Nadie me conoce. Aquí… puedo ser libre.

El silencio era tan profundo que podía oír su propia respiración, tranquila, acompasada.

Se abrazó a sí misma, arropándose con la ajada colcha como si

fuera un escudo.

No sabía qué iba a hacer al día siguiente, ni al otro.

No sabía cuánto tiempo podría mantener su nueva identidad. Pero, en ese instante… en esa pequeña habitación polvorienta… estaba en paz.

Era la primera vez en mucho, muchísimo tiempo.

Primer amanecer en Cold Spring

El amanecer la encontró despierta.

No había pegado ojo del todo, pero tampoco era la temerosa vigilia de antes, esa que la mantenía alerta en la casa de Boston, esperando cada ruido, cada sombra bajo la puerta. Esta vez era distinto: estaba quieta, tendida en la cama, respirando el verdadero silencio de un pueblo que aún dormía.

El primer rayo de sol entró oblicuo por la ventana, acariciando la desconchada pared y el espejo antiguo, que devolvía un reflejo cálido y tranquilo. Afuera, los árboles mecían las hojas suavemente con la brisa del Hudson. Y en la distancia… nada más: ni coches, ni sirenas, ni pasos que temer.

Se levantó despacio, y al apoyarse en el frío suelo de madera deslucida, notó que su cuerpo parecía más ligero, como si al dejar atrás su antiguo nombre hubiera abandonado también una parte del peso que la oprimía.

Se acercó a la ventana y descorrió la cortina. El pueblo amanecía despacio. Vio el humo de alguna chimenea, el tejado de la casa de enfrente cubierto de rocío, un gato callejero que caminaba con paso orgulloso sobre un muro de piedra.

—Laura Adams —susurró en voz baja, probando las palabras, como si necesitara escuchar su nuevo nombre para que fuera real.

Y sonrió.

Era la primera genuina sonrisa en mucho tiempo. Fue pequeña, apenas una incipiente curva en sus labios… pero auténtica.

El aire de Cold Spring olía a tierra húmeda, a promesas de futuro, de seguridad… A anonimato.

Era el escenario perfecto para reconstruirse pieza a pieza, a su ritmo, lejos de las miradas de quien la había quebrado. No tenía plan más allá de ese día. pero ese día era suyo. Solo suyo.

Buscó en su mochila la camiseta más sencilla que tenía y un

pantalón vaquero. Se recogió el pelo en una coleta y, al mirarse de reojo en el espejo, notó que había algo diferente en su expresión: un destello de decisión.

Hoy sería su primer día como Laura Adams, camarera de Maple & Ivy Café.

Hoy sería invisible… y, al mismo tiempo, más libre que nunca.

Y con esa certeza, abrió la puerta de su habitación, lista para enfrentarse a lo desconocido.

El silencio no se equivoca

La puerta se abrió y se encontró con la oscuridad. El pasillo, como siempre, olía a desinfectante y madera encerada, pero en cuanto cruzó el umbral de su apartamento, notó algo diferente. Su sexto sentido, que nunca fallaba, le indicó que algo no encajaba.

No había luces encendidas. No olía a comida, ni a perfume, tampoco a champú. Todo estaba a oscuras.

Ryan encendió la luz y cerró la puerta con fuerza. Dejó caer las llaves sobre la consola de mármol y lanzó una mirada al salón. La luz de la ciudad entraba por el ventanal, pero no había ni rastro de ella.

—¿Olivia?

Silencio.

Sacó el móvil del bolsillo de su americana y marcó su número. Lo había hecho varias veces durante el día, siempre sin respuesta. Esta vez, cuando el tono de llamada salió del teléfono, lo oyó. Salió del pasillo con paso rápido y escuchó el débil zumbido de una vibración, seguido de la melodía que ella nunca se molestaba en cambiar: una versión lenta al piano de "The Sound of Silence". Provenía de la estantería del salón.

Caminó hacia allí y encontró su móvil. Estaba abandonado entre dos libros que él sabía que ella nunca leería. Lo cogió con brusquedad y lo desbloqueó. No había mensajes recientes, y todas sus llamadas estaban sin responder. Ninguna pista.

Ryan sintió que una corriente de rabia subía por su cuello, como si fuera ácido. Su mirada se volvió calculadora. Se acercó al dormitorio y abrió el armario de golpe. Toda su ropa seguía allí. Los vaqueros desgastados que usaba para estar en casa. El abrigo de entretiempo. Las zapatillas deportivas… Incluso su neceser.

—No se ha ido —dijo en voz baja, como para convencerse a sí mismo—. No puede haberse ido. No sin decírmelo. No sin… permiso.

Recorrió el dormitorio. Buscó indicios de maletas

desaparecidas, de cajones vacíos, de un desorden que delatara una huida. Pero todo parecía igual. Demasiado igual. Demasiado perfecto.

Algo dentro de él se removió. No fue tristeza, ni siquiera sorpresa, sino una furia fermentada en su propio ego. Ella no tenía valor. Se lo había quitado él. Durante años, se había encargado de arrancarle las alas, a conciencia.

—Te habrán convencido. Alguien te ha metido esto en la cabeza —murmuró, con los dientes apretados.

Volvió al salón y escaneó cada rincón, con la mirada de un cazador. ¿Qué se había llevado? ¿Qué había dejado? ¿Había planeado esto?

No. Ella no era capaz. Él la conocía. Le pertenecía. Había moldeado cada decisión, cada miedo, cada palabra que salía de su boca. Había vaciado su voluntad con milimétrica precisión. Olivia no se marcharía, porque no pensaba. Olivia obedecía.

Entonces… ¿por qué no estaba en casa?

La rabia se apoderó de su cuerpo y lanzó su móvil contra la pared. Estalló en pedazos, como si eso pudiera calmar el torbellino que se abría paso en su mente.

—Si te has ido, vas a pagarlo muy caro, Olivia. Te lo juro por Dios… Vas a compensarme cada segundo de este silencio.

La ciudad seguía brillando al otro lado del cristal. Impasible. Lejana.

* * *

Aunque la noche había caído por completo, Ryan Short no tenía ninguna intención de dormir. Estaba sentado en el sofá de cuero negro, con la chaqueta aún puesta y el rostro clavado en el suelo. Su mandíbula temblaba, y la tensión le recorría los brazos como un calambre.

Cogió el teléfono y buscó un nombre en su agenda.

—¿Qué coño pasa, Ryan? —gruñó una voz al otro lado de la línea—. Son las once y pico.

—Ha desaparecido.

—¿Quién?

—Olivia. No está. No ha vuelto, y no me ha cogido el teléfono en todo el puto día. Se ha dejado su móvil en casa, como si todo esto fuera una jodida burla.

Silencio al otro lado.

—¿Estás seguro de que no ha salido a despejarse? —preguntó. Conocía a Olivia y sabía que él la tenía maniatada. ,

—¿Tú crees que no he pensado eso, Jack? —Ryan se levantó de golpe—. ¡Ella no va a ningún sitio sin avisarme! ¡No toma decisiones por su cuenta! Esa chica tiene miedo hasta de respirar si no se lo ordeno. No se ha largado por su cuenta, eso te lo aseguro. Alguien le ha metido ideas en la cabeza, o se ha ido con alguien. La han sacado de aquí.

Jack Méndez, inspector de policía de Boston y un buen amigo desde la universidad, suspiró con fastidio.

—Aún es pronto para denunciar una desaparición, Ryan. Por si no lo sabes, la ley exige 24 horas para adultos. Podría estar en casa de alguien, o simplemente…

—¿Tú me estás tomando por imbécil? —interrumpió Ryan con voz tensa, como una cuerda a punto de romperse—. No voy a esperar 24 putas horas. Empieza a moverte. Usa tus contactos, tus bases de datos, lo que sea. Quiero que me la encuentres. Ya.

Jack bufó, pero accedió.

—Está bien, está bien. Mándame una foto de ella, y la subo a la red de desapariciones locales. Si alguien la ve, nos avisará.

Ryan se dirigió a la estantería. Abrió un álbum delgado, uno de los pocos que Olivia había conseguido conservar. Lo hojeó hasta encontrar una imagen clara de su rostro. Era de su primer año de

relación, hacía casi cuatro. Sonreía tímidamente, con el cabello rubio cayéndole en ondas sobre los hombros. Los ojos marrones brillaban, sin saber lo que le esperaba. Hizo una foto con el móvil y se la envió.

—Es rubia y tiene los ojos marrones. Lleva el pelo largo, hasta media espalda. Aunque la foto es de hace unos tres años, está igual que ahora. Tiene un pequeño lunar, justo aquí. —En un gesto instintivo se tocó la mejilla izquierda—. Junto a la comisura de su boca Ese detalle es importante. Añádelo a la descripción.

Jack escribió en su portátil mientras hablaban.

—¿Crees que alguien la ha convencido de irse?

—No. A ella no la convence nadie, solo yo. Pero, tal vez, alguien la ha estado manipulando sin que me diera cuenta. Algún cabrón que le ha llenado la cabeza de mierda. Y si descubro quién ha sido, te juro por Dios que lo voy a enterrar vivo.

Hubo una pausa.

—¿Y si, simplemente, ya no quería seguir contigo? —preguntó el inspector, conociendo el carácter de Ryan.

Ryan rio sin humor.

—No seas ingenuo, Jack. Ella no se atrevería a irse. No sabe cómo, y no tiene dinero ni a nadie. Todo lo que tiene, se lo he dado yo. Su ropa. Su techo. Su vida. Sin mí no es nada. Y cuando la encuentre, va a suplicarme volver.

Jack no respondió de inmediato.

—Voy a hacer lo que pueda, pero necesito algo más. ¿Tarjetas de crédito? ¿Movimientos bancarios? ¿Redes sociales?

—No usa redes y ha dejado su móvil. El banco… —hizo una pausa, frunciendo el ceño. Pensó en los poco más de mil euros que le había dejado su abuela—. En el banco no tiene dinero.

—Déjame hacer unas gestiones —respondió Jack Méndez para quitárselo de encima—. Ya te diré algo.

Colgó el móvil y se compadeció de Olivia. Sabía que el muy hijo

de puta no dejaría de buscarla, pero le debía un favor.

Años atrás, cuando eran jóvenes, Jack se había aficionado al juego y Ryan, en su nombre, había cancelado una deuda con un prestamista que lo tenía contra las cuerdas.

Nunca quiso aceptar que le devolviera el dinero, pero utilizaba esa deuda como moneda de cambio para reclamar su ayuda.

Pensó de nuevo en la simpática rubia y supuso que Olivia ya sabía que él no aceptaba huidas. Que nunca admitiría su libertad.

Conversación entre Laura y Emily

Varios días después…

El sol de media mañana entraba a raudales por las ventanas de Maple & Ivy Café, iluminando el polvo que flotaba en el aire como motas doradas. Laura servía con soltura las mesas y saludaba, ya de forma natural, a algunos clientes habituales. Doris la observaba con una mezcla de orgullo y aprobación, sabiendo que había acertado con ella.

En una de las mesas, como cada día, estaba Emily, que había terminado su café, pero seguía allí, hojeando el móvil, relajada, como si hubiera hecho de ese rincón su segunda oficina.

Cuando Laura pasó cerca, Emily dejó el móvil a un lado y le hizo un gesto amistoso.

—Ven un momento, Laura, siéntate —dijo con tono casual pero cercano—. Estoy abusando un poco de tu confianza, lo sé… pero déjame invitarte a un café.

Laura titubeó, pero la sincera sonrisa de Emily y la mirada cómplice de Doris desde la barra la hicieron aceptar. Se sentó al otro lado de la mesa, nerviosa, pero disfrutando en secreto de aquel pequeño gesto de normalidad.

Emily apoyó la barbilla sobre una mano, curiosa.

—Bueno… llevamos días viéndonos y tengo que confesar que me puede la curiosidad. Siempre digo que Cold Spring es pequeño… pero no tanto como para que aparezca alguien de la nada y no quiera que sepamos nada de ella.

Laura esbozó una tímida sonrisa, manteniendo su máscara cuidadosamente tejida durante esos días.

—No hay nada especial, Emily —respondió con voz tranquila—. Soy de un pequeño pueblo… ni siquiera estoy segura de que lo conozcas. Cuando terminé mi última relación… bueno, decidí que necesitaba cambiar de aires.

Emily asintió, escuchando con atención pero sin interrumpir.

—Salí de casa sin pensarlo demasiado. Cogí un autobús… y, cuando pasamos por aquí, Cold Spring me pareció… bonito y tranquilo. Y pensé… «¿por qué no probar?» —explicó Laura, bajando un poco la voz al final, como si aún le costara creerse su propia historia improvisada.

Emily ladeó la cabeza, evaluándola con esa mezcla de calidez y perspicacia que la caracterizaba.

—Debes ser muy valiente —dijo con una sonrisa genuina—. Yo creo que no habría sido capaz de hacer algo así.

Se hizo un pequeño silencio antes de que Emily continuara.

—Yo estoy casada. Mi marido se llama John —añadió de repente, como si quisiera equilibrar la conversación—. Tenemos dos preciosas hijas… Emma tiene ocho y Sophie, cinco. Son dos terremotos, pero adorables.

Laura se iluminó un poco al escucharlo, y esa emoción fue imposible de disimular.

—Me encantan los niños —dijo, casi sin pensar, dejando escapar su verdad.

Emily lo notó. Una chispa brilló en sus ojos.

—¿Ah, sí? —preguntó, con un tono interesado—. Pues cuando quieras puedes venir a casa y conocerlas… Aunque te aviso de que son muy traviesas.

Laura se rio, relajándose un poco más.

—Seguro que me caerán bien.

Emily apoyó las manos en la mesa y añadió en tono más reflexivo:

—Sabes… llevo tiempo buscando a alguien que me eche una mano con ellas. Mi tienda me ocupa mucho. John trabaja fuera todo el día, cuando no está de viaje… y cuesta encontrar a alguien de confianza en estos pueblos. Todo el mundo se conoce… y a veces es más fácil confiar en alguien de fuera.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, como una implícita invitación, aunque no era una oferta formal.

Laura la miró con una mezcla de alivio y vértigo. Sabía que aceptar significaría entrar más a fondo en la vida de Cold Spring y ganar estabilidad.

—Sería bonito conocerlas —dijo finalmente, eligiendo las palabras con cuidado.

Emily sonrió, satisfecha, antes de levantarse.

—Perfecto. Les hablaré de ti esta tarde… y si te animas, puedes venir a casa mañana, para conocerlas.

Mientras Emily se marchaba con paso decidido y el tintinear de sus pulseras, Laura la siguió con la mirada… y sintió, por primera vez desde su llegada, que un hilo invisible empezaba a tejerla en la vida de ese pequeño pueblo.

Pero también supo, en lo más profundo, que cada paso hacia la estabilidad la hacía un poco más visible… y eso siempre sería un riesgo.

El primer encuentro con Emma y Sophie

Mientras Laura caminaba por la estrecha calle que conducía a la casa de Emily, el aire de la tarde en Cold Spring estaba impregnado de olor al césped recién cortado.

Era una vivienda acogedora, con un jardín delantero muy cuidado y una bicicleta infantil recostada en la entrada. Una hilera de macetas con geranios adornaba el porche. En él ya la esperaba Emily, con una sonrisa cálida y agradable.

—Pasa, Laura. Están deseando conocerte —dijo, mientras sostenía la puerta abierta.

El interior de la casa era luminoso y desordenado, lleno de juguetes, libros infantiles y pequeños rastros de la vida real de una familia: dibujos pegados en la nevera, zapatillas diminutas junto al sofá y una muñeca olvidada sobre la alfombra.

Emma y Sophie estaban sentadas en el suelo de la sala de estar. Emma, la mayor, levantó la mirada con curiosidad. Tenía el cabello largo, recogido en dos trenzas, y unos ojos vivos que brillaban con cierta picardía.

Sophie, en cambio, permanecía más quieta, abrazada a un peluche de orejas desgastadas. Sus ojos, grandes y oscuros, estaban fijos en Laura. Sin moverse, casi sin parpadear.

—Chicas, ella es Laura —anunció Emily con entusiasmo—. ¿Recordáis que os hablé de ella?

Emma fue la primera en reaccionar, levantándose para acercarse.

—Hola —dijo, algo tímida, pero con una sonrisa llena de curiosidad.

Laura se agachó para estar a su altura.

—Hola, Emma. Tu mamá me ha hablado de ti… y de tu hermana.

Cuando giró la cabeza hacia Sophie, notó algo.

La pequeña permanecía rígida, sin devolver la sonrisa ni apartar la vista. Sus manos apretaban con fuerza el peluche y movía los pies de forma nerviosa, en pequeños golpecitos repetitivos.

Laura reconoció ese patrón de comportamiento. Lo había estudiado durante el segundo año de su carrera de psicología. Sophie estaba sobre estimulada o, al menos, incómoda ante una persona nueva. Con delicadeza, sin precipitarse, se volvió hacia Emily y le preguntó con la voz suave, casi como si fuera una confidencia:

—¿Sophie suele sentirse abrumada cuando conoce a alguien nuevo? —preguntó.

Emily parpadeó, sorprendida por la observación.

—Sí… siempre ha sido muy sensible… y bueno, le cuesta mucho abrirse con desconocidos —respondió, algo desconcertada por la precisión de la pregunta.

Laura asintió con empatía y se volvió hacia Sophie, manteniendo una prudente distancia.

No intentó abrazarla ni tocarla. Simplemente, se sentó en el suelo, a unos pasos de ella, y empezó a hablarle al peluche.

—Hola, osito… ¿Tú también te sientes raro cuando alguien nuevo viene a casa? —dijo, usando un tono cálido pero casual.

Emma soltó una risita, y Sophie ladeó la cabeza, intrigada.

El pequeño gesto no pasó desapercibido para Emily.

Laura continuó, muy despacio, permitiendo que la niña la observara sin presión.

—¿Sabes qué hago yo cuando me siento rara? —preguntó al aire, sin esperar respuesta directa—. Busco algo suave… algo que me guste tocar… como un osito, o una manta.

Sophie apretó el peluche un poco más y bajó la mirada, pero la tensión en sus hombros pareció aflojarse ligeramente. Emily se quedó mirándolas, con un nudo en la garganta. Apenas habían pasado cinco minutos y Laura ya había conseguido más interacción

con su hija pequeña, que muchas de las personas que habían intentado acercarse antes a Sophie.

Cuando la niña levantó la mirada y sostuvo el contacto visual con Laura durante un breve segundo, Emily comprendió que aquella chica callada, recién llegada, tenía algo especial que no había comentado.

Lentamente, Laura se levantó y le sonrió.

—Me encantaría pasar más tiempo con ellas… si tú también lo quieres, claro —dijo, con una voz sincera, dejando espacio a la decisión de Emily.

Emily asintió, aún sorprendida.

—Creo que a ellas también les gustaría —contestó, antes de añadir con humor—. Aunque empiezo a pensar que me has engañado, Laura. Tú sabes mucho más de niños de lo que quieres admitir.

Laura no respondió, solo sonrió, pero con esa calma que le permitía esconder sus secretos mientras, poco a poco, empezaba a construir su lugar en Cold Spring… y en la vida de esas niñas.

Una propuesta formal

Al día siguiente, el café Maple & Ivy estaba muy animado, con el sonido de las tazas chocando y las risas de un grupo de excursionistas. La voz de Doris saludaba a todos los clientes habituales y ya formaba parte de la rutina de Laura.

Pero esa mañana, Emily no estaba sentada en su mesa habitual. Llegó más tarde, casi al mediodía, con un aire más serio de lo normal. Entró con paso rápido y fue directamente a la barra, donde Laura recogía pedidos. Se inclinó ligeramente hacia ella.

—¿Tienes un momento? —le preguntó, con ese tono que mezclaba familiaridad y cierta urgencia.

Laura asintió, dejando la bandeja sobre el mostrador antes de salir de detrás de la barra. Emily la llevó hacia una mesa pequeña en un rincón, más apartada, y le indicó que se sentara.

El gesto serio en su rostro hizo que Laura sintiera un nudo inesperado en el estómago.

Emily entrelazó las manos sobre la mesa antes de hablar.

—He estado pensando en lo de ayer —empezó—. Cuando viniste a casa… y en cómo Sophie reaccionó contigo. Fue… especial, ¿sabes?

Laura bajó la mirada, algo incómoda, sin saber cómo manejar la mezcla de elogio y curiosidad que notaba en sus palabras.

Emily prosiguió:

—Es decir… ella no suele confiar en nadie tan rápido. Y tú… la has entendido enseguida. Sin presionarla, sin forzarla. Te puedo asegurar que eso no lo ha conseguido nadie.

Se detuvo un instante, midiendo bien sus palabras.

—Sé que llevas aquí poco tiempo, Laura… pero creo que eres la persona que necesitamos.

Laura levantó la vista, algo sorprendida, aunque ya intuía lo que le iba a decir.

—¿Quieres que cuide de ellas? —preguntó, queriendo confirmarlo.

Emily asintió con una cálida sonrisa, analizando su reacción con esos ojos atentos que Laura ya empezaba a conocer.

—Quiero proponerte algo más estable —dijo—. Un trabajo de verdad. Me gustaría que me ayudaras con Emma y Sophie, por las tardes. Recogerlas en el colegio y estar en casa hasta que yo vuelva de la tienda. —Alzó los hombros, como si fuera algo fácil—. Es una rutina sencilla… pero para mí sería un enorme alivio. La chica que las cuidaba se ha ido a la universidad y no tengo a nadie.

Laura respiró hondo, valorando la propuesta. Era un paso importante. Entrar en la vida de esa familia la haría más visible, más vulnerable… pero también más estable.

Y en el fondo sabía que no podía rechazarlo: aquellas niñas… sobre todo Sophie… le habían tocado algo interior y que creía dormido en ella. Apenas lo pensó.

—Claro —respondió finalmente, con una sonrisa genuina—. Me encantaría, pero hay un problema. —Hizo una pequeña pausa y lo aclaró—. Estoy cobrando un subsidio y no puedo firmar ningún contrato, porque me lo quitarían.

Emily pareció aliviada, pero, aun así, dejó caer una última frase, cargada de intuición.

—Eso no será un problema. Será un acuerdo entre nosotras. —La miró a los ojos y vio dulzura en ellos—. No sé de dónde vienes realmente, Laura —dijo, sin dureza, solo como una constatación—, pero confío en lo que vi ayer cuando estabas con ellas. Y eso, para mí, es suficiente.

Laura tragó saliva, emocionada ante su confianza.

—Gracias —susurró—. No sabes cuánto agradezco tu confianza. No te arrepentirás.

Emily se levantó y apoyó una mano en su hombro, amistosa pero firme.

—Si quieres, empiezas mañana. A partir de las tres… —dijo con un tono que denotaba tranquilidad—. Sophie ya me ha preguntado por ti esta mañana.

Y con esa frase, sencilla y sincera, Emily recogió su bolso y salió del café, dejando a Laura sentada allí, con una mezcla extraña de alivio, vértigo y… esperanza.



Capítulo 3

Pan con miel y tardes de tréboles

El sonido del timbre sonó puntual. Las manecillas del reloj de pared marcaban las tres menos dos minutos cuando Emily abrió la puerta con su habitual sonrisa, aliviada y cordial.

—Gracias por venir, Laura. Tenemos media hora para poneros al día, y luego son todas tuyas.

—No hay problema —respondió ella, sonriendo con esa mezcla de nervios y ternura que sentía desde aquella mañana, mientras había seguido trabajando en el bar.

Lo había hablado con Dori, y esta le agradeció que continuara ayudándola hasta el mediodía. Laura sabía que sería una enorme carga de trabajo, pero se había portado tan bien con ella que no quería dejarla sola.

Tras asegurarse de que las niñas se quedaban tranquilas, Emily se fue, con su bolso colgado del antebrazo y un gesto apresurado. Antes de que Laura pudiera cerrar del todo, una vocecita surgió desde el pasillo:

—¿Vas a jugá… con nosotr…?

Era Sophie, la pequeña de cinco años. Tenía el pelo castaño claro, recogido en dos coletas algo torcidas, y unos ojos grandes y redondos como los de un cervatillo. A su lado estaba Emma, de ocho, mucho más segura, y visiblemente contenta con la presencia de la nueva niñera.

—Claro que sí —dijo Laura, agachándose a su altura—. ¿Qué te gustaría hacer primero?

Sophie ladeó la cabeza, como si buscara las palabras dentro de

un tarro revuelto. Abrió la boca y frunció el ceño.

—Jugá… jugá a… pan… pan y miel —logró decir finalmente, arrastrando ligeramente las consonantes.

Emma la miró con cariño, y Laura asintió con dulzura.

—Pan y miel. Perfecto. ¿Sabes qué? En mi pueblo lo jugábamos en el patio de la escuela. Vamos a prepararlo en el salón y saldremos al jardín.

Durante la siguiente hora, las risas llenaron la casa. Laura tenía una innata habilidad para leer el ritmo emocional de las niñas. Cuándo dejar que ganaran, o fingir que no encontraba su escondite. Y cuando soltar una broma absurda que desatara sus carcajadas. Pero fue con Sophie, con quien demostró un talento que ni ella misma sabía que tenía.

Sophie se frustraba cuando no encontraba las palabras. Emma solía traducirlas, pero Laura, en lugar de intervenir de inmediato, esperaba. Le daba tiempo. Le ofrecía alternativas, juegos con sonidos, y celebraba cada pequeña victoria verbal como un tesoro.

—¿Sabes qué? —le dijo mientras merendaban pan con miel de verdad, que preparó en la cocina—. Cuando no encuentro una palabra, a veces la dibujo. ¿Quieres que dibujemos lo que no podemos decir?

Sophie asintió con entusiasmo y corrieron al rincón de dibujar.

* * *

La tarde transcurrió entre cuentos dramatizados, dibujo libre y una pequeña excursión al jardín trasero. Allí recogieron tréboles, algunos secos, otros con el verde perfecto de julio. Sophie encontró uno de cuatro hojas y corrió a enseñárselo, balbuceando algo que Laura no entendió del todo.

—¿Qué dice? —preguntó Emma.

—Dice que es para ti —tradujo Laura, aun sin saber si era

cierto, pero guiándose por la sonrisa de Sophie.

Y entonces la pequeña le tendió el trébol. A ella.

—Tú —dijo Sophie, clara como el agua, señalando su pecho.

Laura sintió cómo se le encogía el corazón.

* * *

Al anochecer, cuando Emily regresó y vio a sus hijas tranquilas, con la ropa manchada de pintura y la felicidad en la cara, se quedó unos segundos en silencio.

—¿Todo bien?

—Muy bien —dijo Laura—. Hemos hecho de todo. Incluso pan con miel.

—¿Pan con miel?

Laura se rio.

—Juego nuevo. Y merienda.

Emily la miró con sorpresa, pero no objetó. Solo murmuró:

—Vuelve mañana. Y, por favor, no cambies nada.

Mientras Laura, caminaba de regreso a su habitación en la casa de la señora Evans, se dio cuenta de algo.

Había sentido ternura… y pertenencia.

No era invisible. No era un fantasma. Era alguien a quien una niña le había dado un trébol de cuatro hojas.

Y eso, en su universo recién construido, era todo un presagio.

Denuncia

Ryan empujó la puerta de la comisaría con el mismo gesto impaciente con el que solía cerrar los tratos que le interesaban: rápido y sin contemplaciones. Hacía más de una semana que Olivia se había esfumado, y cada día que pasaba sin saber de ella lo sacaba más de quicio.

El inspector Jack Méndez levantó la vista desde su escritorio, y, al verlo entrar con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, supo que se avecinaba tormenta.

—Ryan… —dijo, levantándose—. No sabemos nada, pero todo apunta a que se ha marchado por voluntad propia. No hay rastro de violencia, ni testigos, ni denuncias previas…

—¡Tú no entiendes nada, Jack! —espetó él, cruzando la sala como una bala—. Esa maldita zorra me ha robado diez mil dólares. En efectivo. Tenía el dinero guardado en casa y ha desaparecido.

El inspector entrecerró los ojos. Conocía a Ryan y sabía que era una patraña. Vestido de paisano, con el café humeando en la mesa y los informes apilados como si el tiempo no importara, Jack era la imagen de la calma.

—¿Estás seguro de eso, Ryan? Porque denunciar un robo sin pruebas puede volverse en tu contra. No deberías jugar con eso.

—¿Me estás diciendo que no me vas a ayudar? —Ryan se inclinó hacia él, dejando caer las palmas sobre la mesa con fuerza—. Tú y yo nos conocemos desde antes de la universidad. Te he hecho miles de favores, y prefiero no tener que recordártelos. Pero ahora necesito que tú me ayudes a mí.

Jack lo observó un instante en silencio. Habían disfrutado de muchas noches de fiesta, y Ryan había pagado la mayoría de esas salidas, incluso en algunos burdeles. El azul de los ojos de Ryan, normalmente seductor, brillaba con una rabia contenida.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó en voz baja, con la misma cautela con la que uno tantea una bomba sin desactivar.

—Quiero que pongas una denuncia. Por robo, apropiación indebida… Lo que sea. Pero necesito que muevas el culo. Que le pongas nombre y cara a la muy puta —dijo con rabia y rencor—. Necesito que se distribuya su foto, y no solo entre las personas desaparecidas. ¡Tienes que encontrarla!

Jack suspiró y se dejó caer en la silla. Abrió una carpeta vacía.

—Vale. Haré lo que pueda, pero si ella te acusa de maltrato tendrás problemas. Te conozco y no me gustan estas tretas, en especial cuando tienen que ver con relaciones personales. Esto será un simple hurto, ¿entendido?

Ryan sonrió con arrogancia, como quien acaba de ganar una partida que nunca debió perder.

—Ya tienes su foto y la has visto muchas veces. Es rubia, con los ojos marrones y el pelo largo. Con ese pequeño lunar junto a la comisura izquierda de los labios. No creo que pase desapercibida —dijo, en un tono de desprecio que Jack no dejó de percibir—. Ella está muy obsesionada con Nueva York. Asegúrate de que la denuncia llega allí.

—Lo haré, pero esto me podría crear problemas, Ryan. No vuelvas a pedirme nada. —Lo miró a los ojos y le dijo, con frialdad —. Esto cancela mi deuda contigo.

—¡Tú encuéntrala, cabrón!

Jack prefirió no responder. Mientras mascullaba en voz baja, tecleaba en su ordenador, registrando la denuncia. Sabía que estaba bordeando una línea peligrosa, porque Nueva York pertenecía a otro estado. Pero también sabía que Ryan no le dejaría en paz y que, haciendo eso, se lo quitaba de encima.

Pensó que, si Olivia había huido por propia voluntad, tal como parecía, su infierno no había hecho más que empezar.

El inspector Méndez duda

Cuando la puerta de la comisaría se cerró tras Ryan, el silencio que quedó en el despacho fue más espeso que el negro del café olvidado en la taza. Jack se quedó unos segundos inmóvil, con los dedos aún sobre el teclado y mirando fijamente la pantalla, como si esta pudiera darle una respuesta moral.

Pasó una mano por su cara, agotado. No era la primera vez que hacía favores a amigos influyentes. Tampoco era la primera vez que se tragaba su incomodidad en nombre de una amistad que, en realidad, llevaba años sustentándose solo en apariencias. Pero algo en todo aquello le chirriaba.

¿Diez mil dólares? ¿Guardados en casa? Olivia no era ninguna ladrona. Y aunque no la conocía a fondo, Ryan hablaba de ella continuamente. Siempre con esa repugnante condescendencia, como si ella fuera un perro bien amaestrado. Nunca como una pareja. Nunca como un ser humano.

Jack giró lentamente en su silla y dejó que la espalda se apoyara contra el respaldo. Observó durante unos segundos el cartel provisional que acababa de imprimir. La foto mostraba a una mujer joven, rubia, con unos grandes y preciosos ojos marrones y una expresión tranquila. El lunar junto a la comisura del labio izquierdo le daba un aire vulnerable, casi infantil. No parecía una fugitiva… y mucho menos una ladrona.

«Esto no huele bien», murmuró para sí.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana abierta. Mientras observaba a los agentes cruzar la calle, con sus cafés y sus prisas, dio una larga calada. Durante un segundo, pensó en eliminar el archivo. En hacer como si Ryan no hubiera estado allí, pero sabía que si él se enteraba, solo lo empeoraría todo. Ryan no era alguien que aceptara un no como respuesta. Y necesitaba zanjar el favor que le debía.

Volvió al escritorio y recogió el cartel.

—Mándalo a todas las comisarías de este estado y a las del estado de Nueva York —le dijo a la agente de guardia—. Será difícil, porque hay demasiados delitos. Solo espero que no hagan mucho caso, pero hay muchos pueblos tranquilos donde una mujer joven podría perderse sin levantar sospechas. Diles que la identifiquen como sospechosa de hurto. Asegúrate de poner que no es peligrosa… y, sobre todo, que contacten conmigo si la ven.

Se lo entregó en silencio. Mientras la joven, algo extrañada, lo archivaba en el sistema y preparaba el envío, Jack se quedó mirando el monitor. Ya no había vuelta atrás, pero una punzada, sorda y persistente, le decía que ese paso no era hacia la justicia, sino hacia algo mucho más turbio.

—Joder, Olivia… —murmuró—. ¿Qué demonios te ha hecho ese cabrón?

Frente a frente

Diciembre

La mañana era tranquila en el bar. Laura secaba vasos tras la barra, escuchaba de fondo el habitual murmullo de los tempraneros parroquianos y el sonido del molinillo de café. El otoño avanzaba, y el aire que entraba por la entreabierta puerta olía a hojas secas y leña quemada. Todo parecía en calma… hasta que, al mirar por la ventana, algo le llamó la atención.

Al otro lado de la calle, Emily caminaba con paso ágil, como siempre. Llevaba un abrigo marrón claro y una bufanda que reposaba sobre el hombro. Un coche patrulla se detuvo junto a ella y se bajó la ventanilla del conductor.

Emily se inclinó hacia dentro y entabló una conversación con quien fuera que condujera. Laura se tensó y notó en el estómago ese nudo que ya conocía. Sabía que no tenía motivos para alterarse, que nadie había venido por ella… y, sin embargo, no podía evitarlo. Sabía que Ryan no se rendiría fácilmente y que intentaría encontrarla.

Bajó la vista, disimulando, aunque sus ojos volvieron a la escena una y otra vez. Cuando el coche arrancó y siguió su camino, Emily cruzó la calle y entró en el bar.

—Buenos días —saludó al acercarse a la barra, con su habitual simpatía. Se quitó el abrigo y lo dejó en una silla del fondo—. ¿Mucho lío?

—Lo normal —respondió Laura con una sonrisa.

Apenas unos minutos después, la campanilla de la puerta sonó de nuevo. Laura levantó la mirada… y se quedó inmóvil. Era el policía.

Le pareció muy alto, sobre el metro noventa, y tenía una presencia que llenaba el local. Tenía el pelo negro, muy corto, y unos ojos verdes como el musgo al acabar de llover. Su rostro estaba limpio, afeitado con esmero, y en su mandíbula destacaba un

hoyuelo que le daba un aire muy atractivo. Se fijó en la perfección de sus facciones y en ese detalle, porque le encantaba. Vestía el uniforme con naturalidad, como si le perteneciera desde siempre.

Emily alzó la mano y él se acercó. Cuando llegó hasta la barra, le dio un beso en la mejilla. Laura tragó saliva.

—¿Qué tal, hermanita? —le escuchó decir.

—Muy bien. Quiero que conozcas a Laura —dijo Emily, señalándola—. Es mi nueva niñera. Se ocupa de las niñas por las tardes, desde las tres. Es maravillosa con Sophie. —Miró a Laura—. Él es Clive, mi hermano.

Los ojos de él se posaron en ella y Laura se sintió vulnerable, desnuda. Le sostuvo la mirada durante un segundo, lo justo para asentir.

—Un placer —dijo él, con una voz grave y suave, pero sin dejar de mirarla.

—Igualmente —murmuró ella con timidez, sin atreverse a sonreír del todo.

—¿Te gusta el pueblo?

—Sí. Es… tranquilo —respondió, bajando un poco la mirada. El corazón le latía desbocado, sin que supiera por qué.

Él asintió, percibiendo algo en su gesto que no terminó de entender. No insistió.

—¿Te pongo algo? —preguntó Laura, volviendo a su papel tras la barra.

—Un café solo, por favor.

Lo preparó en silencio, intentando que sus manos no temblaran. Cuando se lo entregó, notó que él aún la observaba, aunque con discreción.

Emily y él se fueron a una mesa. Mientras él bebía a sorbos lentos, hablaron en voz baja. Laura aprovechó para respirar hondo y recomponerse. Tenía que controlar esas reacciones. No podía permitirse volver a sentir miedo por cada gesto, cada mirada

masculina… o cada uniforme.

Unos diez minutos después, Clive se levantó. Le dedicó una breve sonrisa y, antes de salir del bar, la saludó con la cabeza.

Laura se quedó mirando la puerta unos segundos, sin comprender el repentino calor en las mejillas… Algo en su interior, le acababa de recordar que aún le gustaba el género masculino.

Ojos verdes, alerta roja

Cuando la puerta del bar se cerró tras él, Laura sintió que podía volver a respirar con calma. Se quedó de pie, tras la barra, con la cafetera en una mano y una cucharilla en la otra, como si ese gesto inacabado tuviera el poder de detener el torbellino que se le estaba formando dentro.

Un instante después, Emily la saludó al salir. Con la única compañía de un par de clientes absortos en sus periódicos, se quedó sola en aquel remanso de madera y café. El mundo seguía como si nada, como si no hubiera pasado absolutamente nada. Y, sin embargo, algo había cambiado en ella.

No podía dejar de ver esos ojos verdes, o lo que se había despertado en ella al cruzar sus miradas. Era una mezcla inquietante. Fascinación… y miedo. Pero no era ese mismo miedo que le había helado el alma tantas veces junto a Ryan.

No. Esto era otra cosa. Una alerta distinta y desconocida, pero igual de real. Como si su propio cuerpo la advirtiera del peligro… pero también insinuaba la idea de refugio. Y eso era lo que más la descolocaba.

Clive llevaba un uniforme. Era un policía y pertenecía a un mundo del que ella huía con su nombre falso. Porque, con una sola llamada, podría poner fin a lo que pretendía, que era pasar desapercibida. Y, sin embargo, no había ni una sola amenaza en su voz ni en su mirada.

Al contrario. Había interés. ¿Amabilidad?

«¿Y si lo ha notado? ¿Y si ha visto algo en mí que no encaja?».

No era paranoia. Era supervivencia. Había pasado demasiado tiempo afinando su instinto. Había aprendido a leer señales, a anticiparse al peligro. Y, sin embargo, ese hombre no le provocaba lo de siempre. Su voz no le crispaba los nervios, y su presencia no la hacía encogerse por dentro.

Y eso era, quizá, lo más desconcertante de todo.

Sintió una oleada de rabia contra sí misma. No podía permitirse esa clase de pensamientos. No podía, bajo ningún concepto, permitirse aflojar la guardia. Estaba allí para sobrevivir. Para crear su nueva vida, cuidar a esas niñas, y protegerse a sí misma.

Pero…

Se llevó las manos a la cara y dejó escapar un largo y hondo suspiro, que se asemejó a un lamento. No tenía derecho a sentirse atraída por nadie, y menos por un representante de la ley. Era muy posible que quisiera saber quién iba a cuidar de sus sobrinas, y tal vez la investigara. Eso le provocó pánico. Era peligroso y podía costarle todo lo que había logrado construir durante esas semanas.

Pero no podía negar lo que había sentido al estar cerca de él. Ese calor inesperado, o la intensa punzada en el estómago. La sensación de que, por un instante, el miedo reinaba en su vida.

No se lo podía permitir. Tenía que protegerse.

Aunque… no pudo evitar pensar que, por una vez, alguien la había mirado como si no fuera invisible.

La sombra del mismo tipo de hombre

Tras irse Emily y al sheriff, originando en ella esa mezcla de nerviosismo e inquietud difícil de evaluar, el bar había vuelto a llenarse del habitual murmullo del mediodía. Laura, a pesar de que había regresado a sus tareas, no podía quitarse sus ojos verdes de la cabeza, ni la forma tan pausada en la que Clive, el hermano de Emily, la había observado. Tampoco la calidez con la que le había preguntado si le gustaba el pueblo. Nada más. Y, sin embargo, demasiado para dejarla indiferente.

Se obligó a centrar su atención en las mesas, en los platos por recoger, en los pedidos por entregar. No era momento para ensoñaciones, pero la campanilla de la puerta sonó con su típico repique metálico y, cuando Laura giró la cabeza, sin pensar, lo vio entrar.

Era alto, estaba muy bronceado y mostraba una arrogante sonrisa. Llevaba un abrigo caro y unas gafas de sol, que se quitó con estudiada lentitud. Al verlo sin ellas, Laura pensó que, sin duda, venía de esquiar. Su aire de superioridad impregnaba cada paso que daba.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo con tono meloso, caminando directamente hacia la barra—. Solo he estado fuera un par de semanas, pero nadie me ha dicho que Dori había contratado a una modelo.

Aunque cada célula de su cuerpo se tensó, Laura no respondió y mantuvo la vista en la cafetera.

—Soy James Madison —se presentó, apoyando los codos en la barra, como si fuera el dueño del lugar. Y, técnicamente, lo era. O lo sería algún día, ya que era el hijo del alcalde y la familia Madison poseía media Cold Spring, incluyendo aquel bar.

Ella le dedicó una breve mirada, y una educada sonrisa.

—Soy Laura.

—¿Solo Laura…? Eres muy misteriosa —entonó, como si eso le

hiciera gracia.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó, cortándolo.

—Una cerveza… y una conversación contigo. ¿Vives aquí o eres parte del decorado navideño?

Mientras servía la cerveza con pulso firme, Laura forzó una profesional sonrisa. Sin embargo, el rechazo le recorrió el cuerpo como un escalofrío. Era su forma de hablar, de mirar, de invadir el espacio sin pedir permiso. Y lo peor de todo era lo familiar que le resultaba ese tono. Le recordó demasiado a Ryan. Tenía su prepotente sonrisa, la mirada que parecía juzgarla, y la forma de tratarla antes de saber siquiera quién era. Como si fuera un trofeo.

—Estoy trabajando, James —dijo con voz cortante, devolviéndole la cerveza sin el menor interés.

—Eso se puede arreglar. Siempre se puede. Tengo un par de locales donde me encantaría verte sonreír. Bueno… y otras cosas.

Laura se alejó de la barra sin responder. No podía permitirse decir lo que pensaba, pero lo sentía arder en la garganta. Era desprecio. Era miedo en forma de ira contenida. Ese punzante presentimiento de que algunos hombres, por muy distintos que parecieran, eran la misma mierda disfrazada, aunque con otro rostro.

Desde la otra punta del bar, James la observaba con una sarcástica sonrisa.

Ella no volvió a cruzar su mirada con la suya.

El hijo del alcalde no acepta un no

James seguía en la barra, bebiendo su cerveza con una lentitud que no parecía casual. Lanzaba miradas furtivas hacia Laura, como si esperara que ella regresara a su lado por voluntad propia. Pero ella seguía ocupándose de otras mesas y fingía no sentir su presencia.

Cuando Doris salió de la trastienda, secándose las manos en el delantal, James la llamó con un gesto autoritario.

—¿Quién es? —preguntó sin rodeos, señalando con la cabeza a Laura—. ¿De dónde ha salido la misteriosa camarera?

Doris arqueó una ceja, sin ocultar su desconfianza.

—Se llama Laura. Es nueva en el pueblo. Es una buena chica y trabaja muy duro, de esas que no abundan. Déjala tranquila, James. No la metas en tus líos.

James soltó una carcajada, más por arrogancia que por diversión.

—¿Líos? Por favor, Dori. Solo quiero ser amable. Invitarla a cenar. Darle la bienvenida. Soy el hijo del alcalde, ¿recuerdas? Tengo deberes cívicos.

—Seguro que sí —gruñó Doris, con el tono de quien ya lo conocía demasiado bien—. Pero ella no es como las otras.

—¿Y eso es un no? —preguntó, ya poniéndose de pie, con una sarcástica sonrisa.

—Eso es un «ni lo intentes».

Pero él ya se dirigía hacia Laura, como si no hubiera escuchado nada.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó con fingida suavidad, apoyándose de nuevo en la barra, frente a ella—. El restaurante más exclusivo de Cold Spring es de mi familia. Podría ofrecerte una cena de bienvenida como se merece alguien tan… inesperado como tú.

Laura no lo miró de inmediato. Estaba colocando una bandeja

en su sitio. Se tomó su tiempo. Luego se giró, lo miró a los ojos y habló con frialdad.

—Si hay algo que me gusta de este pueblo, es la tranquilidad. No busco nada más. Ni cenas, ni compañía. Y mucho menos… atenciones.

James ladeó la cabeza, divertido.

—Eso me suena a corazón roto. ¿Alguien te falló?

—Digamos que mi última relación me dejó muy claro qué tipo de hombres debo evitar —dijo ella, seca como una hoja de invierno —. Y tú me recuerdas demasiado a él.

James sonrió, como si acabaran de decirle un cumplido.

—Dicen que un clavo saca otro clavo. A veces la mejor forma de olvidar a un idiota es pasar tiempo con alguien que sí sabe tratar a una mujer.

—Lo dudo —respondió ella con una cortante frialdad.

Se alejó de él sin esperar respuesta, dejándolo solo en la barra, con su despreciable sonrisa. Pero en la mirada del hombre, brillaba una chispa distinta. La del desafío.

Porque para James Madison, lo que no podía tener se convertía, automáticamente, en lo que más deseaba, y seguía en la barra, bebiendo su cerveza con una lentitud que no dejaba lugar a dudas. De forma continua, lanzaba furtivas miradas hacia Laura, como si esperara que ella regresara a su lado por voluntad propia. Ella siguió ocupándose de otras mesas, y, hasta que se fue, ignoró su presencia.

Una velada con sorpresa

La casa de Emily olía a madera, a hogar, a algo que no sabía identificar, pero que empezaba a asociar con la paz. Mientras Laura recogía los platos de la merienda, las niñas jugaban en el salón, con un puzle.

Cuando entró en el salón, notó que las niñas hojeaban un álbum de fotos.

—Ese es el tío Clive —dijo Emma, señalando una imagen en la que él sujetaba a las dos niñas en brazos y mostraba una preciosa sonrisa. Estaba junto a una mujer morena, con los ojos azules—. Antes venía más, con la tía Ellen, pero ahora está siempre trabajando.

—Mi tía Ellen se murió —aclaró Sophie, muy seria—. Mamá nos ha dicho que se cayó por la montaña, que fue un accidente. Lloró durante muchos días. A veces, todavía lo hace.

Laura asintió con un gesto cariñoso, agachándose con ellas.

—Seguro que era muy buena —dijo, sin apartar la vista de la foto—. Se nota que os quería mucho.

Sophie no respondió. Cerró el álbum de golpe y, sin previo aviso, se acurrucó contra Laura. Sus hombros temblaban.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Cuando me acuerdo de Ellen, me duele aquí —dijo Sophie, tocándose el pecho.

Laura sintió que algo se rompía dentro de ella. La abrazó con suavidad, acunándola.

—A veces, cuando extrañamos mucho a alguien, el cuerpo nos lo recuerda, igual que la cabeza. Pero eso también significa que le seguimos queriendo.

Sophie la miró con ojos enormes y húmedos. Asintió en silencio y pegó la cara a su hombro.

Fue entonces cuando oyó que la puerta de abría y alzó la vista.

Era Clive. Traía un libro en la mano.

—Hola —dijo en voz baja.

Laura sintió una sacudida. Un estremecimiento que no era miedo. Era atracción. El cuerpo lo recordó antes que su mente. Como si algo que había intentado enterrar volviera a latir.

—Hola —respondió, apenas audible.

—¡Tío Clive! —soltaron al unísono las niñas.

Se levantaron y corrieron hacia él.

—Solo he venido a traerles este libro de cuentos —dijo mirando a Laura, mientras sostenía a cada una de ellas en sus fuertes brazos y depositaba un beso sus mejillas—. Pero me tengo que ir. Tengo una reunión en quince minutos.

La mayor saltó al momento.

—¿No te quedas con Laura y con nosotras? Podríamos jugar a algo los cuatro —comentó Emma.

—Hoy no puedo cariño. Pero me encantará jugar con vosotras otro día.

—¿Ma… mañana? —preguntó Sophie, tartamudeando, ilusionada.

—Lo intentaré. Me voy ya. Os quiero —confesó cariñoso.

Sonrió a las niñas, y añadió a Laura en su preciosa sonrisa. Hizo un gesto con la mano y volvió a salir.

Fueron menos de treinta segundos, pero bastaron para trastocar la tarde por completo.

Lo que el cuerpo recuerda

Tras la salida de Clive, la puerta se cerró con suavidad, pero la imagen de él no se desvaneció con el sonido del pestillo. Permaneció anclada a su pecho, latiendo como algo que no sabía si quería apartar o conservar. Laura intentó concentrarse en la rutina de la tarde, pero no le resultó fácil.

La casa de Emily olía a galletas recién horneadas, y las niñas correteaban entre risas, pero la mente de Laura no podía apartarse de los ojos verdes que la habían perseguido todo el día. La forma en que Clive la había mirado, sin juzgar, con esa calma protectora que desarmaba. Ni siquiera era lo que había dicho. Era cómo. La cabeza le pedía que lo olvidara. El cuerpo… no. El cuerpo recordaba otra cosa.

Salió de su ensoñación al escuchar a Sophie. Su hermana le había quitado una muñeca y tuvo un pequeño ataque de llanto. Nada grave, pero la niña se encogió sobre sí misma, como si algo interno la perturbara. Laura reaccionó al instante, con esa intuición que desarrollan quienes han aprendido a leer los silencios.

—Tranquila, princesa… —le dijo, acariciándole la espalda—. Estoy aquí. Solo respira. Así. Juntas.

Emma se sentó a su lado y tomó la mano de su hermana. Aquel gesto, tan natural, tan dulce, le arrancó una punzada en el pecho.

* * *

La tarde se fue deshaciendo como azúcar en una taza caliente. Cuando Emily regresó a casa, las niñas corrieron a su encuentro, como si llevaran días sin verla.

—¡Mamá, mamá! ¡Tío Clive ha venido a vernos! —chilló Emma —. ¡Y nos ha traído un cuento de dragones!

—Nos lo va a leer cuando vuelva, a nosotras tres —anunció

Sophie con autoridad, alzando tres deditos al aire—. Vendrá mañana.

Emily se rio y las besó en la frente.

—Entonces, mañana será un gran día.

Mientras Emily se cambiaba, Laura metió a las niñas en la bañera y se quedó un momento, observándolas chapotear, con la cara salpicada de espuma. Las dejó allí y se acercó a la cocina, donde Emily ya la esperaba con dos tazas de humeante té sobre la mesa de madera, y rodeadas de dibujos infantiles, algunos de ellos pegados con imanes a la nevera.

—¿Estás bien? —preguntó Emily, con la voz suave.

—Sí. Solo… —Laura se sentó—. Hoy Sophie me ha hablado de Ellen. De cómo murió.

El rostro de Emily se apagó un segundo. Dejó la taza sobre el platito, con cuidado.

—A mi cuñada le encantaba escalar. Era su pasión. Lo curioso es que aquel día… era la última vez que lo hacía.

—¿La última?

—Sí. —Emily suspiró, y se frotó las manos—. Se acababa de enterar de que estaba embarazada. Lo supo el día anterior, pero ya tenía programada esa salida con su hermana y decidió hacerla. No era una escalada peligrosa, sino una de sus favoritas… pero resbaló. Fue una caída de sesenta metros. Murió en el acto.

—Dios…

—Clive no ha vuelto a ser el mismo. —Emily lo dijo con un hilo de voz—. Estaba muy enamorado de su esposa y… se acababa de enterar de que le iba a dar un hijo. Se le rompió el alma. —Se le quebró la voz—. Ocurrió hace un año y medio, y aún no quiere hablar de ello. Ni conmigo, ni con nadie.

Un silencio cayó sobre la cocina. Solo se oía el rumor del agua en la bañera y la amortiguada risa de las niñas.

—¿Y tú? —preguntó de pronto Emily, con una mirada que no

era curiosa, sino sincera—. ¿Tienes a alguien?

Laura tragó saliva. La pregunta quedó en el aire unos segundos.

—Tu chismosa hija mayor me ha preguntado eso mismo hace un rato —dijo en broma, con una sonrisa e intentando parecer tranquila.

—Es muy directa, lo ha sacado de mí. —Emily sonrió, pero no apartó los ojos.

Laura dudó. Luego bajó la mirada y envolvió la taza con las manos, buscando calor en alguna parte.

—No. No tengo a nadie.

—¿Por elección?

Laura levantó la mirada y en sus ojos brilló algo que no era tristeza, sino el peso que la aplastaba.

—Sí, por supuesto, pero aún no he conseguido alejarme lo suficiente de la persona que debería olvidar.

Emily no dijo nada, solo asintió. Y esa forma de asentir, serena y honesta, fue más cálida que cualquier frase.

—Puedes contar conmigo, Laura —le dijo, sin drama—. Cuando quieras, o si lo necesitas.

Laura pensó en Ryan y sintió un escalofrío. Desvió la vista y, durante un segundo, le pareció oír la voz grave de él, saludándola desde el recibidor.

Pero no era más que un temido recuerdo.



Capítulo 4

Lo que no quiero sentir

Cuando Laura entró en su casa, la señora Evans estaba en la cocina. El calor de los fogones y el aroma de sopa de pollo llenaban el ambiente con una sensación que, si no fuera por el torbellino que llevaba dentro, habría sido reconfortante.

—Te noto un poco rara, Laura —dijo Jane, sin apartar la vista del puchero—. ¿Todo bien en el trabajo?

Laura dejó el bolso sobre la silla, se quitó el abrigo con un gesto lento.

—Sí… solo ha sido un día largo. Las niñas han estado encantadoras, pero estoy agotada.

Jane ladeó la cabeza y la miró con una expresión maternal.

—¿No será que estás trabajando demasiado? ¿Necesitas algo? ¿Una manta más gruesa? ¿Otra lámpara para la mesilla?

—No, Jane, de verdad —respondió Laura con una sonrisa apagada—. Está todo bien.

Cenaron juntas, como cada noche. El silencio entre ambas no era incómodo, pero Laura sabía que no podría esconderse para siempre. Jane, discreta, no insistió más. Cuando recogieron los platos y Laura murmuró:

—Me voy a dormir. Hoy no puedo más.

—Claro, cariño. Descansa —respondió Jane, comprensiva.

Laura subió las escaleras. Cada peldaño parecía pesar más que el anterior. Cerró la puerta de su habitación, se quitó los zapatos y

se dejó caer sobre la cama. Se frotó la cara con ambas manos y respiró hondo. Miró el techo unos segundos, luego se incorporó.

El silencio era absoluto. Solo se oía el suave crujido de la madera antigua bajo sus pies. Se acercó a la ventana y corrió ligeramente la cortina. Afuera, el pueblo dormía. Las luces de la calle se reflejaban en la escarcha que empezaba a formarse en los cristales.

«No puede estar pasándome esto otra vez».

Se abrazó a sí misma, como si necesitara contener algo que amenazaba con desbordarse.

«Es solo una familia amable. Unas niñas encantadoras y una madre confiada. Un hombre roto… y malditamente atractivo».

El pensamiento le escoció y cerró los ojos.

«No puedes permitirte esto, Laura. Después de lo de Ryan, no puedes volver a confiar en un hombre».

La imagen de Clive apareció con brutal nitidez: su sonrisa, la dulce mirada con la que parecía desvestir su alma. El modo en que la había mirado cuando entró en la casa. Cordial y con interés. Sin despertar su miedo.

«¿Y si no es como Ryan? ¿Y si es diferente?», se preguntó.

Negó con fuerza. Se sentó en el borde de la cama y clavó los dedos en las sábanas.

«Te has acostumbrado a su control, al dolor disfrazado de amor. Y ahora que alguien no te hiere, ¿te asustas?».

Sintió rabia. Miedo… y también deseo. Todo mezclado.

Se tumbó bocarriba, con los ojos abiertos como platos y viendo solo sombras en el techo. Su cuerpo no la obedecía. Le dolía la boca del estómago. La piel le ardía. Recordó el cruce de su mirada con la de Clive. El olor de su masculina colonia.

«No lo puedes querer. No te puedes permitir enamorarte de él».

Y, aun así, su voz, muy bajita y enterrada en un murmullo, le susurró:

«Pero lo deseas».

Las reflexiones de Clive

Clive cerró el coche y se detuvo un segundo frente a la verja de madera. La noche era fría, pero no helada. El cielo estaba completamente despejado, punteado por estrellas que parecían más brillantes en aquel apartado rincón del mundo.

Respiró hondo y empujó la verja. Caminó por el sendero de piedra que llevaba al porche. Su casa era de una sola planta, estaba rodeada de pinos y se alzaba como un refugio en mitad del silencio. Con la fachada blanca, el tejado oscuro, a dos aguas, y unos grandes ventanales por donde, durante el día, entraba toda la luz que atravesaba el bosque. La puerta principal tenía un cristal esmerilado, con un grabado de hojas de olivo. Había sido una idea de Ellen.

Dentro, todo estaba en perfecto orden. El gran espacio abierto, con el salón, el comedor y la cocina, creaba una sensación de cálida amplitud. El suelo era de madera clara, con alfombras gruesas tejidas a mano.

Una chimenea de piedra presidía el salón, con un sofá en forma de L y una manta gris sobre el brazo. En el rincón, una lámpara de pie derramaba una suave luz. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro. De paisajes de montaña, la costa del norte, y alguna imagen de Ellen escalando, siempre sonriente.

La cocina, de líneas modernas, se fundía con el comedor, donde una mesa de roble clara, para seis personas, ocupaba el centro. Una bandeja de cerámica con fruta fresca, y una botella de vino medio vacía, esperaban junto a una limpia copa.

Tras ir a su habitación y quitarse el uniforme, encendió la tenue luz de la cocina y abrió la nevera. Sacó un par de calabacines, un pimiento rojo y media cebolla morada.

—Salteado con soja, arroz y jengibre —murmuró, casi como un ritual.

Se puso un delantal de lino gris y comenzó a cortar los ingredientes con precisión. El sonido del cuchillo sobre la tabla y el crepitar del aceite caliente eran casi terapéuticos. Cocinar le ordenaba la mente.

Mientras removía los vegetales en la sartén, sus pensamientos se desviaron, una vez más, hacia ella.

«¿Quién eres, Laura? ¿Por qué has aparecido ahora? ¿Qué es lo que escondes detrás de esos silencios y esa mirada que no se deja leer?».

Recordó la sonrisa de Sophie cuando le enseñó el libro. El entusiasmo con que hablaban de su niñera. El modo en que Emily la defendía, con los brazos cruzados y ese tono que reservaba para cuando estaba convencida de algo.

«Demasiado perfecto».

Sirvió la cena en un cuenco y se sentó en la mesa, apoyando los codos. Comió despacio, sin dejar de mirar la silla vacía frente a él. Su mente voló hacia Ellen.

Ella era arquitecta y había diseñado esa casa con todo detalle. Cada ventana, cada ángulo, cada rincón. Había elegido los tiradores, los apliques, la distribución. Después de tantos años compartidos, su sueño había sido construirla juntos.

«Te fuiste de una forma cruel, demasiado pronto. Y me dejaste solo… con este vacío que no puedo soportar».

El tenedor cayó sobre el plato y cerró los ojos.

«Y ahora viene esta mujer, con su manera de caminar, con su suave voz y esa forma de evitar el contacto, como si quemara. ¿Por qué me mira como si me entendiera? ¿Por qué hay algo en ella que me desarma?».

Se levantó con brusquedad. Dejó los platos en el fregadero y fue hasta la chimenea. Encendió el fuego con un par de troncos, sin prisa. El crepitar le calmó un poco.

Cruzó los brazos y se quedó de pie, mirando las llamas.

«No es Ellen. No quiero que lo sea. Pero hay algo que me obliga a mirarla. Y eso es lo que más me inquieta».

Sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero. Dudó. Luego escribió una nota:

Buscar en registros digitales:

Nombre completo: Laura ???

Contrato de trabajo con Emily ?

Residencia actual

Posibles antecedentes

Lo guardó sin enviarlo.

«No porque quiera desconfiar, pero necesito protegerlas. A las niñas. A Emily. Y… a mí. No puedo permitirme sentir tanto dolor otra vez».

Y, sin embargo, algo en su interior le decía otra cosa.

«Ella no es una amenaza. Lo sabes. Lo sientes. Y por eso te da miedo».

Un encuentro inesperado

Cuando Laura entró en el supermercado del pueblo, el aire olía a pan recién horneado. Era pequeño, de pasillos estrechos y con una música de fondo muy suave. Tenía ese encanto rústico que la reconfortaba. Llevaba una bolsa de tela en la mano y una lista mental de lo que necesitaba: fruta, yogures para las niñas, y algo de café.

Apenas había clientes. Caminaba distraída entre los estantes cuando dobló una esquina… y lo vio.

Clive.

Estaba de pie, junto a la sección de conservas. Sujetaba un tarro de mermelada con una mano, y tenía la otra en el bolsillo de su chaqueta de ante marrón. Sus ojos se alzaron al instante y se clavaron en los suyos con una chispa que la desarmó.

—Buenos días —saludó él, en un tono agradable.

—Hola —respondió Laura, sin moverse.

El silencio se instaló entre ambos. El aire, antes acogedor, parecía haberse vuelto más denso, como si el propio supermercado contuviera el aliento.

—¿De compras para las niñas? —preguntó Clive, dejando la mermelada en el carrito. No sonreía.

Laura se obligó a asentir.

—Sí. Emma quería yogur de fresa, y la pequeña ha empezado a comer fruta. Decidí comprarlo yo.

Los ojos de él eran claros, fríos y demasiado atentos.

«Me está midiendo. No solo me mira… me estudia. Como si esperara que dijera algo fuera de lugar».

—Emily habla muy bien de ti —añadió él, con calma—. Dice que las niñas están encantadas.

—Yo también estoy encantada con ellas. Son un amor.

Clive ladeó la cabeza. Era un gesto casi imperceptible, pero en su rostro, tan contenido, se convertía en un signo de análisis profundo.

—¿Llevas mucho en el pueblo?

Laura tensó los dedos alrededor de la bolsa.

—Unas semanas.

—¿Y antes?

«Ahí viene».

—Estaba… en otra ciudad. Cambié de entorno. Buscaba tranquilidad.

—¿Y la encontraste?

—Todavía no lo sé.

Lo dijo mirándole a los ojos. A propósito. Sabía que evitar la mirada podía parecer una señal de alerta, pero mantenerla firme… podía ser peligroso también.

Clive bajó la barbilla y asintió.

—Espero que la encuentres. No todos los sitios pequeños son lo que parecen —dijo, en tono ambiguo.

Laura apretó los dientes.

«¿Qué insinúas? ¿Que este sitio tampoco es seguro? ¿O qué tú lo vas a convertir en una amenaza?».

—Tampoco las personas —replicó ella.

Una sombra de sonrisa cruzó de forma fugaz los labios de Clive, como si le agradara la respuesta.

—Tienes razón.

Un nuevo silencio.

Ambos sabían que aquello no era una conversación trivial. Era un tanteo. Un combate en voz baja, sin armas visibles, pero con filo.

Laura fue la primera en apartarse.

—Bueno… me esperan.

—Claro. Nos veremos pronto.

Cuando se alejó, ella notó su mirada sobre la nuca. Él la siguió por los pasillos, hasta que dobló hacia las cajas.

Cuando Laura salió a la calle, respiró hondo. El aire le supo a metal.

«Sabe que algo no encaja. Me está investigando. Estoy segura. Y si llega hasta Ryan…»

El pensamiento le golpeó el estómago. Le entraron náuseas.

No podía permitirse que Clive desconfiara. No ahora. No cuando por fin empezaba a sentir algo parecido a atracción y deseo. No quería que volviera su miedo.

Mientras tanto, en el interior del supermercado, Clive observaba la puerta por la que Laura acababa de salir.

«Hay algo en ella que no cuadra. Esa forma de responder… tan medida. No está mintiendo, pero tampoco dice toda la verdad».

Cogió de nuevo el tarro de mermelada y lo dejó en el estante. Ya no le apetecía dulce.

«¿Quién te obliga a esconderte así, Laura? ¿Y por qué te empeñas en parecer fuerte, si estás temblando por dentro?»

Sacó el móvil del bolsillo. Aunque no escribió nada, supo que lo haría muy pronto.

Los ojos sobre la presa

Mientras mantenía la bolsa de la compra en una mano, Laura empujó la puerta del bar. Dori, tras la barra, le dedicó una sonrisa cálida.

—¿Qué tal, cielo?

—Tranquila, por ahora —respondió ella, forzando una sonrisa.

Se dirigió a la cocina y se puso el delantal. Se preparó un café y aprovechó para tomárselo mientras la gente empezaba a llegar.

Apenas llevaba diez minutos allí, sirviendo algunos cafés, cuando sintió el tintineo de la puerta. Levantó la vista y vio a dos hombres que se sentaban en una mesa. Uno de ellos era James.

Mientras James asentía con desgana, el otro, algo mayor y con aire de ejecutivo, hablaba. Pero no le hacía ningún caso, porque sus ojos no se despegaban de ella. Le clavaba la mirada como si fuera una presa.

«Mierda… ¿Qué quiere ahora?»

James sonrió. No era una sonrisa amable. Era una mezcla de desafío y conquista.

—¿Te apetece otro café, cielo? —Dori apareció a su lado, rompiendo el instante con su voz melosa.

Laura asintió con un leve gesto.

—Sí, por favor.

Justo entonces, se abrió la puerta y Emily entró al bar. Antes de sentarse frente a Laura, miró en dirección a James y arrugó la nariz.

—¿Te ha dicho algo?

—No —contestó Laura, evitando mirarlo.

—Nunca me ha gustado ese idiota —dijo Emily en voz baja, inclinándose hacia ella—. Creo que disfruta manipulando a la gente.

Laura asintió despacio.

—A mí tampoco me gusta.

—Y no solo por eso —añadió Emily, bajando aún más la voz—. Está liado con dos chicas del pueblo. Las dos piensan que tienen una relación seria con él. Es un picaflor. —Emily bufó—. Y lo peor es que va de encantador. Como su padre.

—¿El alcalde?

—Sí. Esa familia se cree que el pueblo es suyo. Y en parte lo es. El bar, dos hoteles… y tienen más repartidos por todo el país. Son ricos. Y poderosos.

Laura sostuvo la mirada de James durante un segundo más, sin amedrentarse.

—Me recuerda a alguien. Uno de mis ex tenía su misma sonrisa. Esa misma forma de hablarte como si fueras una tonta y él supiera todos tus secretos.

Emily chasqueó la lengua.

—Pues mantente lejos. James no es de fiar.

—No te preocupes. Sé reconocer a los hombres como él. Y, créeme, sé de quién debo defenderme.

«Pero eso no significa que no me dé miedo. No él… sino lo que pueda representar. Si alguien como Ryan llega a este pueblo, gente como James no moverá un dedo. Se limitará a mirar. Y a disfrutar».

James levantó su copa desde la mesa y le guiñó un ojo. Laura no devolvió el gesto.

Emily suspiró.

—No sé qué le pasa contigo, pero desde que llegaste al pueblo, no para de venir aquí.

—Yo sí lo sé. Le molesta que no me ría con sus gracias. Que no le siga el juego. Y eso le da más ganas de cazarme.

Dori, que las estaba escuchando, dejó el café sobre la mesa y, mientras se alejaba, le lanzó una mirada significativa a James.

—No es trigo limpio —dijo por lo bajo.

Laura dio un sorbo al café, sin mirar a los hombres del fondo.

«Si él se convierte en un problema, lo resolveré. Lo último que quiero es volver a huir».

El depredador

James esperó a que su acompañante saliera del bar y, sin perder la sonrisa, cruzó el local con paso seguro. Se apoyó con descaro en la barra, justo frente a Laura.

—¿Estarás sola esta noche? —preguntó en voz baja, casi ronca.

Laura lo miró a los ojos y no hizo ningún esfuerzo por fingir amabilidad.

—No —respondió seca—. Estoy cansada. ¿Necesitas algo?

James sonrió, divertido por su tono.

—Siempre te veo muy concentrada… Pero podrías tomarte un descanso. Seguro que te vendría bien algo de diversión.

—¿Y tú te ofreces como voluntario? —replicó ella, sin ocultar el desprecio.

—Podría ser. Dicen que soy buena compañía.

—No para todo el mundo —dijo Laura, entrecerrando los ojos —. Ya me han hablado de ti, y más de una persona.

Él ladeó la cabeza, divertido.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen?

—Que si hay algo que no se te da bien es la fidelidad. Que estás saliendo con dos chicas del pueblo al mismo tiempo. A lo mejor más.

Aunque sus ojos se endurecieron, James no perdió la sonrisa.

—Eso era antes. Cuando aún no te había conocido.

Laura lo miró con frialdad. No iba a dejar que ese idiota la intimidara.

—No eres el primer hombre que intenta conquistarme con la promesa de que conmigo todo sería diferente. Ni el primero que me miente. Lo que no sé es si piensas que soy estúpida o, tal vez, desesperada.

James se inclinó un poco más, y acercó su rostro al de ella.

—Tú tienes algo distinto. No eres como las demás.

—No. No lo soy. Por eso no vas a conseguir de mí lo que quieres.

«No insistas, idiota. Estoy a un paso de saltarte a la yugular».

James se irguió, pero mantuvo la sonrisa en la cara. La misma que usan los gatos antes de saltar sobre un ratón. Antes de irse, le guiñó un ojo.

—Te haré cambiar de idea.

Cuando cruzó la puerta, Laura soltó por fin el aire que había estado conteniendo.

«Estás en su radar. Y eso no es nada bueno».

Dori se acercó desde la barra con el ceño fruncido.

—Ten cuidado con él, Laura. De verdad —le dijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—No solo es un picaflor. Ha hecho daño a más de una. Una chica acabó dejando el pueblo después de que él la… destrozara. No voy a entrar en detalles, pero escúchame bien: no te quedes sola con él. Nunca.

Laura se quedó en silencio, y la miró con cariño.

—Gracias por decírmelo.

Dori asintió con seriedad.

—Eres lista, y se nota que te sabes defender. Pero James… no juega limpio. Y su familia tapa todo lo que él hace.

Laura bajó la mirada hacia sus manos. Estaban tensas, crispadas.

«Mierda. Esto es justo lo que no necesitaba. Otro depredador con poder. Otro que cree que puede poseerlo todo, incluyéndome a mí».

Miró hacia la puerta por la que había salido James.

«No, cabrón. No esta vez».

* * *

La mañana transcurrió sin sobresaltos y la tarde estaba resultando tranquila. Laura estaba en el salón, sentada en el suelo con las niñas, construyendo una torre de bloques de madera que amenazaba con derrumbarse en cualquier momento.

Emma se reía a carcajadas cada vez que la torre se tambaleaba, y la pequeña, que aún no dominaba bien las manos, intentaba colocar las piezas a trompicones.

—Nuestra otra canguro era un rollo —soltó Emma, encajando un bloque con cuidado—. Solo veía la tele y nos hacía bocadillos.

—Ni siquiera jugaba con nosotras —añadió la pequeña, con un puchero—. Y siempre estaba de mal humor.

Laura sonrió. «Es increíble lo rápido que han confiado en mí. Me gusta verlas así… libres, sonrientes, sin miedo».

Mientras Laura estaba ordenando unas cajas en la trastienda, escuchó el tintineo familiar de la puerta. Al asomarse, vio a Emily. Entraba con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Vaya, vienes radiante —comentó Laura, dejando las cajas sobre el mostrador.

—Es que… —Emily se inclinó hacia ella, como si compartiera un secreto— John vuelve esta noche.

Laura arqueó las cejas, divertida.

—¿John?

—Mi marido —respondió con un brillo en los ojos—. Ha estado fuera por trabajo. Llegará en un par de horas.

«Así que pronto conoceré al famoso marido del que tanto ha hablado», pensó Laura, intentando disimular su curiosidad.

—Qué bien, me alegro por ti.

—Y quiero que lo conozcas. —Emily le cogió las manos con entusiasmo—. Te invito a cenar esta noche con nosotros, en casa.

—¿Esta noche?

—Sí. Podemos quedar a las nueve, así le da tiempo a ducharse… Y a ti a ponerte guapa.

Laura sonrió. Le apetecía conocerlo.

—Está bien, acepto.

Emily parecía encantada.

—Te va a encantar. John tiene cuarenta y un años, es rubio y muy atractivo… —Sonrió con cierto orgullo—. Trabaja de comercial, en una empresa tecnológica.

Laura sintió una chispa de curiosidad. «Cuarenta y uno… rubio… comercial… seguro que tiene esa seguridad que da el saberse deseado», se dijo.

—Además —continuó Emily— le he hablado muy bien de ti. Está deseando conocerte.

—Espero estar a la altura —replicó Laura con una sonrisa.

—Lo estarás. —Emily guiñó un ojo—. Te advierto que es encantador… y sabe cómo ganarse a la gente. Te va a gustar.

«Veremos si también me cae bien a mí», pensó Laura mientras veía a Emily salir, aún con esa sonrisa de quien espera una noche perfecta.

—Por cierto… —dijo Emily, y le preguntó, sin rodeos—. ¿James te ha vuelto a molestar?

Laura negó con la cabeza, pero su gesto se endureció.

—No, pero cada vez que entra en el bar me pone los nervios de punta. —Miró hacia un lado, incómoda.

Emily cruzó los brazos y la miró fijamente.

—Hay algo que deberías saber. Una de las chicas con las que James salía… —respiró hondo— tuvo que abortar. En secreto. Aunque todo el mundo sabe que él la agredió, ella nunca se atrevió

a denunciar, y se acabó yendo del pueblo.

Laura sintió un nudo en el estómago al verse reflejada en ella. «Así que las historias que me han contado no eran simples habladurías… Este tipo es peor de lo que pensaba».

Las niñas, ajenas a la conversación, seguían jugando en el salón. Emily bajó la voz.

—No te fíes nunca de él, Laura. Y si alguna vez notas que intenta acercarse demasiado… hazme caso y márchate.

Laura sostuvo su mirada y asintió. Aunque ella ya lo intuía, sabía que debía evitar acercarse a él.

Una conversación interesante

Laura entró en casa cerrando la puerta con suavidad. El aroma a sopa recién hecha le envolvió, y vio a Jane acomodada en el sillón, con un libro abierto y las gafas descansando sobre la punta de la nariz.

—No cenaré aquí esta noche —dijo Laura mientras dejaba las llaves en la mesa—. Emily me ha invitado a su casa, porque esta noche llega su marido, John.

Emma levantó la vista y sonrió.

—Emily es un cielo. Y John… —alargó la frase como si saboreara el recuerdo—. Son una pareja extraordinaria, y tienen dos hijas preciosas. ¿Conoces a Clive, su hermano?

Laura asintió.

—Sí, lo he visto un par de veces.

—Es guapísimo —dijo Emma, con un brillo travieso en la mirada—. Estaba locamente enamorado de su esposa, Ellen. Lo que le pasó fue una tragedia… —su voz se suavizó—. Después del accidente, quedó destrozado.

Laura frunció el ceño.

—¿Y no ha tenido pareja desde entonces?

—Nunca lo he visto con otra mujer —respondió Emma—. Tal vez la herida siga demasiado reciente, pero creo que ya es hora de que recupere su vida.

Jane se la quedó mirando.

—¿Te parece guapo, Laura? —añadió, arqueando una ceja—. Con sus preciosos ojos verdes y el uniforme de jefe de la policía…

Laura sintió un pequeño nudo en el estómago.

«Tiene razón. Es demasiado guapo, y esos ojos…»

—Sí, es muy guapo, lo reconozco —respondió, y se encogió de hombros—, pero acabo de salir de una relación muy dolorosa y no

tengo ganas de conocer a nadie.

Emma dejó el libro sobre el regazo y la miró con ternura.

—Para decir eso, te tuvieron que hacer mucho daño.

Laura respiró con fuerza, evitando su mirada.

—Mi exnovio es un maltratador, y… tuve que alejarme de él. —Se detuvo, sin querer entrar en más detalles.

«No quiero abrir esa herida».

Jane le cogió la mano y la apretó con calidez.

—Aquí estarás tranquila y segura, Laura. Este es un pueblo pequeño y la gente se cuida entre sí.

Laura asintió, aunque por dentro sintió un leve escalofrío al pensar en alguien del entorno.

«James… tú eres la excepción. Y lo sabes».

Copas, secretos y miradas

Viernes

Laura llegó puntual. Emily abrió la puerta con una sonrisa radiante y un vestido azul que resaltaba sus ojos claros.

—¡Pasa! —dijo entusiasmada—. John está a punto de llegar… y, por cierto, he invitado también a mi hermano.

Laura sintió una punzada en el estómago.

«Clive… No me esperaba esto. Pero… me gusta la idea».

—Ah… —respondió, fingiendo naturalidad—. Qué sorpresa.

Emily la condujo al salón. Minutos después, la puerta se abrió y entró John. Era alto, de hombros anchos y complexión atlética. Su pelo rubio, perfectamente cortado, contrastaba con el tono bronceado de su piel. Vestía una camisa celeste de lino y unos pantalones oscuros, y desprendía un aroma fresco, como de madera y especias.

«Vaya… Emily no exageraba. Es un hombre que llama la atención».

—Así que tú eres Laura —dijo John, acercándose con una sonrisa de oreja a oreja mientras le daba un cálido apretón de manos—. Encantado. Emily me ha hablado maravillas de ti.

Emily sirvió unas copas de vino blanco. Sonó el timbre. Laura oyó pasos y escuchó una voz masculina en la entrada. Cuando Emily volvió, no venía sola.

Clive apareció, sujetando una botella de vino tinto. Vestía una gruesa chaqueta de ante marrón, una camisa blanca abierta en el cuello y unos vaqueros oscuros. Sus ojos verdes se clavaron en los de Laura. Ella apenas pudo sostener su la mirada.

«Por Dios… está incluso más atractivo sin el uniforme».

Clive, por su parte, pensó: «Esos ojos avellana… son un imán».

—Laura —saludó él, con un leve asentimiento y una sonrisa».

Durante la cena, John fue cordial y animado, dominando la conversación con anécdotas de sus viajes de trabajo. Clive intervenía poco, pero cuando lo hacía, sus preguntas iban directas.

—¿Hace mucho que estás en el pueblo? —preguntó él, mirándola con atención.

—Un par de semanas. —Laura tomó un sorbo de vino, evitando hablar de más.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí?

Laura dudó. John la miraba expectante. Emily inclinó la cabeza, curiosa.

«No quiero abrir esa puerta…».

—Digamos que necesitaba un cambio. Acabo de dejar una relación muy destructiva. —Su voz se endureció un poco—. Prefiero no hablar de ello.

Clive asintió despacio. «Quienquiera que fuera… le hizo mucho daño».

Cuando se marcharon, Clive se ofreció a acompañarla. Caminaron por la calle, en silencio, con el aire fresco de la noche envolviéndolos.

—Me alegra que hayas venido —dijo él.

—Gracias… yo también me alegro.

Se detuvieron frente a la puerta de Laura. Las farolas proyectaban una luz suave sobre sus rostros. Hubo un instante en el que ninguno habló.

«Si doy un paso más… Tengo ganas de besarla». pensó él.

«Sé que no puedo… pero me gustaría que me besara». pensó ella.

—Buenas noches, Laura. —Su voz sonó grave, casi un susurro.

—Buenas noches, Clive.

Él se giró y se alejó despacio. Ella cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Soltó el aire que no sabía que estaba

conteniendo.

Encuentro inesperado en el pueblo

Laura caminaba por la acera, con la brisa templada de la mañana acariciándole el rostro, cuando, al girar la esquina, se topó con Clive.

—Vaya —dijo él, sonriendo de medio lado—. Tenía ganas de encontrarme contigo.

Ella se detuvo, sintiendo ese pequeño golpe en el estómago que aparecía cada vez que lo veía.

—Hola, Clive. —Intentó que su voz sonara natural, pero no estaba segura de lograrlo.

—He estado pensando… —Clive se pasó una mano por la nuca —. Hay sitios preciosos en este pueblo que seguro que aún no has visto. Me encantaría enseñártelos, si quieres.

Laura se obligó a sonreír.

«¿Y si lo que quiere es saber más de mí? No puedo olvidar que es el jefe de policía».

—No sé… —respondió, sin dar una respuesta clara.

Él sacó su móvil y le mostró la pantalla.

—Te doy mi número. Si te apetece, me llamas… o si necesitas algo. Al fin y al cabo —añadió con un guiño—, soy el jefe de policía.

«Sí, y eso es precisamente lo que me asusta», pensó Laura mientras guardaba el número en su teléfono.

La charla fue breve y se despidieron. Cuando llegó al bar, Dori ya estaba acomodando unas tazas detrás de la barra.

—Te he visto desde la ventana —comentó Dori, arqueando una ceja—. ¿Clive te ha dicho algo?

—Me ha invitado a quedar con él, para enseñarme algunos lugares del pueblo —admitió Laura.

—Pues yo que tú, iría. Es un hombre estupendo, Laura. Muchas chicas de por aquí han intentado algo con él, pero nunca ha hecho caso a ninguna desde… —Hizo una breve pausa—. Bueno, ya sabes,

desde que pasó lo de su esposa. No te vas a arrepentir.

Laura sonrió, pero la duda le punzó el pecho.

«Todos dicen lo mismo de él… ¿Y si es tan maravilloso como cuentan? ¿Y si me estoy cerrando por miedo?»

La mañana transcurrió sin demasiada clientela. A la hora habitual, apareció Emily. Como siempre, iba con el paso acelerado. Echó un vistazo rápido al local y, al ver que estaba medio vacío, le hizo una seña a Laura.

—Ven, vamos a tomar un café.

Se sentaron junto a la ventana. Emily la miraba con esa mezcla de picardía y complicidad que siempre desarmaba a Laura.

—Muchas gracias por venir a cenar, Laura. A John le has caído muy bien, está muy contento de que cuides a nuestras hijas.

Laura sonrió. Él también le había parecido un encanto de hombre, y pensó que Emily se merecía un marido así.

—John es un hombre estupendo. Te lo mereces —le dijo con sinceridad.

Emily soltó una carcajada.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Tengo una familia maravillosa. A John, a dos preciosas hijas… y a una niñera a la que adoran. Y a Clive —añadió, mirando su reacción.

Emily percibió una chispa en los ojos de Laura al mencionarlo.

—Clive ha estado muy distante desde que murió su esposa —empezó—. No te dejes intimidar por su carácter reservado. Es un hombre que protege lo que quiere… y lo hace de verdad.

Laura sintió un cosquilleo incómodo.

—Nos hemos encontrado esta mañana. Me ha invitado a quedar, para enseñarme algunos lugares del pueblo.

Emily se inclinó hacia ella, con los ojos brillando.

—Pues yo que tú, aceptaría. Tú y él… habéis sufrido mucho. —Sonrió—. Por lo que sé de ambos, después de lo que tú has pasado

y lo que él vivió, os merecéis una oportunidad para ser felices —dijo, como si diera por hecho que entre ellos nacería algo—. Y te voy a decir una cosa: me he dado cuenta de que Clive está muy interesado en ti, y, no intentes negarlo… porque tú también lo estás.

Laura bajó la vista hacia su taza, revolviendo el café sin probarlo.

«¿Será verdad? ¿Es posible que me guste? ¿Y si…?».



Capítulo 5

Paseo entre sombras y luces

El sábado por la tarde, Laura miró el reloj y sonrió. Tenía la noche libre. Emily le había dicho que Clive no estaba de guardia, así que lo había llamado con un plan sencillo: recorrer juntos algunos de los rincones más bonitos de la zona.

Comenzaron en el puente de madera sobre el río Palatka, donde el sol, con destellos dorados, se reflejaba en el agua. Pasearon entre los robledales del Parque Ravine Gardens, cuyas sendas, cubiertas de hojas secas, crujían bajo sus pasos. Después, caminaron por la orilla del lago Crescent, un espejo inmenso teñido por los tonos malvas del atardecer.

—No recordaba la última vez que caminé tan despacio —dijo Clive, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—A veces es la única manera de ver lo que importa —respondió Laura, con una sonrisa.

En cada parada, las conversaciones fluían. Hablaron de libros, de películas que nunca terminaban de gustarles, y de la gente que se cruza por la vida sin dejar huella. Clive, sin proponérselo, buscaba en sus palabras una pista, un resquicio de verdad sobre ella.

«No sé nada de ti, Laura Adams… Y eso me inquieta», pensó mientras la observaba fotografiar el reflejo de los árboles en el lago. «Tu historia no está en ninguna base de datos, ni en redes sociales… Nada. No existes, y eso no es una casualidad».

El aire fresco los acompañó hasta que la luz empezó a desvanecerse. Clive la miró y sonrió.

—¿Te apetece cenar conmigo? —preguntó.

Laura dudó unos segundos.

—No sé si…

—Solo es una cena —interrumpió él, con un tono amable—. Nada más… a menos que quieras que sea algo más.

Ella bajó la mirada, conteniendo una sonrisa.

—Está bien —aceptó—. Vamos.

Mientras caminaban hacia el coche, él pensaba: «Solo sé que sufriste maltrato. Es lo que nos explicaste durante la cena en casa de mi hermana, pero… ¿hay algo más? Estoy seguro de que estás huyendo, y no sé de quién. Y, también, que tu nombre no es el verdadero. ¿Qué es lo que ocultas, Laura Adams?».

Laura, en silencio, estaba absorta en la carretera, iluminada por los últimos rayos del día.

«No puedo relajarme ni permitir que se acerque demasiado. ¿Debería confiar en él?».

* * *

El restaurante estaba oculto en una estrecha calle adoquinada, iluminada por farolas antiguas que desprendían una cálida luz. A través de los ventanales, Laura distinguió un interior íntimo, con mesas redondas vestidas con manteles color crema, copas de cristal que brillaban a la luz de una vela en el centro de cada mesa, y un suave murmullo de conversaciones acompañadas por una música de piano. El aroma a pan recién horneado y a especias la envolvió nada más abrirse la puerta.

—¡Clive! ¡Cuánto me alegro de verte por aquí! —dijo una mujer de cabello castaño claro y sonrisa radiante, acercándose con los brazos abiertos.

Clive sonrió, igual de cálido, y la abrazó con un gesto cariñoso.

—Laura, te presento a Claire. Es la esposa de mi amigo Tom.

Este lugar es suyo.

Claire tras besar a Clive en la mejilla, lo hizo con Laura.

—Encantada. Clive nos ha hablado de ti —dijo, con un brillo en los ojos—. Tom está en la cocina, como siempre, pero me aseguraré de que venga a saludaros.

Laura sintió un extraño calor en las mejillas. No estaba acostumbrada a ese tipo de bienvenida. «Apenas acabo de llegar, y es como si me conociera desde hace tiempo», pensó.

Los condujo a una mesa que estaba junto a una pequeña ventana. Sobre ella había una vela que proyectaba una luz dorada que acariciaba sus rostros. Laura miró alrededor.

«Es el lugar perfecto para una cena romántica», pensó sorprendida. Esa idea la puso nerviosa, y no supo si era por la cercanía física de Clive o por el hecho de que, por primera vez en años, sentía algo que no era ni miedo ni desconfianza.

—¿Te gusta? —preguntó él, mientras retiraba su abrigo y se lo tendía a Claire, inclinándose hacia ella.

—Es precioso —respondió, y notó que su voz sonaba más suave de lo que quería.

Cuando Claire se alejó, Clive la observó con atención, como si quisiera memorizar cada gesto.

—Este lugar es muy especial para mí. Tom y yo nos conocemos desde la universidad. Él es un chef increíble… y Claire, bueno, Claire convierte cualquier rincón en un sitio donde te apetece quedarte. Ella ha decorado este maravilloso lugar.

Laura jugueteó con la copa vacía frente a ella y se puso a pensar. «Clive no solo es uno de los hombres más guapos que he conocido en mi vida… también es educado, galante, y muy masculino. Me trata con una suavidad y respeto que no recordaba que existieran».

La conversación fluía con naturalidad, como si no hubiera un pasado oscuro acechando en la memoria de ella. Pero estaba ahí.

Aún recordaba las frías miradas de Ryan, las palabras que la reducían a nada, o las noches en las que ni siquiera tuvo el valor suficiente para resistirse y él la forzó.

Clive le hizo una pregunta que la sacó de su abstracción, y la hizo regresar al presente.

—Perdón, Clive. ¿Qué has dicho?

Él sonrió, paciente.

—Que si prefieres vino tinto o blanco.

—Tinto, creo.

—Perfecto —dijo, y llamó a un camarero—. Un Rioja reserva, por favor.

Cuando sus miradas se cruzaron de nuevo, Laura sintió esa incómoda certeza de que Clive estaba empezando a romper la armadura que había construido desde la muerte de Ellen.

«Aún no sé si puedo confiar en él… pero tampoco tengo nada que ocultar. Sabe que fui una víctima. Y, por alguna razón, me hace sentir que, quizá, puedo dejar de serlo».

Mientras él hablaba de una divertida anécdota con Tom, Laura se sorprendió, porque sonrió de verdad. «Después de tanto tiempo en el infierno… estoy en un paraíso que desconocía. Y Clive es el centro de él».

La cena

Tras tomar nota de la ensalada de queso de cabra para compartir, el solomillo de la casa para Clive, y el lenguado en salsa para Laura, el camarero se retiró, dejándolos solos.

Mientras saboreaban la cerveza que habían pedido nada más llegar, Laura acarició con la mirada el ambiente del lugar.

—Me encanta este restaurante. Creo que es uno de los más bonitos en los que he estado.

Clive mostró una sonrisa y bromeó, por primera vez.

—Seguro que te lo parece por la compañía que tienes delante.

Laura se rio, pero reconoció que tenía razón.

Él dejó la copa sobre la mesa y, con un leve cambio en el tono, confesó:

—Este era el restaurante preferido de Ellen.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre. Laura se inclinó levemente hacia él.

—Siento muchísimo el dolor por el que has tenido que pasar.

Clive asintió, como si las palabras removieran algo que llevaba guardado.

—Siempre estuvimos juntos, desde el instituto. Estudió arquitectura… Ella fue quien diseñó nuestra casa. —Hizo una breve pausa y su voz se volvió más grave—. No sé si sabes que estaba embarazada.

—Sí… —respondió Laura con suavidad—. Sé que el accidente te arrebató las dos vidas que más querías.

Un brillo húmedo asomó en los ojos de Clive. Laura, sin pensarlo, posó su mano sobre la suya, que descansaba sobre el mantel.

Él bajó la mirada hacia ese contacto, y con un gesto lento y deliberado, entrelazó sus dedos con los de ella.

Se miraron en silencio, como si el mundo se hubiera reducido a ese instante.

«No es solo un gesto de consuelo», pensó Laura, sintiendo una intensa calidez recorrerle el pecho. «Hay algo más… algo que empieza a nacer».

En los ojos de Clive también había un cambio, una ternura que lo suavizaba. «¿Qué me está pasando contigo, Laura?», se preguntó. «Creía que mi corazón estaba muerto».

La llegada del camarero con la ensalada de queso de cabra, aderezada con pasas, nueces, semillas y un toque de mermelada de tomate, interrumpió el momento.

Ninguno apartó la mano. Mantuvieron ese contacto mientras el camarero dejaba el plato y se alejaba, como si ese lazo invisible fuera más importante que cualquier otra cosa que hubiera en la mesa.

Entre copas y verdades veladas

El murmullo de las conversaciones se mezclaba con la música suave que flotaba en el ambiente. Las luces creaban un halo de intimidad sobre la mesa que compartían, y el vino en las copas brillaba como rubí líquido. Laura, algo acalorada por el alcohol y por la cercanía de Clive, se atrevió a romper una barrera que jamás había dejado caer.

—Clive… —susurró, apartando la mirada hacia la vela que oscilaba en la mesa—. Hay algo que casi nunca digo… pero creo que… esta noche, contigo, puedo hacerlo.

Clive la observó con atención, sin interrumpirla. En sus ojos había un respeto absoluto, pero también una expectación silenciosa.

—Desde hace un tiempo… he vivido una etapa muy oscura. No voy a entrar en detalles, pero… me ha dejado cicatrices que no se ven. —Bebió un sorbo de vino, intentando que su voz no temblara—. Y, a pesar de ellas, me gusta estar aquí, contigo.

En su interior, Laura se dijo: «No puedo creer que esté diciéndole esto… y, sin embargo, no me siento expuesta ni amenazada. Me siento… segura».

Clive dejó su copa y estiró la mano para cubrir la de ella. No fue un gesto impulsivo, sino deliberado. Sus dedos rozaron los suyos con una calidez que le recorrió todo el cuerpo.

—Me alegra que me lo hayas confesado —dijo él con voz grave —. No por saber lo que te pasó, sino porque confías en mí lo suficiente para hacerlo.

Ella se permitió mirarlo fijamente. «Si supieras cuánto me cuesta abrirme…».

La conversación siguió, y, con cada frase, cada sonrisa y cada roce, la atracción entre ellos se hacía más intensa. No había prisas. No había movimientos bruscos. Solo una suave brisa que los acercaba más.

—¿Sabes lo que resulta curioso, Laura? —preguntó él, inclinándose hacia ella—. Hay cosas que no necesitan decirse en voz

alta. Basta con mirarte para saber lo que piensas.

—¿Ah, sí? —respondió ella, intentando sonar indiferente—. ¿Y qué crees que pienso ahora?

Clive sonrió y ladeó la cabeza.

—Que no quieres que esta noche se acabe.

Un calor inesperado le subió a las mejillas.

«Dios… ¿cómo lo hace?», pensó ella, sabiendo que tenía razón.

En ese instante, un hombre muy atractivo salió de la cocina y se acercó a su mesa. Clive se levantó de inmediato, con una amplia sonrisa, y Laura lo imitó.

—Tom, querido amigo —lo saludó Clive con un abrazo—. Te presento a Laura.

—Encantado, Laura —dijo Tom, estrechándole la mano con energía—. Así que tú eres la mujer que ha conseguido que este hombre vuelva a sonreír.

Ella frunció el ceño, sin entender.

—¿Cómo…?

Tom la miró con una expresión cómplice.

—Es la primera vez, desde que pasó lo de su esposa, que Clive trae a alguien a cenar aquí. Algunas veces venía solo… pero nunca con una mujer. Créeme, si lo ha hecho, es porque eres especial.

Laura sintió que el rubor le quemaba la piel.

«Especial… ¿de verdad piensa eso?».

Clive no dijo nada, pero sus ojos confirmaban cada palabra. Y, desde hacía mucho tiempo, Laura no sintió miedo de estar con un hombre.

Dulces y sombras

Tras la marcha de Tom, que aún tenía responsabilidades en la cocina y solo había salido para saludarlos, les dijo que los dejaba solos y que no pidieran postre, que él se encargaría de enviárselo.

—¿Te gustan los dulces? —preguntó Clive, con una chispa divertida en la mirada.

—Son mi pasión —respondió Laura, sonriendo, con un leve rubor en las mejillas.

Tom, que lo escuchó mientras se daba la vuelta, soltó una carcajada. Se giró hacia Laura y afirmó:

—Estoy seguro de que te van a encantar.

Se alejó hacia la cocina, dejándolos nuevamente envueltos en esa íntima burbuja que habían creado.

Clive se reclinó ligeramente hacia ella, con una expresión más seria.

—Quiero contarte algo… —su voz bajó un tono, como si el resto del restaurante pudiera oírlo—. No suelo abrirme así, pero contigo me siento distinto.

Laura lo miró, expectante.

«¿Qué querrá decirme? No parece un hombre que se abra tan fácilmente…».

Él inspiró antes de continuar:

—Cuando conocí a Ellen, la persona más importante de mi vida… me enseñó que la confianza no se regala. Desde que la perdí, avanzo con cautela.

Ella percibió el peso de aquellas palabras y bajó la vista hacia su copa y jugó con el borde, con los dedos.

«Así que por eso parece medir cada gesto… No es miedo, es prudencia».

Laura, de forma inconsciente, giró levemente el rostro y

descubrió a un hombre, sentado a unas mesas de distancia, que los observaba con una insistencia incómoda, en especial, a ella.

En ese instante, Clive notó que en su rostro aparecía una expresión que mezclaba alerta y desconcierto.

Laura se quedó paralizada y pensó: «Lo conozco. No puede ser… Es un amigo de Ryan ¿Por qué ahora?».

Clive frunció el ceño, evaluando la situación.

—¿Lo conoces? —preguntó en voz baja.

—No… bueno, creo que sí, pero es alguien a quien no quería encontrar aquí. Y mucho menos, hoy. —Su tono se quebró, traicionando la incomodidad que intentaba disimular.

El hombre, tras unos segundos de vacilación, apartó la vista y volvió a centrarse en su plato, como si nada hubiera ocurrido.

Laura dejó escapar un suspiro contenido.

—Perdona. No quería arruinar la noche.

Clive la miró con una tranquila firmeza.

—No has arruinado nada. Si te incomoda, me lo dices y nos vamos.

Ella negó con la cabeza.

—No… quiero quedarme. Contigo.

Él asintió y volvió a sonreír, suavizando el ambiente.

El postre como excusa

Cuando el hombre de la otra mesa finalmente desvió la mirada, y la tensión se relajó. Clive, sin apartar los ojos de Laura, dejó que su voz descendiera a un tono grave.

—Hay algo que quiero que sepas, Laura. Desde que estoy solo… nunca he estado con ninguna mujer —le dijo, haciendo una breve pausa, como si calibrara el peso de sus palabras.

Laura sintió un nervioso cosquilleo recorrer su espalda. Su primera reacción fue bajar la vista hacia el mantel.

«¿Por qué me dice esto ahora? ¿Quiere que yo también me exponga? Tal vez sea la hora de empezar a confiar».

Se armó de valor.

—Yo no puedo decir lo mismo… —admitió, alzando la mirada para encontrar la de él—, pero… —tragó saliva— preferiría no tener que recordar las últimas veces que estuve con un hombre.

Clive inclinó la cabeza, sin apartar la atención de su rostro.

—¿Tan mal fue?

Ella apartó un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla, como si el gesto pudiera darle tiempo para respirar.

—Aún recuerdo el maltrato físico y mental al que me sometió. —Su voz salió baja, pero firme.

Un denso silencio se instaló en la mesa, solo roto por el tintinear de cubiertos de los otros comensales.

—¿Ese hombre… es el motivo por el que estás en Cold Spring? —preguntó él, con la voz más suave que ella había oído.

Laura asintió despacio, y sus ojos se cubrieron de un brillo húmedo que no se llegó a convertir en lágrimas. «No voy a llorar aquí. No delante de él».

En ese instante, el camarero apareció con una bandeja que parecía sacada de un sueño.

—De parte del chef —anunció, depositando frente a ellos tres postres que eran obras de arte: una tarta de chocolate belga con glaseado brillante y hojas de oro, un cheesecake de frutos rojos con una base de galleta crujiente y coulis de frambuesa, y un milhojas de crema pastelera con virutas de caramelo.

Laura soltó una espontánea carcajada y miró hacia la puerta de la cocina.

—Esto es una locura… —murmuró, antes de lanzar un beso en el aire hacia Tom, que, desde la puerta de la cocina, expectante de su reacción, respondió de la misma forma.

Clive siguió la dirección de su mirada y, al ver la escena, dejó escapar una carcajada que se unió a la de ella. Por un momento, la tensión desapareció. Fue sustituida por una inesperada complicidad.

Una despedida con tensión

Aunque Laura insistió en pagar la mitad de la cuenta, él se negó en redondo.

—Ni hablar. Si te parece bien, la próxima vez pagas tú. —Clive mostró una sonrisa—. Así tengo una excusa para volver a cenar contigo.

Ella sonrió tímidamente.

—No necesitas excusas… —bajó la mirada y luego la alzó de nuevo—. Me encantaría volver a cenar contigo.

Tras una afectuosa despedida con Tom y su esposa, ambos aseguraron que volverían pronto.

—Pero solo repetiremos, si los postres los pago yo —bromeó Laura—. Aunque seguro que serán los mismos que hoy… porque han sido extraordinarios, al igual que la comida.

Salieron a la noche de Cold Spring, que estaba estrellada y limpia, con el ligero frío del mes de diciembre.

—¿Te apetece dar un paseo? —propuso él—. Así bajamos la cena.

Apenas habían dado unos pasos cuando Clive sintió en su mano el casual roce de la suya. Se aventuró a cogerla, y ella se aferró a él como si fuera una tabla de salvación.

«No me sueltes… necesito sentirte», pensó Laura.

Caminaron por una avenida arbolada, con las farolas lanzando círculos cálidos sobre la acera. Laura se sentía feliz, casi flotando.

«¿De verdad puedo volver a sentir esto? Después de Ryan… ¿después de todo lo que me ha pasado?».

Por primera vez desde que huyó de aquel calvario, sentía algo nuevo hacia un hombre. Clive la sorprendía y fascinaba a partes iguales. Durante la época oscura en la que estuvo atrapada, jamás imaginó que un hombre como él se fijaría en ella.

En un punto del paseo, él se detuvo. Le apartó un mechón de cabello y, con un roce lento, acarició su mejilla. Sus ojos se encontraron, intensos.

—Laura…

Ella apenas susurró:

—Clive…

Sus rostros comenzaron a acercarse. Los labios estaban a un suspiro cuando un coche, con la música retumbando, dobló la esquina y pasó a escasos metros de ellos, rompiendo ese momento.

Ambos apartaron la mirada, pero no soltaron sus manos.

«Quiero… pero no ahora. No así», pensó Laura.

Se subieron al coche y, mientras él la llevaba a casa, la tensión aún vibraba entre los dos.

—Me encantaría volver a quedar contigo —dijo Clive al detenerse frente a su puerta.

—A mí también… —respondió ella con una sonrisa—. Pero seré yo quien pague la cena.

Bajaron del vehículo y caminaron hasta la entrada de la casa. Se quedaron mirándose, sin prisa.

—Buenas noches, Laura —dijo él, comedido.

Ella le mostró una preciosa sonrisa y Clive comenzó a alejarse. Pero Laura, de repente, pronunció su nombre:

—Clive…

Él se giró para mirarla, y ella, con un par de rápidos pasos, acortó la distancia y llegó hasta él. Lo tomó de las solapas de su cazadora de piel y, sin más, le dio un suave beso en los labios.

Se separó, le dedicó una tímida sonrisa y dio media vuelta. Se apresuró a entrar en su casa, como si fuera una adolescente pillada in fraganti, y cerró la puerta detrás de ella.

«Dios… ¿qué me está pasando?», pensó nada más entrar, y apoyó la espalda en la puerta de entrada.

Clive, inmóvil en la acera, se pasó los dedos por los labios, aun sintiendo su calor.

«Definitivamente… necesito otra cena con ella».

Bajo el peso de las estrellas

Laura subió despacio las escaleras, arrastrando con ella el eco de la noche que acababa de vivir. Al llegar a su habitación, dejó caer la ropa sobre la silla, como si al desprenderse de ella dejara fuera el frío del mundo exterior.

Eligió un camisón suave, que acarició su piel mientras se lo colocaba, y se deslizó bajo el grueso edredón. Gracias a la calefacción que mantenía a raya el invierno de Cold Spring, la casa estaba agradablemente cálida.

No tenía sueño. Al contrario, se sentía llena de una energía extraña, como si la velada hubiera encendido en ella una luz difícil de apagar. Recordó cada instante de las últimas horas: el paseo, la cena en el restaurante de Tom, la tranquila conversación y las miradas que se cruzaron. Después, otro paseo, esta vez bajo las estrellas, y el cómodo silencio que hablaba por ellos.

Maldijo al conductor del coche que, con la música a todo volumen, había roto el hilo invisible que los unía en ese momento. Y suspiró al evocar el beso rápido, casi robado, que ella le había dado al despedirse.

Pensó en su propia historia, en el dolor que arrastraba, y en la herida que él llevaba consigo: la pérdida de su esposa, el vacío dejado por aquel accidente y por el hijo que nunca llegó a nacer.

Se dejó invadir por la imagen de sus ojos verdes, de su atractivo rostro y de esa sonrisa que, durante toda la noche, le había regalado sin reservas.

De pronto, se dio cuenta de algo: desde que había dejado Boston, no había sentido ni una chispa de deseo. Con Ryan tampoco lo sentía, pero era diferente, porque la reclamaba casi a diario, en una torturante rutina. Sin embargo, el mero hecho de pensar en Clive encendía algo que creía apagado.

«Es distinto…», pensó, cerrando los ojos. «Es un deseo que me acaricia por dentro».

Su respiración se volvió más profunda y sus pensamientos más atrevidos. Permaneció inmóvil bajo el edredón, abrazando esa nueva y poderosa sensación, como quien guarda un delicioso secreto. Pero, de repente, fue consciente de que el mero hecho de pensar en él, empezaba a despertar su libido. ¡Estaba excitada!

Dejó volar su imaginación y se lo imaginó junto a ella, ambos desnudos y abrazados. El calor de su cuerpo junto al suyo, el suave contacto de sus labios. Se dejó envolver por esa visión, por la certeza de que él la sabría besar con esa suavidad capaz de romper cualquier defensa.

Se sintió cada vez más excitada. Empezó a acariciar uno de sus pechos y llevó su otra mano a la entrepierna. Estaba muy húmeda. Apenas recordaba esa sensación de estar con ella misma. La excitación empezó a desbordarla. En unos pocos segundos empezó a gemir y el placer surgió con una incontrolable fuerza. Comenzó a notar la creciente pasión, aumentó la intensidad de sus caricias y se dejó llevar por las sensaciones.

Sus caderas se desbocaron, y, mientras se tapaba la boca con la almohada, en un par de minutos tuvo un explosivo orgasmo.

El primero de su nueva vida.

El sábado más largo

Sábado

Laura se despertó pronto, con una intensa sonrisa que se extendió sobre sus labios. Permaneció unos segundos tumbada, evocando la tarde y noche anteriores: el paseo junto a él, la cena en el restaurante de Tom, y aquel íntimo momento de placer que había tenido consigo misma mientras fantaseaba con Clive.

Estuvo a punto de repetir la última escena, tentada por la calidez que aún le recorría la piel, pero era sábado, el día más fuerte de la semana, y sabía que Doris la necesitaría temprano.

Se dio una ducha rápida y bajó a la cocina, donde Jane, la entrañable señora Evans, ya había preparado café y unos bollitos de mantequilla que sabía que le encantaban.

—Buenos días, querida —dijo Jane, con una sonrisa que parecía leerle la mente—. ¿Qué tal fue la cita con el guapo jefe de policía?

Laura sintió el calor subiéndole a las mejillas.

—No fue una cita… —murmuró, intentando restar importancia.

Jane arqueó una ceja, divertida.

—Claro… y yo soy la Reina de Inglaterra. Llegaste muy tarde. Algo bueno tuvo que pasar durante tantas horas

Laura bajó la mirada, pero una sonrisa tímida se le escapó.

«No puedo dejar que se note tanto», pensó.

Jane se rio y, mientras colocaba una jarra de café en la mesa, añadió:

—Tu cara lo dice todo.

Laura desayunó con prudencia, consciente de que su silencio decía más que cualquier palabra, y luego salió hacia el bar.

Al llegar, Doris la recibió con una pícara sonrisa.

—Me han dicho que anoche te vieron paseando con Clive… y que estabais muy felices.

Laura soltó una carcajada, resignada.

—¿Todo el pueblo sabe que salí a pasear y cenar con el jefe de policía?

—Estos son los inconvenientes de vivir en un sitio tan pequeño. Aquí, si estornudas, antes de que cojas un pañuelo, ya lo sabe todo el mundo.

Comenzaron a entrar los clientes, y la mañana de sábado se convirtió en un bullicio constante. Laura se desenvolvía con soltura; ya conocía a casi todos los habituales, salvo algunos turistas que habían llegado para el fin de semana.

* * *

El bullicio del sábado llenaba el bar con un murmullo constante de conversaciones, risas y el tintinear de vasos. Laura se movía entre las mesas, llevando una bandeja con dos cafés humeantes y una porción de tarta de manzana. Su delantal estaba un poco torcido por la prisa, pero a ella no le importaba: era uno de esos días en los que el trabajo le absorbía lo suficiente como para no pensar demasiado en nada más.

Hasta que la puerta se abrió.

James Madison entró con paso seguro. Llevaba la chaqueta colgando de un hombro y esa cínica sonrisa que Laura había aprendido a interpretar como advertencia. Ella lo vio de reojo, y el nudo en su estómago se apretó.

—Buenos días, Laura —dijo él, como si fueran viejos conocidos, mientras se acomodaba en la barra.

Ella fingió no escucharlo y atendió al cliente que tenía delante. «No le voy a dar conversación», se dijo, intentando que su voz interior no se reflejara en su rostro.

James esperó, sin prisa, observando cómo se movía. Cuando por fin pasó frente a él, para dejar una jarra de cerveza, se inclinó un poco. Su mano rozó su cintura. Apenas fue un ligero contacto,

pero lo suficiente para que ella se tensara.

—Tienes una cintura perfecta… —dijo, lo bastante alto como para que lo escucharan dos hombres que estaban sentados en la barra—. Sería un desperdicio que no la rozara nadie.

Laura dejó la jarra sobre la barra, con un golpe seco, y dio un paso atrás. Notó que la sangre le subía a las mejillas, no de timidez, sino de indignación.

—Quítame las manos de encima —dijo en voz alta, con un tono firme.

James ladeó la cabeza y sonrió con desdén. Y entonces, elevando la voz, lo suficiente para que todo el mundo pudiera oírlo, añadió:

—Oh, vamos, no te pongas así. Solo bromeaba.

Un incómodo silencio recorrió la barra. Uno de los clientes, un hombre corpulento de camisa de cuadros y barba espesa, dejó su vaso de cerveza y se giró hacia James.

—No parece que ella esté riéndose —dijo con un tono grave.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó James, sin apartar la mirada de Laura.

El hombre dio un paso hacia él.

—Me importa porque no me gusta ver a un imbécil faltándole el respeto a una mujer.

Laura sintió que su corazón se aceleraba. «No, no, por favor, que esto no vaya a más…». Dio un paso para intervenir, pero James ya había soltado la carcajada más insolente que tenía guardada.

—Tranquilo, vaquero. Aquí nadie te ha pedido que juegues a héroe.

—Pues yo voy a jugar igual —respondió el cliente, empujando a James con los dos brazos.

El golpe no fue fuerte, pero James dio un paso atrás, tambaleándose. Su sonrisa desapareció.

—¿Quieres que te enseñe modales, Bill? —dijo James, adelantando el cuerpo.

El hombre lo empujó otra vez, esta vez con más fuerza. Varias sillas se movieron con estrépito y los clientes cercanos se apartaron, algunos levantándose para dejar espacio.

Doris se acercó y se colocó entre ambos, con las manos levantadas.

—¡Ya está bien! —exclamó, su voz firme y clara—. James, sal del bar. Ahora.

James la miró. Sus ojos estaban cargados de ira.

—Esto no se ha terminado, Laura —dijo, girando el rostro hacia ella y con un tono de voz que le heló la piel.

El cliente de camisa de cuadros no se movió, bloqueándole el paso, pero James dio un rodeo, cogió su chaqueta y salió dando un portazo que hizo vibrar el marco de la puerta.

El murmullo volvió poco a poco, mezclado con comentarios y miradas curiosas. Laura notó que las manos le temblaban. «Ya está. Se ha ido. Pero sé que esto no es el final…».

Líneas que no se cruzan

El sol del sábado apenas se había filtrado entre las nubes, y el murmullo del suceso ya recorría las calles de Cold Spring. El bar de Doris, donde trabajaba Laura, había sido escenario de una tensión imposible de disimular y se había convertido en el epicentro de todos los comentarios.

En la comisaría, mientras Clive revisaba unos informes, la voz de Henry Carter, uno de los clientes habituales de Laura, que entró sin llamar, rompió su concentración.

—Clive… —se quitó el sombrero, visiblemente incómodo—. No sé si te lo han contado, pero, hace un rato, James Madison se ha pasado de la raya con Laura, la nueva camarera.

Clive levantó la vista despacio, con esa calma tensa que en él siempre anunciaba tormenta.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, aunque por dentro ya se imaginaba la respuesta.

«Ese crío malcriado… sabía que acabaría metiéndose en problemas. Pero con ella, no».

—Se pegó a ella mientras atendía a un cliente, por detrás. Le rozó la cintura y… para que todos lo oyéramos, le dijo en voz alta: «Tienes una cintura perfecta… Sería un desperdicio que no la rozara nadie».

Clive apretó los labios.

—¿Y?

—Y que Bill, el de la gasolinera, se levantó a encararlo. Casi se lían a golpes. Doris tuvo que separarlos. Él salió del bar echando pestes, diciendo que todo el pueblo estaba contra él.

El jefe de policía se recostó en la silla, miró a Henry y asintió una sola vez.

—Gracias por decírmelo.

Casi no esperó a que el hombre saliera. Se levantó, cogió la

chaqueta y salió a la calle. «No voy a dejar que James vuelva a acercarse a ella. Ni una sola vez más».

Lo encontró a dos manzanas, apoyado con desidia en la barandilla frente a la tienda de su tío, hablando con dos amigos que le reían cualquier tontería. El ruido de las botas de Clive sobre el asfalto hizo que James se girara con una insolente sonrisa.

—Vaya, si es el jefe de policía en persona. ¿Vienes a darme los buenos días? —dijo con ese tono burlón que le había hecho famoso en el pueblo.

Clive se plantó frente a él, y clavó sus ojos en los suyos.

—Vengo a decirte algo muy simple, James. No vuelvas a ponerle un dedo encima a Laura.

Los dos amigos de James intercambiaron una mirada nerviosa. Él, en cambio, sonrió más, como si Clive le acabara de contar un chiste.

—Oh, vamos… —ladeó la cabeza—. ¿Es que la camarera no puede soportar un cumplido?

—Lo que has hecho no ha sido un cumplido, sino una provocación —su voz salió grave, cargada de advertencia—. No te atrevas a tocarla. La próxima vez que cruces esa línea, no me va a importar quién es tu padre.

James dio un paso hacia él, reduciendo la distancia.

—Cuidado, Clive. Mi padre puede hacerte la vida muy difícil.

El jefe de policía no se movió ni un milímetro.

—Y yo puedo hacerte pasar una noche entera en la celda de comisaría. Y créeme… —su voz se volvió más baja—, ese sitio no huele a privilegios.

Durante unos segundos, solo se oyó el ruido del viento moviendo las hojas en la acera. James fue el primero en apartar la vista. Murmuró algo para sus amigos y se alejó sin mirar atrás.

* * *

A media mañana, Laura estaba detrás de la barra cuando entraron dos clientas que conocía bien.

—Ya nos hemos enterado de lo que te ha pasado —dijo una, apoyándose en la barra—. Todo el mundo en Cold Spring habla de ti.

Laura fingió una sonrisa, aunque por dentro sentía un nudo en el estómago. «No necesito esto… no quiero que me vean como un espectáculo».

—Solo ha sido un malentendido —mintió, intentando restarle importancia.

Pero la otra clienta no ayudó.

—Malentendido o no, Clive ha ido a hablar con él. Y, si quieres mi opinión, ese engreído se merece mucho más que un sermón.

Laura siguió sirviendo cafés, ignorando las miradas curiosas que se cruzaban a cada rato. Afuera, Cold Spring seguía girando, pero el tema del día estaba claro. Y no parecía que fuera a apagarse pronto.



Capítulo 6

Entre la calma y la chispa

Los últimos platos del almuerzo habían sido recogidos, y apenas quedaban unos pocos clientes. Laura respiró hondo, intentando dejar atrás la tensión de la mañana.

El tintineo de la campanilla hizo que levantara la mirada. La silueta de Clive llenó el marco de la puerta. Alto, con su uniforme y esa forma de caminar que tanto imponía, incluso en un ambiente tan cotidiano. Su expresión mezclaba calidez y una evidente preocupación.

Nada más verlo, una imagen la asaltó sin permiso: la noche anterior, con su cuerpo arqueándose de placer y la respiración desbocada, mientras su mente pronunciaba su nombre.

«Maldita sea…», se reprendió, sintiendo un traicionero calor subirle por el cuello.

Clive cruzó el local con paso firme.

—Me han explicado lo que ha pasado esta mañana con James Madison. —Su voz era grave, cargada de una contención que parecía frágil—. ¿Cómo estás?

—Ya más tranquila —contestó ella, intentando mantener la compostura—. Pero ha sido un momento… intenso.

Él la observó, como evaluando si la respuesta era sincera.

—En cuanto me lo han dicho, he ido a buscar a ese impresentable. Ya le he dejado claro que no vuelva a acercarse a ti.

Laura bajó la mirada, mordiéndose el labio.

«¿Por qué me afecta tanto que me proteja así?».

El bar estaba tranquilo. Dori, desde detrás de la barra, los miraba con una sonrisa cómplice. Clive señaló una mesa junto a la ventana.

—¿Nos sentamos un momento?

Ella miró a Dori, que asintió con la cabeza.

Se acomodaron frente a frente. El sol de invierno entraba en haces por el cristal, dibujando sombras en su rostro. Hablaron del bar, del trabajo de Clive… hasta que, sin darse cuenta, Laura dejó escapar un comentario.

—La noche pasada… fue muy intensa —dijo, recordando el orgasmo que la ayudó a dormir como una bendita. Aunque su voz se quebró al decirlo, él nunca supo que se refería a eso.

Clive, sin conocer la verdad, inclinó ligeramente la cabeza, pensando que solo se refería a su cita. La tensión entre ambos se hizo tangible. Laura apartó la vista hacia la ventana, pero la intensidad de los ojos de él seguía anclada en su retina.

—Esta noche hay un evento comunitario en la plaza —dijo Clive, rompiendo el silencio—. Creo que es la mejor forma de acallar rumores: que nos vean juntos.

Laura arqueó una ceja.

—¿Estás invitándome a un evento?

Él sonrió de medio lado.

—Necesitas normalizar tu imagen… y aún me debes una cena.

Ella dejó escapar una risa, más nerviosa de lo que pretendía.

—No necesito excusas para aceptar… aunque no sé si me apetece tanta gente mirándome.

—Entonces, mírame a mí —replicó él, sin apartar la mirada—. Te pasaré a recoger a las seis. Iremos juntos… y después quiero esa cena.

Laura tragó saliva.

«¿Por qué tengo la sensación de que esta noche puede cambiar todo?».

Aceptó con un leve asentimiento. Y, mientras Clive se levantaba para marcharse, supo que no quedaba rastro de la calma con la que había empezado la tarde.

Bajo las miradas

Clive llegó puntual a las seis. Laura lo esperaba en casa, y el sonido del timbre retumbó en un silencio que parecía más denso que el aire.

Ella había elegido un vestido verde esmeralda, de tela ligera, que caía con suavidad hasta las rodillas. El escote, discreto, dejaba entrever la curva de su clavícula, y un cinturón fino realzaba su cintura. El cabello castaño, suelto, brillaba bajo la luz de la tarde, y caía sobre sus hombros en ondas suaves. El perfume de jazmín flotaba en el aire.

Clive, al verla, sintió una punzada en el pecho. Llevaba una camisa blanca de algodón, arremangada hasta los antebrazos, chaleco gris ajustado y pantalón oscuro. Sus botas de cuero negro estaban impecables, y el aroma de su loción, limpio y masculino, se mezcló con el de Laura.

—Estás preciosa, Laura —dijo, con la voz grave y una media sonrisa.

Ella bajó la mirada, intentando ignorar cómo su corazón se aceleraba—. Y tú… demasiado elegante para un evento comunitario.

—No es el evento lo que importa —replicó él, clavando sus ojos en los de ella—. Es con quién voy.

Laura tragó saliva. «Si me sigue mirando así, no voy a poder respirar».

Salieron juntos, y al llegar a la plaza, las miradas se clavaron en ellos como agujas invisibles. Los murmullos se propagaron rápido. Un grupo de mujeres dejó de hablar, y las sonrisas se tornaron en cuchicheos. Al fondo, James Madison estaba de pie, apoyado en una farola, con las manos en los bolsillos y una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

«Ese gilipollas… no ha terminado conmigo», pensó Laura, sintiendo un escalofrío.

El evento se desarrollaba al aire libre, con mesas de madera y

guirnaldas de luces colgando entre los árboles. El alcalde, un hombre alto y de porte solemne, padre de James, se abrió paso entre los asistentes. Su sonrisa era impecable, pero sus ojos eran cuchillas.

—Clive, me alegra verte —dijo, estrechándole la mano—. Y usted debe de ser la señorita… Laura, ¿verdad?

—Así es —respondió ella, manteniendo la compostura.

—Espero que disfruten de la velada —añadió el alcalde, bajando la voz lo suficiente para que solo ellos lo oyeran—. Sería una pena que ciertos rumores… empañaran la buena armonía del pueblo.

Clive sostuvo la mirada del alcalde, firme, sin parpadear.

—La armonía no se rompe por lo que la gente comenta… sino por lo que algunos hacen —respondió con frialdad—. Vigile a su hijo. No creo que quiera volver a tener problemas por su comportamiento.

Laura sintió la tensión en el aire. «Está defendiéndome. Otra vez».

En medio del gentío, una oleada de personas pasó junto a ellos y Clive, sin pensarlo, rodeó la cintura de Laura con un brazo, apartándola hacia él para protegerla. Su cuerpo quedó pegado al suyo, y la calidez del contacto hizo que ambos se quedaran inmóviles durante unos segundos.

Ella levantó la vista, y se encontró con esos ojos que parecían leerle la mente. «Si no se aparta ahora mismo… no voy a poder fingir que esto no me importa».

Intentaron retomar la compostura, pero la atracción entre ellos no cedía.

Durante casi una hora, todo se desarrolló con normalidad. Hasta que, en un momento dado, ella vio a alguien que acababa de llegar, y a quien no quería volver a ver.

Aquel hombre que la había observado demasiado en el

restaurante de Tom, estaba sentado en una mesa y sus ojos recorrían su figura de manera descarada, sin el menor disimulo. Al ver su cara, Clive siguió la dirección de su mirada y su expresión se endureció

El estómago de Laura se contrajo.

—Clive… quiero irme —dijo en voz baja.

Él la miró, serio.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Solo que quiero salir de aquí.

—Laura, ¿qué problema tienes con ese tipo? —preguntó, sin rodeos.

Ella tragó saliva. «Creo que ha llegado el momento de decirle la verdad».

La verdad bajo la piel

La noche había caído sobre el pueblo como una manta espesa. Cuando Clive cerró la puerta del coche, aislándolos del resto del mundo, la brisa arrastraba el olor a leña de las chimeneas, y el murmullo lejano del evento aún se escuchaba.

Laura miraba por la ventanilla, como si necesitara comprobar que dejaban atrás cada farola, cada sombra. Clive conducía en silencio, pero con la mandíbula tan tensa que se le marcaban las líneas de los pómulos.

—¿Quieres que te lleve a casa o prefieres dar un paseo? —preguntó con voz grave, sin apartar la vista de la carretera.

—Llévame a un sitio tranquilo —respondió ella casi en un susurro—. Necesito contarte algo.

Se dirigieron hacia el extremo más apartado del pueblo, donde la carretera se convertía en un estrecho sendero bordeado por árboles. Clive aparcó junto a un mirador que daba al lago, iluminado solo por la luna.

Sentados en el interior del coche, Laura se abrazó a sí misma antes de hablar.

—Ese hombre… el que no dejaba de mirarme en el evento… se llama Hugo Martín. Es empresario, y tiene una nave en el polígono donde también está la de mi… —su voz vaciló—… Mi exnovio. Él se llama Ryan. Ryan short.

Clive frunció el ceño, atento a cada palabra.

—A Hugo solo le conozco de vista. Nunca tuve trato con él… —Laura tragó saliva—. Hasta que… coincidió conmigo durante una cena a la que asistí con Ryan. Estábamos en la misma mesa.

Laura se calló durante un instante.

—He vivido con él durante varios años, casi cuatro. Siempre sometida a violencia. A constantes humillaciones.

Clive sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¡Dios mío…!

Ella asintió.

—He tenido que cambiar mi nombre y mi aspecto para poder huir, pero no sé si me ha reconocido… —Apartó la vista, jugando nerviosamente con las gafas—. Mi color de pelo real es rubio, pero me lo teñí al escapar, y, en realidad, no necesito estas gafas —dijo mientras se las quitaba.

Clive dejó escapar una prudente sonrisa.

—Si no supiera que hablas en serio, diría que eres una espía de libro… Son difíciles de atrapar, pero letales si las acorralas.

Laura lo miró con incredulidad.

—¿Espía de libro?

—Sí. —Su tono se suavizó—. Porque has sobrevivido, y porque eres más fuerte de lo que crees.

Ella sintió cómo el pecho se le apretaba.

—¿Por qué dices eso?

Clive inspiró hondo. Era el momento de que él también fuera sincero.

—Cuando empezaste a cuidar de mis sobrinas… busqué información sobre ti. No encontré nada a nombre de Laura Adams. Sabía que no era tu verdadero nombre, pero tampoco había nada que me indicara que fueras peligrosa. Y cuando en casa de mi hermana nos dijiste que te habías alejado de una relación destructiva…

Laura notó que sus dedos temblaban, aunque no quería que él lo viera.

—Saber eso —continuó él, mientras alzaba los hombros— y conocer cómo eres… hizo que dejara de importarme quién eras antes. Te acepté tal y como te mostrabas.

Ella sonrió con tristeza.

—Al principio… cuando supe que eras policía, me intimidó un

poco. Pero pensé que no tengo nada que temer. Mi único delito es huir de quien me estaba destrozando la vida.

Clive la observó fijamente, como si quisiera memorizar cada palabra.

—Lo único que quería era pasar desapercibida… —comentó, muy afectada—. Y ahora, por culpa de ese engreído de James Madison, soy la comidilla de todo el pueblo. —Bajó la voz—. Y lo peor… es que él me asusta. Se parece demasiado a Ryan.

Clive le tomó la mano, fuerte y segura.

—No te preocupes, Laura… Mientras yo esté aquí, no tendrá oportunidad de acercarse a ti.

Ella lo miró en silencio y se sintió tranquila. Con él protegiéndola, sabía que estaba segura.

El primer beso

La lluvia repiqueteaba sobre el techo del coche, dibujando un murmullo constante que, lejos de incomodar, parecía envolverlos en un refugio íntimo. Ella lo miraba en silencio. Sus ojos estaban clavados en los de Clive, de un verde profundo, como el musgo que crece en los rincones más escondidos del bosque. «Dios mío… es él. Es el hombre que siempre imaginaba cuando soñaba con alguien que me mirara así…».

Clive sostenía su mirada sin pestañear. El rostro de Laura, iluminado por el tenue resplandor de una farola que se filtraba por el parabrisas, era como un anzuelo imposible de ignorar. «¿Qué me estás haciendo, Laura?… No recordaba sentir algo así desde Ellen».

Ninguno de los dos habló. No era necesario. La comunicación se estaba dando en cada segundo que mantenían el contacto visual. Laura bajó un instante la mirada, ruborizada, y ese gesto encendió aún más algo en Clive.

—Laura… —su voz salió más grave de lo habitual, como si le costara pronunciar su nombre sin desvelar todo lo que sentía.

Ella volvió a mirarlo, y entonces todo sucedió despacio, como si el tiempo se hubiera detenido. Sus rostros comenzaron a acercarse, respirando el mismo aire, hasta que sus labios se encontraron en un beso dulce, suave, casi temeroso al principio. Pero ninguno de los dos apartó la boca.

El primer beso dio paso a otro, y después a otro más, cada vez más intenso. Laura entrelazó las manos tras la nuca de Clive, acercándolo más, como si quisiera eliminar cualquier espacio entre ellos, para siempre. Clive respondió con una dulzura que contrastaba con la contenida fuerza de su deseo.

«No quiero que esto acabe. No puedo soltarla…».

«Esto no se parece a nada… Ryan nunca me besó así. Nunca me tocó así. Nunca me hizo sentir así…».

El beso se volvió más profundo. Laura dejó escapar un gemido

apenas audible, y Clive se apartó un instante, con la respiración agitada.

—Este… no es el mejor lugar para… esto —susurró, con su frente apoyada en la de ella.

Laura sonrió, con los labios aún húmedos.

—¿Quieres que vayamos a tu casa?

—¿Es lo que quieres? —preguntó él, mirándola como si esa respuesta fuera la que más deseaba.

—Sí. Quiero estar contigo.

Hubo un breve silencio cargado de promesas. Clive tragó saliva, y antes de arrancar el coche, habló con la sinceridad de quien no es capaz de disfrazar la verdad.

—Hace mucho tiempo que no estoy con nadie… Desde que murió Ellen.

Laura no apartó la mirada.

—Yo tampoco. El sexo que tenía con Ryan… siempre fue forzado. —Respiró hondo, y se dejó llevar por un impulso de honestidad absoluta—. Tengo que confesarte algo, Clive. El único orgasmo que he tenido en los últimos meses… fue anoche. Sola. Y pensando en ti.

Clive cerró los ojos un instante, como si esas palabras le golpearan directamente en el centro del pecho. Después, arrancó el motor.

—Entonces… no pienso dejar que sea el último.

El umbral del deseo

El trayecto hasta la casa de Clive transcurrió envuelto en silencio, solo interrumpido por el ronroneo del motor y algún ocasional suspiro de Laura. Ella mantenía la mirada fija en la carretera, aunque no podía evitar, de vez en cuando, deslizarla hacia el perfil de él.

«No puedo creer que esto esté ocurriendo… Estoy yendo a su casa… con él…», pensó, sintiendo un cosquilleo que subía desde su estómago hasta su pecho.

Clive, con las manos firmes en el volante, notaba el calor que irradiaba su piel, incluso sin tocarla. «Dios… cómo me mira… No es solo deseo, es algo más… y eso me asusta tanto como me atrae».

—Estás muy callada… —Rompió la tensión y le regaló una sonrisa.

—Estoy… procesando —respondió ella, mordiéndose el labio inferior.

—¿Procesando que vas a entrar en la guarida del lobo?

Laura, muy nerviosa, soltó una carcajada.

—Algo así… aunque no sé si el lobo es tan peligroso como parece.

—Créeme… —susurró Clive, con un tono que le recorrió la piel como un roce invisible—. Puedo serlo.

Ella giró la cabeza hacia la ventanilla, intentando ocultar el rubor que se extendía por sus mejillas.

El coche giró por un camino bordeado de árboles, y a medida que avanzaban, la silueta de una casa de piedra, grande y elegante, se dibujó contra la luz dorada del atardecer.

Clive detuvo el coche frente a un porche cubierto. El aire olía a tierra húmeda. Al bajar, Laura sintió que el corazón le latía más rápido. Él le abrió la puerta y le tendió la mano.

—Bienvenida a mi refugio.

La vivienda, de una sola planta y rodeada de altos pinos, se integraba con el entorno como un remanso de paz. Su exterior blanco contrastaba con el tejado oscuro a dos aguas, y los amplios ventanales dejaban entrar la luz del bosque. La puerta principal, decorada con un cristal esmerilado grabado con hojas, le añadía un toque personal.

En el interior, el espacio abierto unía salón, comedor y cocina. El suelo era de madera clara, y las alfombras aportaban calidez. Una chimenea de piedra dominaba el salón, acompañada por un sofá en L. Una lámpara de pie iluminaba suavemente el rincón, mientras las paredes mostraban fotos en blanco y negro de paisajes y momentos de Ellen escalando.

La cocina moderna se conectaba con el comedor, donde había una mesa de roble.

Laura dejó su bolso sobre una mesa de madera tallada, mientras él se quitaba la chaqueta y la colgaba en un perchero antiguo.

«Este lugar… es tan él… sólido, cálido, seguro».

Clive se acercó, y ella sintió cómo el espacio entre ambos se reducía a un suspiro.

—¿Quieres beber algo? —preguntó él, con un brillo en los ojos que no tenía nada de inocente.

—Sorpréndeme.

—Eso puedo hacerlo… —respondió, en un murmullo que hizo que Laura se estremeciera.

Ella lo observó caminar hacia la cocina, el movimiento de sus hombros, la forma en que su camiseta se ajustaba a su espalda. Sus labios se curvaron en una sonrisa inconsciente.

Clive, al volver con dos copas de vino, se detuvo frente a ella.

—Antes de que sigamos… —dijo, entregándole una copa—. Solo quiero que, si en algún momento quieres parar… me lo digas.

Laura lo miró a los ojos, con una mezcla de ternura y deseo.

—Clive… si hubiese querido parar, no habría llegado hasta aquí.

Él la observó en silencio, sintiendo que ese momento, ese preciso instante, era el verdadero punto de no retorno.

—Dime que todavía quieres esto.

—Más que nunca.

«Está aquí… conmigo… y voy a cuidarla como nadie lo ha hecho antes».

Él se sentó a su lado, dejando una mínima distancia entre ellos. Laura tragó saliva, consciente de cada milímetro que los separaba. Él ladeó un poco la cabeza.

—Sigues con esa mirada… —murmuró, sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué mirada? —preguntó Laura, intentando fingir inocencia.

—La que me hace pensar que, si me acerco un poco más, no voy a querer apartarme.

Ella bajó la mirada un instante, y después lo miró de nuevo, con un destello desafiante y vulnerable a la vez. Clive se inclinó lentamente, sin tocar sus labios, pero dejando que su aliento acariciara el de ella.

—Podría besarte… —dijo en un susurro.

—Podrías… —repitió ella, casi sin voz.

No lo hizo. En lugar de eso, llevó su mano a la mejilla de Laura, acariciando con el pulgar la línea de su pómulo. Ella cerró los ojos y apoyó la mano sobre la de él.

«Esto es diferente… no es precipitado y violento…», pensó ella.

Clive la observó como si memorizara cada gesto, cada respiro. Sabía que podía besarla… pero no quería. «El deseo sabe más dulce cuando se contiene», se dijo.

Laura dejó que su cabeza descansara contra su hombro, sintiendo su calor, su pausada respiración. No necesitaban más… todavía.

—Clive…

—Dime.

—No me dejes ir a mi casa esta noche.

Él sonrió, con una mezcla de ternura y promesa.

—No pensaba hacerlo.

La línea invisible

El silencio se adueñó de la sala. Era como si cada segundo que pasaba estirara un hilo invisible que los mantenía atados el uno al otro. Clive la miraba con esa calma que a Laura le resultaba tan desconcertante como excitante, como si tuviera todo el tiempo del mundo para esperar a que ella decidiera dar el siguiente paso.

Laura sintió su corazón acelerado. «No puedo más», se dijo. Se inclinó despacio y notó cómo el aire se comprimía entre ellos. Rozó sus labios con los de él. Fue un roce breve, apenas una caricia, pero suficiente para encender un fuego inmediato. Clive la miró unos segundos y cedió por completo. Sus manos se deslizaron hacia su cintura, tirando suavemente de ella para acercarla más, como si temiera que pudiera escapar.

Los labios de Laura se abrieron y la lengua de Clive respondió, encontrándose con la suya en un lento y cálido vaivén. Cada movimiento parecía medir el terreno, saboreando sin prisa el momento. «Dios… había olvidado que podía sentir así», pensó ella, mientras una oleada de calor le recorría el cuerpo.

Se dejaron caer en el sofá, sin romper el contacto. Clive se acomodó sobre ella, sintiendo la firmeza de su cuerpo y el acelerado latido bajo su camisa. Volvió a besarla, con un hambre controlada, tan medida que la desesperación creció en ella. «Me está llevando al límite, pero no se atreve a cruzarlo».

Clive deslizó los dedos por la piel que asomaba bajo su blusa, y dibujó suaves círculos que contrastaban con la intensidad de sus besos. El aire parecía haberse vuelto denso, y cada movimiento era un reto a su propia resistencia.

—Si sigues mirándome así… —advirtió él, sin apartar los labios de los suyos—… Voy a olvidarme de ser tan comedido.

—Eso es lo que quiero… —replicó ella con una provocadora sonrisa.

Él cerró los ojos un instante y respiró hondo, como si se

aferrara a la poca cordura que le quedaba. Volvió a besarla, empujando un poco más los límites, hasta que sus manos, su respiración y sus cuerpos empezaron a hablar el mismo idioma.

Laura sabía que estaban en el punto de no retorno, ese lugar en el que no hay marcha atrás, pero tampoco la quería.

Él le acarició el costado, subiendo despacio por la curva de su cintura hasta rozar con los dedos el borde de su blusa. Su contacto no fue apresurado, sino que disfrutó al explorarla con la yema de los dedos, como quien memoriza un mapa prohibido. Cuando llegó a su pecho, su pulgar trazó un lento círculo alrededor del pezón, arrancándole un gemido que se perdió en el espacio entre sus bocas.

—Clive… —susurró, apenas capaz de articular palabra.

—Shhh… —él sonrió contra sus labios—. Déjame…

La besó más intensamente e inclinó la cabeza, para intensificar el contacto, y ella sintió que la presión de sus manos en su pecho aumentaba ligeramente, sujetándola con una mezcla perfecta de fuerza y ternura. La respiración de ambos se aceleró, y el ambiente se volvió más cálido, más íntimo.

«No quiero que se detenga», pensó ella, mordiéndose suavemente el labio inferior cuando él se apartó para mirarla. Sus ojos se encontraron, y en esa mirada había un silencioso acuerdo. Los dos sabían que acababan de cruzar una frontera de la que no había vuelta atrás.

Laura llevó una mano a su nuca, acarició el nacimiento de su cabello y lo besó con ímpetu. Sus cuerpos se acercaron y sus caderas se empezaron a mover, impulsadas hacia el otro. Laura sintió el peso de su deseo en cada movimiento, en cada roce.

Él deslizó una de sus manos por su pecho, y dejó que la otra bajara por su costado. Mientras la piel de Laura se erizaba con el contacto, la mano de Clive recorrió su vientre y se acercó a lo que en ese instante era el epicentro de su ser. El gemido que escapó de los labios de ella al notarlo fue suave, pero lo suficiente para que

Clive la apretara más contra sí.

Cuando Laura sintió que la mano alcanzaba su objetivo, apoyó la frente en su hombro, intentando recuperar el aire, y pensó: «Esto es increíble… y quiero vivirlo con él».

Levantó ligeramente la cabeza, para juntar sus bocas, y empezó a sentir las suaves caricias en su botón a través de las empapadas bragas. Su lengua se descontroló, al mismo ritmo que sus gemidos. Las acometidas de las caderas de Clive en su muslo, mientras la acariciaba, revelaban una dureza que ansiaba conocer. Extendió una de sus manos y se aferró al enorme bulto que presentaba su pantalón.

Al notarlo, Clive soltó un gemido y aumento la cadencia de las caricias en la vulva de Laura. Eso hizo que las caderas de ella se descontrolaran y los latidos de su corazón se dispararan. Sintió crecer su placer y supo que su orgasmo se acercaba de forma irremediable.

—Clive… No voy a poder aguantar…

—No te retengas, preciosa —dijo él con la voz entrecortada—. Quiero sentir tu placer.

—¡Y yo el tuyo, joder! ¡Sácatela! —exclamó, excitada como nunca en su vida.

—Después. Ahora es tu momento. Goza —dijo, mientras le introducía dos dedos en el interior de su vagina y los movía, encogiendo la punta de los dedos.

Unos segundos después de notarlo, Laura soltó un enorme grito, que temió que alertara a los vecinos, y tuvo el mayor orgasmo de su vida.

Se quedó desfallecida, con el corazón desbocado y sus pulmones a punto de estallar. Clive, consciente y feliz por el placer que ella había mostrado, extrajo los dedos y la dejó recuperarse.

Pasó un largo minuto hasta que ella recuperó cierta normalidad. «Me ha vuelto loca. Jamás he sentido tanto placer»,

pensó. Pero aquello no se había acabado. Era solo el maravilloso comienzo de algo que cumplía el mejor de sus sueños. Le dijo:

—¡La madre que te parió! ¡Casi me matas!

Clive soltó una carcajada. Aún estaba sorprendido por la intensidad de su orgasmo. La escuchó decir:

—Vamos a la habitación. Quiero verte desnudo, capitán. Ahora me toca a mí volverte loco de placer.

Sin reservas

Laura cerró la puerta de la habitación sin apartar la vista de Clive. No había titubeo en su gesto, ni sombra de recato en su mirada. Con una lentitud calculada, comenzó a desabrocharse su vestido, dejando que cada botón revelara un poco más de piel. Clive la observaba, inmóvil, con la respiración más lenta de lo habitual, como si temiera que cualquier movimiento rompiera aquel momento.

Ella dejó caer la prenda al suelo, y se desprendió de su ropa interior. Se quedó frente a él, con la espalda recta y el mentón ligeramente elevado, orgullosa de su cuerpo. La luz suave de la lámpara dibujaba líneas doradas sobre sus curvas, revelando la perfección de un cuerpo cuidado y femenino.

«No hay nada que esconder. Quiero que me vea. Que me desee como yo lo deseo a él».

Clive, sin apartar la mirada, ya se había despojado de la camisa. Su torso musculado, marcado por años de disciplina física, se mostró bajo la luz. Sus manos siguieron hacia el cinturón y, cuando se desnudó por completo, Laura sintió un estremecimiento que le recorrió el vientre. El miembro de Clive era mucho mayor que la mediocridad que el impresentable de Ryan tenía entre las piernas.

«Es perfecto… y muy grande… y ahora es mío».

Se acercaron despacio, como si sus cuerpos fueran dos imanes a punto de chocar. Sus labios se encontraron en un beso largo y profundo, cargado de urgencia. Las manos de Clive recorrieron la espalda de Laura, deteniéndose en la curva de su cintura, y ella respondió acariciando el contorno firme de sus hombros, bajando lentamente por sus brazos hasta enredar los dedos en su mano.

—Clive… —susurró contra su boca, con la voz temblorosa—. No quiero que te contengas conmigo.

—No pienso hacerlo —contestó él, con un tono grave que vibró contra sus labios—. Estoy demasiado excitado.

Ella lo atrajo hacia la cama y se tendió bocarriba, sin apartar la

vista de él. Clive se acomodó a su lado, y ambos se pusieron de lado. Él pasó un brazo tras su cuello y colocó la mano en su pecho, mientras la otra exploraba el calor de su piel, desde el cuello hasta el vientre. Laura se arqueó bajo su caricia, buscando su contacto.

Los besos se intensificaron, y la respiración de ambos se volvió más rápida. Las yemas de los dedos de Laura exploraban cada músculo del torso de Clive, mientras él seguía la línea de su clavícula con los labios, bajando por su cuello. El roce de sus cuerpos desnudos encendía chispas en cada movimiento.

«Quiero que sienta lo que soy capaz de darle. Que no me olvide jamás».

Clive deslizó una mano por su cadera y la atrajo hacia sí, encajando sus cuerpos con naturalidad. Laura lo rodeó con las piernas, sintiendo la firmeza y el calor de él contra su piel. Los suaves gemidos de ella se mezclaban con el sonido de su respiración profunda.

—Eres increíble… —murmuró Clive, deteniéndose un instante para mirarla a los ojos.

—Aún no lo sabes todo —replicó ella, con una sonrisa cargada de intención—. Ahora es el momento perfecto para devolverte lo que me has dado en el sofá.

Acercó una de sus manos al vértice de sus piernas y sujetó su erecto miembro. Buscó su boca con la suya y empezó a bombear el maravilloso émbolo, mientras clavaba sus ojos en los de él, que los cerró, centrándose en las caricias que sentía en su masculinidad.

Mientras Laura movía cadenciosamente las caderas contra él, presa de excitación, sintió que la mano de Clive se apoderaba de su entrepierna. Al sentir el contacto, aumento el bombeo que imprimía a su miembro y él soltó un fuerte quejido.

Laura estaba desatada. Abrió las piernas y se acercó más a él. Colocó su miembro en la entrada de su vulva y él retiró su mano. Empezó a frotar su botón con el extremo de su pene, y gimió con más intensidad.

Clive ya no podía más. Pasó sus manos tras ella, sujetó sus glúteos y, con un fuerte golpe de caderas, forzó la penetración. A pesar del tamaño, la humedad de ella permitió que todo se consumara en un instante. Laura soltó un grito y acometió contra él, que respondió de igual forma.

Sus movimientos se acompasaron, como si hubieran encontrado un ritmo propio. Cada caricia, cada beso, cada roce era una declaración de mutuo deseo. Los cuerpos se buscaron sin reservas y se entregaron con toda la pasión que necesitaban y derrochaban.

Veinte segundos después, explotaron en un simultáneo orgasmo.

Cuando las barreras caen

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por el resplandor de una lámpara que había sobre la cómoda. La sábana cubría sus cuerpos a medias, revelando la piel tibia y aún enrojecida por el reciente contacto. Afuera, la ciudad dormía, pero dentro, el tiempo parecía suspendido.

Clive estaba tumbado de lado, con el codo apoyado y la cabeza inclinada hacia Laura, observándola como si quisiera memorizar cada facción de su rostro. Ella, recostada sobre la almohada, jugueteaba con un mechón de su propio cabello castaño, consciente de la intensidad con la que él la miraba.

—No me mires así —murmuró ella, con una media sonrisa.

—¿Así cómo? —preguntó él, acariciando lentamente la línea de su mandíbula.

—Como si fueras a descubrirme un secreto que ni yo misma conozco.

Clive sostuvo su mirada unos segundos más, antes de responder:

—Puede que ya lo haya hecho.

Laura sintió un nudo en el pecho. «Dios… ¿por qué me mira así? ¿Por qué me siento tan… vulnerable?» Tragó saliva.

—Clive… yo… nunca he sentido nada parecido con nadie. Y no hablo solo de lo que pasó hace un momento. Es todo… —sus dedos buscaron los de él bajo la sábana—. Es como si me hubieras quitado una capa que llevaba años encima, sin darme cuenta de que la tenía.

Él apretó suavemente su mano.

—No sabes lo que significa que me digas eso… —inspiró hondo, como si estuviera a punto de atravesar una puerta que había mantenido cerrada demasiado tiempo—. Yo pensé que no volvería a sentir algo así. Desde que Ellen… —su voz se quebró por un instante

—, desde que murió, todo lo que sentía por ella quedó… muerto conmigo.

Laura percibió que sus palabras no eran un simple recuerdo, sino una confesión arrancada de lo más hondo. Se incorporó ligeramente, acariciándole la mejilla con la palma.

—No tienes que decir nada más. Sé lo importante que fue para ti… y no pretendo reemplazarla.

—No se trata de reemplazar —respondió él, con los ojos brillando—. Es que creía que no quedaba nada dentro de mí para dar… y de pronto, llegas tú, y todo lo que suponía que estaba roto… empieza a encajar otra vez.

Laura sintió un profundo calor. «¿Es posible que un hombre como él, que ha vivido tanto dolor, me deje entrar así…?»

Él se inclinó, rozando sus labios con los de ella, como si el beso fuera un sello para esa invisible promesa que se acababan de hacer.

—No me dejes, Laura. No ahora, que he vuelto a sentir.

Ella sonrió con dulzura, acariciando su cuello y apoyando la frente en la suya.

—No pienso irme. Ni ahora… ni nunca.

Fuera, la noche continuaba silenciosa, pero dentro de aquella habitación, las barreras que los mantenían separados se habían derrumbado para siempre.



Capítulo 7

Entre el deseo y la humillación

Mientras Katherine lo cabalgaba como una posesa y llegaba de nuevo al orgasmo, Ryan soltó un grito y vertió su esencia en el interior del sexo de su secretaria. Era insaciable, y él ya estaba exhausto. Ella se dejó caer de espaldas sobre la cama, con el pecho agitado por la respiración, y se tumbó a su lado con una satisfecha sonrisa. Su pelirrojo cabello se desparramó sobre la almohada.

Desde que Olivia había desaparecido, Ryan alternaba su necesidad de compañía entre las visitas a un club privado y las noches con Katherine. Ella aceptaba sus juegos, sus reglas y su exigencia sin una sola protesta. Era ardiente, entregada y cumplía con todo lo que él esperaba de una mujer en su cama.

«Es mejor que Olivia en esto, mucho mejor», pensó mientras dejaba que su mirada recorriera su cuerpo. Pero, al mismo tiempo, no podía evitar que la imagen de la fugada apareciera en su mente. Recordó lo fría que era con él cuando se acostaban, como si lo hiciera por obligación. Aun así, le gustaba su sumisión, el control que ejercía sobre ella.

«Me costó años moldearla a mi manera… y cuando ya lo había logrado, desapareció. Sin una palabra. Sin mi permiso. ¿Quién se cree que es para dejarme así? ¡No es nadie!»

Esa herida en su orgullo lo humillaba más de lo que jamás admitiría.

Se incorporó y caminó hasta el aparador, donde sirvió dos copas de champán. Katherine lo observaba con un brillo pícaro en los ojos, dispuesta a seguir la noche.

Él le devolvió una sonrisa, pero en su interior el enfado seguía

latente.

«No la voy a dejar en paz. Olivia tendrá que volver. Y cuando lo haga, le recordaré quién manda».

En ese momento, su móvil vibró sobre la mesa. Ryan lo tomó con desgana y se sorprendió al ver el nombre en la pantalla.

—¿Hugo? —murmuró extrañado, arqueando una ceja.

Respondió, intrigado.

—Vaya… no esperaba tu llamada.

Lo que aún no sabía era que esa llamada, motivada por una simple casualidad, iba a hacer más por él que el incompetente inspector que decía ser su amigo.

Sospechas en la penumbra

Ryan aún tenía el torso desnudo e impregnado de una ligera capa de sudor.

—Hugo… —dijo Ryan con voz seca.

—Estás en Boston, ¿verdad? —La voz de Hugo sonaba cortante, como si midiera cada palabra.

—Sí, claro. Follándome a mi secretaria.

—Tú sí que vives bien, cabrón. —Se escuchó su carcajada—. He visto algo que te interesa.

Un breve silencio, y después, la frase que le heló la sangre:

—Te llamo porque estoy en un pueblo llamado Cold Spring, y, por casualidad… he visto a una mujer que se parece muchísimo a Olivia.

El cristal de las copas de champán sobre la mesa de noche tintineó con el temblor de su mano. En la cama, Katherine, con su melena pelirroja en desorden, se incorporó ligeramente, cubriendo sus pechos con la sábana, pero sin apartar la mirada de él. Ryan apretó la mandíbula y el corazón le dio un vuelco.

—No me jodas.

—No es rubia —añadió Hugo—. Es castaña… y lleva gafas. Pero esos gestos… esos ojos… No tengo ninguna duda.

Ryan caminó hacia el ventanal, apartando las cortinas con un movimiento brusco. El cristal frío contra su mano contrastaba con el calor que le subía por las sienes. «Olivia… así que ahí estás…».

—¿Cuándo la has visto? —preguntó, con la voz ronca por la ira.

—Ayer, mientras cenaba, y esta tarde. La he visto dos veces, y siempre con el mismo hombre.

—¿Quién?

—Creo que es el jefe de policía. Un tal Clive Harris.

Ryan sonrió con amargura. «Así que un policía… Ese es el

cabrón que cree poder esconderte de mí». Tomó una inmediata decisión.

—Mañana iré para allá. Mándame la ubicación.

—Será mejor que lo hagas. Porque, si es ella… no está escondida, Ryan. Está viviendo de puta madre.

—¡La muy hija de puta…! —exclamó cabreado—. Mañana te veo.

Colgó sin despedirse. Se quedó inmóvil unos segundos, procesando la información, hasta que el roce de unos pasos sobre la alfombra lo devolvió a la realidad. Katherine estaba de pie junto a él, envuelta en la sábana y observándole con atención.

—¿Olivia? ¿Tu exnovia?—preguntó, con una mezcla de curiosidad y desdén.

Ryan la miró de soslayo.

—Un asunto sin importancia.

—¿Ah, sí? —Ella enarcó una ceja—. Es curioso… No eres de esos que se lanzan a la carretera por algo que no le importa.

Ryan no contestó. «No necesito que sepa nada. Y, aun así… su tono me irrita», pensó, molesto por su comentario.

Katherine se acercó un paso más, y con una voz baja y sarcástica le dijo:

—Pensaba que yo era suficiente para entretenerte, pero parece que esa tal Olivia aún tiene poder sobre ti.

Ryan se giró, fulminándola con la mirada.

—No digas estupideces. —La empujó y la tiró sobre la cama—. ¡Vamos a follar!

Ella no sonrió. Sostuvo su mirada, y en ese instante supo que había tocado una fibra que él no quería mostrar. «Así que no es solo rabia… no puede olvidarla y no quiere que yo lo sepa», pensó la pelirroja.

Él dejó la copa de champán sobre la mesa y se colocó a los

pies de la cama. Sujetó sus muslos, tiró de ellos y los abrió, con rabia. Se tumbó bocabajo y acercó su boca a la vulva de Katherine. Él empezó a succionar y ella a gemir.

Desfogó su rabia con la pelirroja.

El aroma del café y las confidencias

El domingo amaneció con una luz suave, filtrándose entre las cortinas de la habitación de Clive. Laura abrió los ojos y, antes de moverse, lo contempló en silencio. Tenía un brazo bajo la almohada y respiraba pausado, con el torso parcialmente cubierto por la sábana. «No sabía que el simple hecho de despertar al lado de alguien pudiera llenarme de tanta paz», pensó, radiante de felicidad.

Clive, aún adormilado, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia él.

—Buenos días… —murmuró con voz grave, todavía ronca por el sueño.

—Buenos días… —respondió ella, rozándole la nariz con la suya.

No hicieron falta más palabras; se dejaron llevar por las caricias, sin prisa, explorando cada rincón conocido y por conocer. Sus labios se buscaron con dulzura, sus manos con ternura. Era un ritmo pausado, un juego de miradas y susurros, como si quisieran retener cada segundo. Cuando la respiración de ambos empezó a acelerarse y se dejaron ir, Laura se aferró a él como si temiera perderlo.

«Ojalá los domingos fueran siempre así», pensó tras el maravilloso instante de placer.

* * *

Tras una ducha compartida y rápida, Clive se vistió con su uniforme, y Laura, con el pelo húmedo, lo acompañó hasta la puerta.

—Te paso a buscar después, si quieres —le dijo él.

—Me encantaría… —sonrió ella, antes de besarlo con cariño.

Clive puso rumbo a la comisaría de Cold Spring y Laura regresó a su casa. Al abrir la puerta, un aroma a café recién hecho y a bollitos recién horneados la envolvió.

Jane estaba en la cocina, con su delantal de flores y el cabello recogido en un moño, colocando los bollos sobre una bandeja.

—No sabía si vendrías —dijo con una sonrisa—, pero pensé que te apetecería cambiarte de ropa antes de ir al trabajo… y que no dirías que no a un café caliente.

Laura dejó su bolso en la silla y sonrió, algo ruborizada.

—Huele de maravilla…

Jane ladeó la cabeza, divertida.

—No voy a preguntarte dónde has pasado la noche, cariño… pero tienes una cara de felicidad que no te había visto jamás.

Laura sintió el calor subir a sus mejillas.

—He… he estado con Clive. —Se mordió el labio, como si las palabras hubieran salido solas.

Jane dejó la bandeja sobre la mesa y le tomó las manos.

—Me alegra tanto por ti… —Sus ojos brillaban—. Aunque te advierto que sois la comidilla del pueblo. Todo el mundo sabe que tú y el jefe de policía estáis juntos.

Laura se rio con timidez, pero notó que sus ojos se humedecían.

—Gracias, Jane. —La abrazó con fuerza y, sin poder evitarlo, sintió cómo las lágrimas resbalaban por las mejillas.

—¿Esas lágrimas son de felicidad? —preguntó Jane, acariciándole la espalda.

—Sí… —suspiró Laura—. Pero también porque me doy cuenta de que me quieres… y yo… ya no tengo a nadie, Jane. Mi abuela, la persona que más quería… murió hace muy poco.

Jane se apartó lo justo para mirarla a los ojos, muy emocionada.

—Yo tampoco tengo a nadie. Mi hijo murió en Afganistán hace unos años, y créeme, Laura… tú eres la nieta que me hubiera gustado tener.

Se abrazaron otra vez, con fuerza, dejando que las lágrimas de ambas cayeran en silencio. «Nunca pensé que encontraría otra familia», pensó Laura, aferrándose a aquella mujer que se había convertido en su refugio.

Tras cambiarse de ropa, bajó de nuevo para desayunar con Jane. Entre sorbos de café y risas, el dolor se diluyó un poco, dejando espacio para la calidez de aquel vínculo recién sellado.

Minutos después, radiante de felicidad y con el sabor del café todavía en los labios, salió hacia el bar de Dori.

El rostro en el tablón

Clive dejó a Laura con una sensación cálida, pero a la vez inquieta. «Ojalá pudiera mantenerla a salvo de todo… aunque sé que su pasado aún respira, y que, tarde o temprano, intentará alcanzarla».

Su despacho oficial estaba en la Oficina del Sheriff del Condado de Putnam, en Carmel, pero ese domingo decidió acercarse a las oficinas locales de Cold Spring. Era un edificio modesto, de fachada de ladrillo y con una bandera que ondeaba frente a la entrada. Como siempre, lo recibió el olor a café recalentado y papel viejo.

Allí trabajaban un sargento, dos agentes de patrulla y una administrativa. Los saludó con un leve gesto de cabeza.

—¿Todo tranquilo? —preguntó, mientras se quitaba la chaqueta.

—Sí, jefe —respondió el sargento—. Un par de peleas en el bar anoche, nada grave.

Clive llamó a su despacho en Carmel, confirmó que tampoco había novedades de importancia y colgó. Iba a salir cuando algo en el tablón de corcho del despacho del sargento llamó su atención. Se acercó. Era un cartel de búsqueda y la imagen le paralizó el pulso. El rostro era el de Laura… aunque no del todo. En la foto era rubia y no llevaba gafas, pero el lunar junto a la boca, ese detalle íntimo que había besado horas antes, no dejaba lugar a dudas. Había un nombre bajo la imagen: Olivia Bennett. El motivo: hurto.

«Así que este es el pasado que teme…».

Clive leyó el pie del cartel. Había un número de contacto y el nombre del inspector responsable: Jack Méndez.

Sin pensarlo, descolgó el teléfono.

—Inspector Méndez. Soy Clive Harris, jefe de policía de Putnam. He visto un cartel de búsqueda a su nombre y necesito hablar con usted.

—Claro, jefe Harris. Dígame.

—En el cartel aparece una mujer. Coincide en parte con alguien que conozco, pero no estoy seguro de que sea la misma persona. Necesito saber qué hay detrás de esta orden. Se llama Olivia Bennett.

Hubo un breve silencio al otro lado, seguido de un suspiro.

—Le voy a ser franco, Harris. Estoy harto de este caso. O mejor dicho, de la persona que lo está empujando. Ryan Short… ¿le suena?

—Sí. —Clive apretó la mandíbula.

—Pues no ha dejado de llamarme. Primero presentó una denuncia por desaparición. Al no haber noticias y no conseguir localizarla, presentó otra por hurto. Sinceramente, creo que es un montaje. Yo le debía un favor personal y… bueno, acepté poner la orden, pero añadí mi nombre como contacto. Necesitaba evitar malentendidos si algún compañero la encontraba.

Clive sintió que la tensión le recorría los hombros.

—¿Qué sabe de ella?

—Su verdadero nombre es Olivia Bennett. La conocí hace un par de años. Nunca me dijo que Short la maltratara, pero… siempre me dio la impresión de que vivía sometida a él. Algo en su forma de callar, en cómo lo miraba…

«Olivia… Laura… todo encaja. Y si lo que dice es cierto, entonces Ryan Short está más cerca de encontrarla de lo que ella cree».

—Inspector, si esta mujer aparece por mi jurisdicción, se lo comunicaré. Pero le aviso: voy a investigar esto a fondo. No soporto los casos de maltrato.

—Opino lo mismo y me parece justo —respondió Méndez con un tono serio—. Voy a cancelar la orden de búsqueda. Y Harris… si está con usted, vigílela bien. Short no es de los que se rinden.

Clive colgó despacio, sin apartar la vista del cartel. Sentía que las piezas del puzle empezaban a encajar… y no le gustaba nada la

imagen que formaban. Se acercó al panel, le hizo una foto al pasquín y lo arrancó del panel.

Sombras en Cold Spring

Ryan salió de Boston a primera hora de la mañana, devorando los kilómetros y con el volante apretado entre las manos. Tres horas después, al llegar a Cold Spring, sus nervios eran demasiado evidentes.

Se encontró con Hugo en la gasolinera del acceso al pueblo. Este, con su porte elegante y su estudiada calma, lo saludó con una amable sonrisa.

—¿Qué diablos haces en esta mierda de pueblo perdido en la nada? —soltó Ryan, incapaz de disimular su rabia.

Hugo se sintió molesto y encogió de hombros, con aplomo.

—Pues a mí me parece un lugar precioso. He venido muchas veces. A mi esposa le encanta pasear por aquí, y yo no tengo nada en contra de un sitio tranquilo.

Ryan lo miró con impaciencia.

—Déjate de poesía, Hugo. Dime cuándo y dónde la has visto.

El tono, casi desesperado, hizo que Hugo alzara una ceja. «Este hombre está al borde de la obsesión… Olivia lo trae de cabeza».

—La vi hace un par de noches, durante una cena. Estaba en un precioso restaurante al que me gusta ir. Y ayer la vi en un evento del pueblo. Pero ya te he dicho que no iba sola.

—¿Quién la acompañaba? —Ryan clavó sus ojos en él.

—Un hombre. Le pregunté a un amigo y me dijo que era el jefe de policía.

Ryan apretó los puños.

«Así que ese es el cabrón que la protege. ¿Desde cuándo? ¿Estaba ya con él antes de dejarme? ¿Me engañaba?».

La voz le salió quebrada de ira.

—¿Sabes dónde vive? ¿Dónde trabaja?

—No tengo ni idea —contestó Hugo, midiendo bien cada palabra—, pero no será difícil averiguarlo. Este es un pueblo pequeño.

Ambos empezaron a caminar por la calle principal, observando con atención a cada persona. Ryan sacó su móvil y mostró la foto de Olivia a varias caras sorprendidas.

—A pesar de que es rubia en la foto, ahora lleva el pelo castaño y gafas. Ha llegado al pueblo hace poco —explicaba, con una forzada sonrisa.

Algunos negaban con la cabeza y otros apenas se detenían a mirarlos. Finalmente, una mujer mayor, con un abrigo gris y una bolsa de la compra en la mano, se los quedó mirando con suspicacia.

—¿Y para qué quieren encontrarla? —preguntó con tono firme.

Ryan reaccionó rápido.

—Es una amiga mía. Ha muerto un familiar y necesito darle la noticia.

La mujer entrecerró los ojos, evaluando la respuesta.

—Pues si es tan cercana, ¿por qué no van a la policía local? Ellos podrán darles la información.

Hugo intervino, con esa calma que siempre escondía un aire de manipulación.

—Es un asunto personal, señora. No queremos molestar.

Ella dudó un instante y luego asintió lentamente.

—La he visto varias veces. Es una chica muy agradable y educada. Trabaja en Maple & Ivy Café, a un par de calles de aquí.

El corazón de Ryan se aceleró.

—Gracias, señora. Ha sido muy amable.

Se apartaron y regresaron al coche. Ryan respiraba como si acabara de correr una maratón. «Así que ahí estás, Olivia. Jugando a ser otra. Intentando olvidarme. Y con ese policía…».

Cuando llegaron frente al café, no se atrevió a entrar.

—No vamos a entrar —dijo, con los ojos fijos en la puerta del local—. Necesito estar seguro de que es Olivia y, sobre todo, saber dónde vive. Quiero hablar con ella… pero a solas.

Hugo lo observó con cierta distancia. «Esto no es preocupación. Esto son celos. Y de los más peligrosos».

Ryan se pasó la mano por el cabello, crispado.

—Si vive con él… si está con él… —se quedó sin aliento—. Los mato.

Su respiración era un jadeo entrecortado, una mezcla de furia y ansiedad. Hugo permaneció en silencio. Sabía que Ryan estaba a punto de cruzar una línea peligrosa y no quería mezclarse con aquello.

Se excusó y le dijo que él no tenía nada que ver con sus asuntos, y que había quedado con su mujer para ir a casa de unos amigos.

—Ryan, te daré un consejo —le comentó antes de irse—. No te compliques la vida. No hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir. No merece la pena.

—Eso lo decidiré yo —respondió de forma seca.

Hugo salió del coche y lamentó haber hecho esa llamada. Pensó que Ryan era capaz de cualquier cosa.

Sombras en la terraza

Laura seguía con la rutina del domingo en el Maple & Ivy Café, sin imaginar que la sombra de su pasado ya rondaba a unos metros de allí. La mañana había sido frenética: bandejas, cafés, bollos recién horneados, risas, murmullos de clientes. Algunos se inclinaban en voz baja hacia sus acompañantes, dejando escapar frases sobre ella.

—¿Has visto? La chica nueva… dicen que está con Clive, el sheriff —susurró un hombre de mediana edad, con gesto despectivo.

—Bah, siempre acaban igual. Una joven buscando un hombre con poder —añadió otro.

Laura fingió no oírlos, pero sintió un nudo en el estómago. «¿Esto es lo que piensan de mí? ¿Que lo nuestro no es real, que solo busco protección? No saben nada…».

Dori, que había captado los murmullos, se acercó sonriente, aunque sus ojos transmitían seriedad.

—No hagas caso, cariño. Que hablen, que inventen. A mí me basta con verte feliz y saber que estáis hechos el uno para el otro.

Laura la miró con un agradecimiento sincero.

—Gracias, Dori. De verdad. —Sus labios temblaban con la emoción.

—Tú vive tu historia, Laura. Que el mundo ladre si quiere.

Después del ajetreo de media mañana, el bar empezó a vaciarse. Laura salió a la terraza a recoger unas mesas. El sol caía suavemente, y la brisa del río Hudson llegaba hasta allí. En ese instante, apareció James Madison, impecable, con su chaqueta sport azul marino, pero con una sarcástica sonrisa en el rostro.

—Vaya, vaya… —dijo con tono sarcástico mientras la observaba de arriba abajo—. Ya veo que has encontrado a alguien que te consuele. Supongo que abrir las piernas para el sheriff debe de ser todo un ascenso, ¿no?

Laura se quedó helada. La sangre le subió al rostro y, sin

pensarlo, le soltó una bofetada que resonó en el aire. James, sorprendido y rabioso, le agarró la muñeca con violencia.

—No vuelvas a hacer eso, maldita…

Su tono era puro veneno, y Laura sintió la presión en su muñeca. Dos mujeres, que estaban en una mesa cercana, se levantaron de golpe.

—¡Eh! ¡Suéltala ahora mismo! —gritó una de ellas, con los brazos en jarra.

—¡Cobarde! ¡Insultar a una mujer! —añadió la otra, señalándolo con furia.

James soltó la muñeca de Laura con brusquedad y fulminó a las mujeres con la mirada, rojo de ira. Salió de la terraza justo cuando Dori aparecía en la puerta.

—¡Pero bueno! —exclamó, corriendo hacia Laura—. ¿Qué ha pasado?

Laura respiraba agitadamente, intentando recomponerse.

—Nada… ya está.

Dori la tomó de los hombros, preocupada.

—¿Quieres presentar una denuncia contra ese imbécil? Puedo llamar a Clive ahora mismo.

Laura negó con la cabeza, con los ojos húmedos.

—No… por favor. No quiero más problemas. Ya he vivido demasiada violencia. Solo… quiero olvidarlo.

Desde el otro lado de la calle, oculto en su coche, Ryan lo había visto todo. Sus dedos se aferraban con furia en el volante. «¿Quién demonios es ese? ¿Qué le ha dicho para que ella haya actuado así? ¿Qué derecho tiene?».

Observó cómo James subía a un Ford Mustang rojo y salía quemando ruedas, rugiendo por la calle principal. Ryan lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista.

—Tengo que saber quién es —murmuró, con los dientes

apretados.

Permaneció en su puesto, con el cuerpo en tensión, esperando la salida de su exnovia. El tiempo iba pasando, hasta que un coche familiar se detuvo frente al café. De él bajaron Emily y John, seguidos por dos niñas pequeñas que corrieron directamente hacia Laura.

Desde la privacidad de su vehículo, Ryan las observó a través de los cristales. Vio cómo las niñas se abalanzaban sobre ella, y que Laura las abrazaba con ternura, acariciando sus cabecitas como si fueran suyas.

«¿Quiénes son? ¿Por qué la miran así, con tanto cariño? ¿Por qué parecen quererla más que a nadie?».

La visión lo carcomía por dentro. Los celos lo atenazaban y un fuego ardía sin control en su interior. «¿Ya tiene una nueva familia? ¿Ya me ha reemplazado?».

Ryan apoyó la frente contra el volante. El latido de la sangre en sus sienes era un martillo. No lo soportaba.

Una familia inesperada

Emily y John entraron acompañados de sus dos pequeñas. Al ver a Laura, las niñas corrieron hacia ella con un grito alegre que hizo girar a varios clientes.

—¡Lauraaa! —dijeron a dúo, abrazándola por la cintura.

Laura se agachó para recibirlas, y en ese instante sintió que algo se encendía en su pecho. «Qué fácil me resulta quererlas… es como si llenaran un espacio que siempre ha estado vacío».

Dori salió tras la barra, sonriendo como solo ella sabía hacerlo.

—Y mis dos preciosidades, ¿han venido a verme? —dijo, abriendo los brazos.

Las niñas se soltaron de Laura y corrieron hacia ella.

—¡Heladooo! —pidieron con sus vocecitas melodiosas.

—Por supuesto. El de siempre, ¿verdad? —preguntó Dori, que ya conocía de memoria sus gustos.

Laura observó la escena con calidez. Emily aprovechó para acercarse a ella y, con una sonrisa cómplice, soltó la frase que la hizo ruborizarse.

—Se dice por ahí que tu relación con mi hermano va viento en popa…

Laura bajó la mirada, intentando ocultar el rubor que encendía sus mejillas.

—Bueno… —susurró, nerviosa—. Supongo que sí.

Emily arqueó una ceja y, tomando a Laura suavemente por el brazo, la condujo a una mesa donde John ya se había sentado.

—Venga, siéntate un momento con nosotros. Dori puede con el bar. Y nos lo cuentas todo.

Con el corazón acelerado, Laura se dejó caer en la silla. «¿Cómo se lo explico? ¿Cómo poner en palabras lo que siento por Clive si yo misma apenas lo entiendo?».

—Yo… —empezó, con voz tímida—. Siento algo por él. Pero no es como nada que haya sentido antes. Solo estamos empezando, pero, cuando estoy con él… es como si todo encajara.

John sonrió, asintiendo con la cabeza, y Emily le apretó la mano desde el otro lado de la mesa.

—Clive es un hombre estupendo, Laura —dijo Emily con firmeza—. Mi hermano se merece a alguien como tú. Estoy convencida de que estáis hechos el uno para el otro.

Laura se mordió el labio inferior, y sintió que sus ojos se humedecían.

—Ojalá fuera así… —admitió al fin—. Estoy muy ilusionada. Y creo que él también lo está. Los dos hemos pasado por cosas duras, pero cuando estamos juntos… noto que es feliz.

Emily la miró con ternura, como si quisiera envolverla con sus palabras.

—Mañana, John se vuelve a ir de viaje, y me encantaría que Clive y tú vinierais a cenar con nosotros. Me haría mucha ilusión que pasáramos una velada en familia.

Laura se quedó inmóvil, sorprendida por lo que había escuchado. Sintió un nudo en la garganta. «¿En familia? Yo… yo no tengo familia…».

Antes de poder contenerlas, sus ojos se llenaron de lágrimas. Emily, al verla, se levantó enseguida y la abrazó con fuerza.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

Laura escondió el rostro en su hombro.

—Porque… porque no tengo a nadie. La única persona que me quedaba era mi abuela y murió hace muy poco. Era lo único que tenía.

Emily le acarició el pelo, como si fuera su hermana pequeña.

—No digas eso. Claro que tienes familia. Nos tienes a nosotros. Quiero que sepas que, desde hoy, formas parte de la nuestra.

Laura cerró los ojos con fuerza, dejando que esas palabras se grabaran en su interior. «Una familia… ¿de verdad? No sé si merezco tanto cariño, pero… como deseo creerlo».

John se unió al abrazo, apoyando la mano en el hombro de Laura.

—Eres bienvenida siempre, Laura. —Su voz sonaba cálida, sincera.

Laura se apartó un poco, mirándolos con lágrimas que ahora eran de gratitud.

—Gracias… —susurró—. No os imagináis lo que significa para mí escuchar eso.

Emily le sonrió con dulzura.

—Entonces está decidido. Esta noche, a las ocho, en casa. Y no acepto excusas.

Laura asintió, intentando recuperar la sonrisa entre las lágrimas. «Por primera vez en mucho tiempo, siento que pertenezco a algún lugar».

Sombras al acecho

El reloj del café marcaba las cuatro cuando Laura salió del Maple & Ivy Café. El bar cerraba los domingos por la tarde y, tras una mañana frenética, se sentía agotada. El aire fresco la envolvía con una calma que contrastaba con el bullicio vivido horas antes.

Sacó el móvil del bolsillo de su vaquero cuando este vibró. La sonrisa se le dibujó automáticamente al ver el nombre en la pantalla.

—Hola, sheriff —dijo, con voz suave y traviesa.

Al otro lado, la voz grave y familiar de Clive sonó como un bálsamo.

—Hola, preciosa. Mi hermana nos ha invitado a cenar esta noche. No sabes las ganas que tengo de verte. Pero te aviso, voy a estar liado hasta última hora. Tengo que subir a Putnam, al despacho, para resolver unos asuntos.

Laura suspiró con fingida resignación, mientras sus pasos marcaban un ritmo lento por la acera.

—Ya me lo ha dicho, y no te preocupes. Yo aprovecharé para descansar. Ya sabes por qué… La pasada noche… —dejó la frase suspendida, cargada de intención.

Clive soltó una carcajada que la envolvió por completo.

—No digas más. No me lo recuerdes o me va a ser imposible concentrarme.

Ella mordió su labio inferior, divertida.

—Solo te digo que necesito dormir unas cuantas horas. Anoche… me dejaste rendida.

—Rendida, ¿eh? —replicó Clive, con tono juguetón—. Pues esta noche tendremos que repetir.

Laura se detuvo frente a un escaparate, su reflejo le devolvió su tímida y pícara sonrisa.

—Lo estoy deseando. Y más descansada… puede que aguante

más que tú.

—Me tomaré un par de cafés —dijo él, entre risas—. Aunque no sé si lograré seguirte el ritmo.

Laura giró una esquina, disfrutando del eco de su voz. «Qué fácil me resulta hablar con él… nunca he sentido tanta complicidad con un hombre».

—Tómate varios, Clive. Te van a hacer falta. Mañana no trabajo, y, créeme, la noche será larga.

Él bajó la voz, grave y sugerente.

—Entonces, hasta la cena. Te quiero en mis brazos otra vez.

—Allí estaré —susurró ella, antes de colgar, con el corazón acelerado.

Guardó el móvil en el bolsillo, incapaz de borrar la sonrisa. «Es como si todo el mundo hubiera cambiado de color desde que estoy con él… todo parece posible».

A pesar de su felicidad, lo que Laura no podía ver era la figura que caminaba por la otra acera, a unos metros de distancia. Sus pasos eran medidos y su mirada estaba fija en ella. Cada giro, cada semáforo, cada movimiento de Laura era observado con precisión.

«Así que aquí vives… y aquí es donde te escondes. No sabes lo que te espera».

El desconocido se detuvo bajo la sombra de un árbol, aguardando mientras ella entraba a través de una valla blanca y abría la puerta de su casa.

El golpeteo del cierre metálico sonó como un cerrojo definitivo. Laura desapareció en el interior, ajena a que, desde fuera, alguien ya había empezado a tejer su red.

La semilla de la venganza

Ryan había aprendido a contener la rabia. Sabía que con ella no llegaría lejos, no en Cold Spring, donde la calma y las apariencias pesaban más que la verdad. «No puedo precipitarme —se repetía—, aún no tengo nada sólido para llevármela conmigo. La orden de busca y captura no basta. Necesito aliados, aunque sea por venganza».

Lo primero que le vino a la cabeza fue aquel hombre joven al que Laura había abofeteado en el bar. La reacción de ella no le parecía gratuita. «Un gesto así no se lo da a cualquiera. Eso es personal. Muy personal».

Decidido a investigarlo, se topó con dos chavales que estaban junto a la gasolinera, apoyados en sus bicicletas.

—Perdonad, chicos —les dijo con tono afable, fingiendo interés —. Tengo una empresa de compraventa de coches, y esta mañana he visto un Mustang rojo impresionante por el centro. ¿Sabéis de quién es? Me encantaría hacerle una oferta.

Los muchachos se miraron, divertidos.

—Ese coche es de James Madison —dijo uno—, el hijo del alcalde. Lo adora, no creo que lo venda.

—Sí, es su mayor orgullo —añadió el otro, riendo—. Vive en una casa con porche blanco, justo al final de la avenida Madison. Es difícil no verla.

Ryan agradeció la información con una sonrisa. Por dentro, pensó: «Perfecto. Hijo del alcalde, temperamento de niño rico, y encima resentido con Laura. Una combinación peligrosa, pero útil».

Comió en un bar de las afueras, lo más lejos posible de ojos curiosos. Después, condujo hasta la dirección que le habían indicado y esperó, paciente, vigilando. Media hora más tarde, el Mustang rugió por la calle, y James salió de la casa con aire chulesco.

Ryan lo siguió hasta un bar del centro. James se acomodó en la barra, coqueteando con la camarera, como si el mundo girara a su

alrededor. Ryan tomó aire y se acercó.

—Bonito coche el tuyo —comentó al sentarse cerca—. Esta mañana lo he visto en el pueblo.

James lo miró de reojo, con esa arrogancia que heredan los que nunca han tenido que luchar por nada. Era un tipo rubio, con los ojos azules y aire prepotente.

—Sí, lo es. Es mi capricho.

Ryan sonrió con calma, fingiendo indiferencia.

—No lo dudo, es precioso. Por cierto, te he visto esta mañana en la terraza de Maple & Ivy. Discutías con la camarera.

El gesto de James se endureció, la sonrisa desapareció.

—¿Y a ti qué te importa esa zorra de Laura? —espetó, con desprecio mal disimulado.

Ryan inclinó la cabeza, midiendo cada palabra.

—¿Laura? ¿Así se hace llamar? En realidad se llama Olivia Bennett, y no es quien dice ser. No es ninguna inocente camarera, sino una prófuga.

James arqueó una ceja, sorprendido, pero más interesado que incrédulo.

—¿De qué hablas?

—Era la novia de un amigo mío, en Boston. Un buen tipo que confió en ella. Cuando se escapó, no solo lo dejó tirado… También se llevó un dinero que no le pertenecía. Diez mil dólares.

James se quedó en silencio unos segundos, con los nudillos tensos contra la barra. «Así que esa bruja me abofetea en público, y encima es una ladrona», pensó, masticando la rabia.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó con voz grave.

—Lo bastante para que haya una orden de busca y captura con su nombre real. Créeme, sé reconocer a alguien que juega con fuego. Y Olivia… Laura… o como quieras llamarla, se cree más lista que nadie.

El hijo del alcalde apretó los dientes, mascando aquella nueva información como un veneno dulce.

—Entonces no soy el único al que le debe algo.

Ryan lo observó en silencio, satisfecho. «Ya está. Plantada la semilla. El rencor hará el resto».

Dejó un billete en la barra y se levantó.

—No te entretengo más. Tengo cosas que hacer.

James no contestó, pero en su mirada había una chispa que Ryan reconoció al instante: deseo de revancha.

De camino a su coche, Ryan respiró hondo. Su plan estaba en marcha. «Ahora debo desaparecer unas horas. Si quiero atraparla, necesito preparar bien el terreno. No cometeré el error de enfrentarme a ella sin respaldo».

Condujo hasta Putnam y buscó un hotel discreto. Al registrarse, se miró en el espejo del vestíbulo. La torcida sonrisa que se dibujaba en sus labios era la de un hombre que sentía que, por fin, empezaba a recuperar el control.



Capítulo 8

El veneno de las palabras

James llevaba horas con el mismo pensamiento, dándole vueltas en la cabeza. El bofetón de Laura aún le ardía en la cara, aunque ya no quedara marca. «Esa zorra me ha humillado delante de todos. Y encima, ahora resulta que ni siquiera es quien dice ser. Una fugitiva. Una ladrona. No pienso dejar que se salga con la suya».

Se tiró en el sofá de la casa de sus padres, con el televisor encendido, pero sin prestar atención. «Soy el hijo del alcalde. Nadie me ridiculiza y queda impune».

Sin dudar ni un segundo, agarró el móvil. Tenía un as bajo la manga. Aquel desconocido le había dado la pieza exacta para encajar su venganza.

Marcó el número de un amigo, un ambicioso periodista local. La voz de Mark Harrison respondió al instante, somnolienta.

—¿James? ¿Qué ocurre?

—Necesito contarte algo. Y creo que vas a querer publicarlo —dijo James con un tono cargado de teatralidad.

Mark bostezó.

—Si es otra de tus peleas con tu padre o tus conquistas de bar, paso. Tengo trabajo de verdad.

—No. Escucha. Se trata de la nueva camarera del Maple & Ivy. Laura, ¿sabes quién es?

Hubo un silencio breve.

—Claro, todo el pueblo habla de ella. Está liada con Clive

Harris. ¿Qué pasa?

James se inclinó hacia delante, con los ojos brillando de malicia.

—No se llama Laura. Su nombre real es Olivia Bennett, y no es ninguna santa. Es una prófuga. Le robó dinero a un amigo de un tipo que conozco. Hay una orden de busca y captura contra ella.

Mark dejó escapar una carcajada.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Te hablo en serio. ¿Tú crees que yo me inventaría algo así? —James alzó la voz, impaciente—. ¡Se está follando al sheriff del condado! ¿Te imaginas el escándalo si se publica que el jefe de policía se acuesta con una fugitiva?

El periodista se quedó callado, procesando la información. Por su cabeza pasaba un torbellino de ideas. «Si esto es cierto, sería la noticia del año en Cold Spring. Y más si implica a Clive, con su intachable reputación».

—Necesito pruebas —dijo finalmente, con voz firme— ¿Quién te ha pasado la información?

James apretó el móvil con rabia.

—¡No sé su nombre, coño! Un tipo de Boston, rubio y con los ojos azules. ¡Te estoy diciendo la verdad!

Mark frunció el ceño al otro lado de la línea.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—Porque quiero que todo el mundo sepa quién es en realidad. Quiero que se hunda. Que la miren como lo que es: una ladrona.

Mark suspiró, con ese instinto de reportero que olía la sangre.

—Déjame hacer unas llamadas. Si se confirma, lo publicaré mañana mismo.

James sonrió, satisfecho.

—Hazlo. No te vas a arrepentir.

Colgó la llamada y se quedó en silencio, mirando la pantalla del móvil. «Ahora veremos cómo sonríes, Laura. Y quiero ver la cara del sheriff cuando todos se enteren de con quién se acuesta».

Su satisfacción crecía, aunque en el fondo sabía que había cruzado una línea. Una voz le susurraba en lo más hondo: «Esto no es justicia, es venganza». Pero esa voz la acalló enseguida con una carcajada. «No me importa. Se lo merece».

Una cena en familia

Clive aparcó su Range Rover frente a la casa de Laura. El sol ya se había ocultado y la noche reinaba en Cold Spring.

Al verlo, Laura salió de su portal y él se quedó sin aire. Llevaba un vestido corto de color burdeos y unas botas altas que realzaban aún más sus piernas. Tenía ese gesto tímido en su rostro, el que tanto lo encandilaba.

«Cada día me resulta más difícil no besarla delante de todo el mundo», pensó.

—Estás preciosa… —murmuró con voz grave, recorriéndola con la mirada.

Ella bajó los ojos, ruborizada.

—Lo estreno hoy… Cuando me escapé de la casa de Ryan, apenas llevaba ropa en la mochila. Me he tenido que comprar de todo. —Se mordió el labio y lo miró de reojo—. Pero, por la cara que pones, parece que acerté al comprar este vestido.

Él sonrió, complacido.

—De lleno. —La observó con ternura y se inclinó un poco—. Estás guapísima.

Laura se rio, nerviosa.

—Tú también. —Sus dedos rozaron la cazadora de ante, de un cálido tono whisky—. Nunca pensé que me fijaría tanto en cómo viste un hombre.

Clive le tomó la mano con suavidad y la atrajo hacia él.

—Y yo nunca pensé que volvería a querer besar a alguien tanto como lo deseo ahora.

La besó despacio, con suavidad, como si aquel gesto no necesitara explicaciones.

Desde la ventana, Jane, prudentemente escondida tras los visillos, mostró una sonrisa maternal que se mezcló con una

punzada de preocupación.

«Se merece ser feliz. Ojalá nadie venga a arrebatárselo».

* * *

Al llegar a la casa de Emily, se escucharon las risas de las niñas que salieron disparadas hacia ellos.

—¡Tía Laura! ¡Tío Clive! —gritaron, abrazándose a sus piernas.

Laura estalló en carcajadas, acariciándolas con ternura.

—No soy vuestra tía. De momento, solo soy vuestra amiga…

Emma la miró con gesto pícaro.

—No me lo creo. Mamá le ha dicho a papá que estáis muy enamorados, y él le ha comentado que hacéis muy buena pareja.

Clive levantó las cejas, divertido.

—Parece que aquí no hay secretos.

Emily apareció desde la cocina, secándose las manos con un paño.

—Niñas, dejad tranquilos a vuestros tíos.

—¿Veis cómo es verdad? —rio Sophie.

Clive y Laura no pudieron contener otra carcajada.

* * *

La cena transcurrió envuelta en el aroma a asado y la calidez de las voces familiares. Laura se descubría riendo y participando en la conversación, como si llevara toda la vida en aquella mesa. «Así es cómo imaginaba que era una familia. Calor, unión, risas… Y no el vacío en el que he estado estos años».

Clive, sentado a su lado, la miraba con orgullo. Cada vez que le servía vino, o se inclinaba para escucharla, su gesto adquiría una suavidad que pocas veces mostraba.

Cuando llegó la hora de acostar a las niñas, insistieron en que lo hiciera la tía Laura. Ella, sin insistir en desmentirlo y con el corazón encogido por la felicidad que sentía, subió las escaleras de la mano de Emma y Sophie.

Emily aprovechó su ausencia para mirar a su hermano.

—Clive… —dijo con ternura—. No te veía así desde… que estabas con Ellen.

Él respiró hondo, bajando la voz.

—Lo sé, pero Laura es distinta a todas las demás. —Se detuvo un instante antes de añadir—. Es la única que ha despertado algo en mí desde que ella murió.

Emily le apretó la mano.

—Entonces no lo dudes. Ella también te quiere, y te necesita.

Clive asintió despacio, sintiendo el peso de lo que aún callaba. «El pasquín en la comisaría… su foto. No puedo ocultarlo, pero esta noche no lo voy a revelar. Hoy se merece ser feliz».

Arriba, Laura arropaba a las niñas con delicadeza. Emma, ya medio dormida, murmuró:

—Buenas noches, tía Laura…

Laura cerró los ojos un segundo, conteniendo la emoción. «Si pudiera quedarme aquí siempre… si esta fuera mi verdadera vida».

Apagó la luz con una sonrisa y el corazón desbordado.

La verdad sobre Laura

El murmullo del lavavajillas llenaba la cocina cuando Laura entró. Emily, con las mangas arremangadas, colocaba las copas limpias en un estante. Al verla, dejó lo que hacía y la rodeó con un cálido abrazo.

—Laura… —su voz temblaba de emoción—. No sabes cuánto me alegra verte así, tan enamorada de mi hermano. Él necesitaba volver a querer a una mujer, y tú eres lo mejor que le podía pasar.

Laura, sorprendida por aquel gesto, cerró los ojos un segundo.

«¿Cómo voy a decirle la verdad ahora? ¿Cómo arruinar este momento?»

Aun así, se armó de valor.

—Nada en el mundo hará que me separe de él —susurró, con un hilo de voz.

Emily la miró de frente, con seriedad y dulzura a la vez.

—Entonces no lo dejes escapar. Clive no es perfecto, pero es un hombre de los que ya no quedan.

Laura sonrió, con un nudo en la garganta. «Justo por eso debo decirles quién soy de verdad».

* * *

Regresaron al salón. John y Clive charlaban animadamente, con una copa de vino en la mano. La mesa estaba lista para el postre. Emily sirvió la tarta de queso, y estuvieron comentando anécdotas del pueblo y algunas ocurrencias de las niñas.

Pero Laura apenas probó bocado. Su corazón latía desbocado. «Tiene que ser ahora. Si no lo digo ahora, nunca tendré valor para hacerlo».

Dejó la cuchara sobre el plato y respiró hondo.

—Tengo que deciros algo importante. —Sus ojos buscaron a

cada uno de ellos—. Todos vosotros os habéis portado de maravilla conmigo. Tú, Emily, sin apenas conocerme, me has dado tu amistad y me has dejado al cuidado de tus hijas. Tú, John, me has abierto las puertas de tu casa y me has tratado con cariño y respeto. Y tú, Clive… —su voz se quebró levemente—. Tú me has hecho sentir algo que jamás había sentido por nadie.

Se los quedó mirando. Pensó que su corazón se le saldría del pecho. Continuó.

—A pesar de que hace muy poco que nos conocemos —continuó Laura, con la voz más firme—, os aseguro que me siento como si fuerais mi verdadera familia. Por eso quiero ser completamente sincera con vosotros.

Un extraño silencio cayó sobre la mesa. Emily frunció el ceño, intrigada. John dejó la copa a un lado, atento. Clive la sostuvo con la mirada, como si quisiera darle fuerzas para ser sincera. «Va a explicarlo todo».

Laura tragó saliva, y al fin lo dijo:

—Mi verdadero nombre no es Laura Adams. En realidad me llamo Olivia Bennett.

El impacto fue inmediato. Emily abrió los ojos de par en par, llevándose una mano a los labios. John la miró sin comprender, con la confusión reflejada en el rostro.

Laura bajó la cabeza. «Ya está. Ya lo saben. Ojalá no me rechacen».

Emily fue la primera en reaccionar:

—¿Olivia…? —su voz temblaba—. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

John carraspeó, sorprendido:

—No entiendo nada… ¿qué significa esto?

Clive, en cambio, permaneció en silencio. Su mirada era profunda, distinta. No había sorpresa en sus ojos, sino orgullo y satisfacción.

«Así que por fin se ha atrevido a decirlo… No sabe que yo ya lo sabía».

Laura lo miró, buscando desesperadamente su reacción.

—Clive…

Él sostuvo su mano bajo la mesa, en un gesto que ella no esperaba.

—Dejadla terminar —dijo con voz firme, mirando a su hermana y a su cuñado—. Es justo que os lo explique todo.

Emily lo miró con inquietud.

—¿Tú lo sabías?

Clive no respondió directamente. Solo apretó los dedos de Laura, transmitiéndole una seguridad que ella necesitaba con urgencia.

«Me está protegiendo. Aunque todo se derrumbe, no me va a dejar sola».

La verdad al descubierto

El silencio tras su revelación era tan denso que parecía que el aire se había espesado en la sala. Emily no dejaba de mirar a Laura con incredulidad, John mantenía la frente fruncida, como intentando encajar las piezas, y Clive, sereno, le apretaba la mano bajo la mesa.

Laura respiró hondo. Sabía que si no hablaba ahora, nunca más tendría el valor.

—Como os he dicho, me llamo Olivia Bennett —repitió con calma—, y necesito contaros toda mi historia.

Se levantó, caminó unos pasos por el salón y volvió a sentarse, como si buscara valor en cada gesto.

—Durante casi cuatro años viví en Boston con mi exnovio… Ryan Short. Al principio creí que me quería. Me decía lo que toda mujer quiere oír. Pero pronto descubrí quién era realmente. —Su voz se quebró un instante—. Me aisló, me fue apartando de todo lo que conocía. Me pegó muchas veces —dijo, conteniendo su llanto—. Hay partes médicos de eso…, pero siempre tuve miedo de denunciarlo. Tenía una habilidad terrible para hacerme sentir pequeña, para hacerme creer que no valía nada sin él.

Emily cerró los ojos, apretando la copa entre los dedos.

«Dios mío… esa mirada la reconozco. Es la de alguien que ha sufrido demasiado».

Laura continuó:

—Aguanté años. No sé ni cómo. Mi única luz era mi abuela. Ella siempre estuvo a mi lado, y me recordaba que yo merecía algo mejor que él. Pero murió hace poco más de un mes… —se le humedecieron los ojos—, y me quedé sola. Pensé que ese sería mi final.

Clive la miraba con el ceño apretado, con un dolor contenido.

—Después de la muerte de mi abuela, Ryan empezó a presionarme para que vendiera la casa que me había dejado. Quería

controlar hasta eso. Era lo único que yo tenía, lo único que me quedaba. Pero… a mi abuela no le gustaban los bancos, y me había contado un secreto, por si le pasaba algo. —Laura bajó la voz, como si aún le pesara confesarlo—. Me había dicho que guardaba dinero en el zócalo de su habitación, tras un mueble.

Tomó aire, afectada por el recuerdo, y continuó.

—Yo no sabía cuánto, pero cuando volví allí, Ryan fue a hablar con uno de los vendedores, para que aceptara cualquier oferta que se hiciera y poder vender la casa de forma inmediata. Me dejó sola. —Hizo una pequeña pausa y continuó—. Eso me permitió coger unas cuantas cosas personales, antes de la venta de la casa. Aproveché su ausencia para mirar dónde ella me había dicho y fue cuando encontré el dinero. Exactamente, setenta y seis mil dólares.

John se inclinó hacia delante, sorprendido:

—¿Setenta y seis mil?

Ella asintió.

—Lo escondí bajo mi ropa, dentro de una faja de mi abuela. Ese dinero fue mi salvación, porque lo pude utilizar para huir. Yo no tenía nada, ni siquiera una cuenta bancaria, ni tarjetas —comentó ante la sorpresa de todos.

Cogió el vaso de agua y dio un largo sorbo.

—Al cabo de unos días, una mañana, cuando se fue a trabajar, puse en una mochila un par de mudas, unos vaqueros y unas camisetas, y me marché sin mirar atrás. Me acerqué a una peluquería, me corté el pelo y me lo teñí de castaño. —Soltó una carcajada—. En realidad soy rubia y… estas gafas son falsas, de pega. —Se las quitó y las tiró sobre la mesa.

En ese instante, como si reflexionara con ella misma, dejó de sonreír.

—El problema es que Ryan nunca me lo perdonará. Me juró que si algún día intentaba huir de él, me encontraría.

Emily le cogió la mano, con ternura:

—Olivia… —el nombre sonó frágil en sus labios—, y desde entonces has estado huyendo.

—Sí. —Laura asintió, con un leve sollozo—. Cogí un autobús sin rumbo. Solo quería alejarme lo más posible. Y cuando el autobús pasó por Cold Spring… lo vi. El río, las montañas, las calles tranquilas… Algo dentro de mí me dijo que era aquí donde debía quedarme. No sé explicarlo, fue como… un presentimiento.

Emily la abrazó con fuerza.

—No fue un presentimiento, Olivia. Fue el destino. Y tu corazón, buscándote un hogar. Y lo has encontrado.

Clive habló al fin, con una voz grave y contenida:

—¿Y Ryan? ¿Dónde encaja ahora en todo esto?

Laura lo miró con miedo en los ojos.

—Él nunca se rinde. Sé que tarde o temprano intentará encontrarme. No soportará que lo haya dejado. Y menos aún, haber perdido su control sobre mí.

Un cargado silencio cayó de nuevo sobre la sala. Cada uno asimilaba lo que acababa de escuchar.

John se pasó la mano por la barbilla, preocupado.

«Si lo que dice es cierto, ese tipo no parará».

Emily, en cambio, solo podía pensar en la fragilidad de la mujer que tenía delante.

«Ha sufrido demasiado. No dejaré que nadie le arrebate lo que acaba de empezar a construir».

Clive no apartaba la vista de ella.

«Ya no hay vuelta atrás. Ahora sé toda la verdad. Y aunque el pasado la persiga, no pienso dejar que vuelva a caer en sus garras».

Laura, al verlos tan callados, sintió que se ahogaba.

—Lo siento… Siento mucho habéroslo ocultado. Tenía miedo. Tenía tanto miedo…

Emily volvió a abrazarla, con lágrimas en los ojos, al igual que ella.

—No tienes que disculparte, Olivia. Pase lo que pase, eres parte de esta familia.

Clive, aún serio, se levantó y posó una mano firme sobre su hombro.

—Lo importante es que ahora estamos juntos. Y si ese hombre aparece, no volverás a enfrentarte a él tú sola.

El refugio de la verdad

La puerta de la casa de Emily se cerró suavemente tras ellos. La noche era bastante fría, y un silencio acogedor cubría las calles de Cold Spring. Clive abrió la puerta del coche a Laura y ella se acomodó en el asiento, todavía con las emociones a flor de piel.

Mientras se alejaban despacio, él rompió el silencio:

—Has sido muy valiente esta noche. —La miró de reojo, admirándola—. Poca gente se atrevería a abrirse así.

Laura apretó las manos sobre el regazo.

—No podía seguir engañándoos. —Suspiró—. Emily, John, tú… sois parte de mí ahora. Necesitaba ser sincera.

Lo dijo con tanta convicción que Clive sintió un calor extraño en el pecho.

«Es increíble… después de todo lo que ha pasado, aún confía en mí. En nosotros».

Laura, observando su gesto, ladeó la cabeza:

—Clive… ¿tú sabías algo? Cuando he dicho mi nombre no te he visto tan sorprendido como a los demás.

Él tardó unos segundos en responder.

—Lo he sabido esta mañana, en la comisaría. He visto un pasquín con tu foto. —Hizo una pausa breve, bajando el tono—. Pelo rubio, sin gafas. Decían que te buscaban por hurto.

Ella se tensó de inmediato, los dedos crispados en las rodillas.

—¿Hurto? ¡Dios…! —Se llevó la mano al rostro—. ¡Es un hijo de puta! Es cuestión de tiempo…

Clive le cogió la mano y la apretó con firmeza.

—Escúchame. He llamado al inspector Jack Méndez. —Vio que ella fruncía el ceño y supuso que lo conocía—. Me dijo que esa denuncia era una farsa. Ryan lo presionó, porque no te encontraban. Primero denunció tu desaparición, pero al no obtener resultados, se

inventó lo del hurto.

—Pero yo no… empezó a decir Laura, pero Clive la interrumpió.

—Jack lo hizo porque le debía un favor, y para quitárselo de encima. —Se inclinó un poco hacia ella—. Me ha dicho que lo conoce, y que nunca se creyó su versión. Va a retirar la búsqueda. Méndez mandará un correo a todas las dependencias, para cancelarla.

Laura lo miró con lágrimas en los ojos.

«¿Será verdad? ¿De verdad ya no me buscan? ¿De verdad puedo respirar por fin?».

—¿Entonces… nadie me está buscando?

—Nadie. —Clive acarició el dorso de su mano con suavidad—. Puedes estar tranquila.

Ella bajó la vista, dudando.

—No conoces a Ryan. Hará lo imposible, Clive. No parará nunca.

Él frunció el ceño, con la mandíbula tensa.

«Ese cabrón no sabe lo que le espera si pone un pie aquí».

—Pues le estaremos esperando —respondió, con voz grave y firme.

Laura lo miró de reojo, y una pícara chispa iluminó su rostro.

—¿Lo esperamos en tu casa? —preguntó con un deje juguetón.

Clive la miró sorprendido, y después sonrió con esa expresión arrolladora que tanto la desarmaba.

—¿Conoces algún lugar mejor?

Laura negó despacio, con el brillo de travesura en los ojos.

—No se me ocurre ninguno. —Le guiñó un ojo—. Además, me he tomado un par de cafés y… no tengo sueño.

Clive soltó una sonora carcajada, de esas que se escapan sin poder contenerlas, y puso el motor en marcha.

«Está jugando conmigo… y me encanta».

Laura, con el corazón acelerado, se recostó en el asiento.

«Quiero que esta noche no acabe nunca».

El dilema del periodista

Mark Harrison necesitaba contrastar la llamada que había recibido de James Madison. La historia sonaba demasiado jugosa para dejarla pasar: una camarera recién llegada, rubia, convertida en castaña, y con un pasado turbio detrás.

«Si esto es verdad… es un bombazo. Pero si publico algo sin pruebas sólidas, me juego el prestigio del periódico. No puedo dar un paso en falso».

Encendió su ordenador, abrió varias carpetas y después levantó el teléfono. Marcó el número de la comisaría de Cold Spring.

—Soy Mark Harrison, del Cold Spring Gazette. Necesito confirmar un dato. ¿Existe una orden de búsqueda activa contra una tal Olivia Bennett?

Hubo un silencio breve al otro lado, tecleos, papeles que se movían.

—Sí, señor Harrison —respondió la oficial de guardia—. Aparece registrada una orden. El agente responsable del caso es el inspector Jack Méndez, de Boston. Hay una nota de que, en caso de tener alguna información, es muy importante que se hable específicamente con él.

Mark apretó los labios.

«Así que James no mentía… o al menos no del todo. Pero algo aquí no encaja. ¿Por qué hay que hablar con el inspector?».

Cogió el número que le dictaron y llamó directamente. Tras unos tonos, una voz grave contestó:

—Inspector Méndez, ¿quién habla?

—Soy Mark Harrison, periodista del Gazette. Me han indicado que usted es responsable de la búsqueda de Olivia Bennett.

Un silencio denso llenó la línea antes de que Méndez respondiera.

—Mire, señor Harrison, voy a serle claro. Olivia Bennett no está

ya en busca y captura. Se cometió un error. No es ninguna delincuente.

Mark arqueó las cejas.

—¿Entonces la orden de hurto…?

—Una farsa. —El inspector sonó cortante, como cansado de repetir la misma historia—. Esa denuncia se cursó porque un tal Ryan Short denunció el hurto, pero no había pruebas. Solo quería quitarse un problema de encima. La orden ya se ha cancelado y lo único que hay en nuestros registros es una declaración de desaparición, nada más.

Mark se inclinó hacia atrás en la silla, dejando escapar un silbido.

«Vaya… esto cambia por completo el tono de la noticia. No es lo mismo decir delincuente huida que persona desaparecida. James exageró, como siempre. Y Ryan Short… ese nombre suena a un hombre con demasiados recursos y poca moral».

—Le agradezco la franqueza, inspector —dijo Mark—. Entonces, ¿cree que no hay nada que temer de esta mujer?

—Lo que creo —respondió Méndez con voz grave— es que si realmente está en su pueblo, déjela tranquila. No hay delito que perseguir y es una buena persona.

Mark colgó despacio, frotándose el puente de la nariz.

«Tengo una decisión complicada. Si no publico nada, James se pondrá como loco. Pero si publico la noticia con lo que sé ahora, corro el riesgo de difamar a alguien que, en realidad, no ha hecho nada malo».

Apoyó los codos en la mesa, mirando fijamente la pantalla.

«La pregunta es: ¿qué historia quiero contar? ¿La de un chisme barato… o la verdad?».

La noche que eligió quedarse

La casa de Clive apareció entre los pinos como una promesa. Aparcó junto al porche y, antes de que el motor terminara de apagarse, Laura ya sentía en la garganta el latido acelerado de la ilusión. Habían compartido verdades, café y risas en casa de Emily; ahora quedaban ellos dos, sin testigos y sin máscaras.

Clive abrió su puerta, rodeó el coche y le tendió la mano. Ella la tomó. El contacto, tibio y firme, le subió por el brazo como una suave corriente.

—Estás preciosa —murmuró, casi pegado a su oído.

Ella se rio, con esa risa que a él le desordenaba el mundo. Cruzaron el umbral y Clive empujó la puerta con el talón. Sonó el clic de la cerradura. Ese sonido, mínimo, fue una chispa.

Se quedaron un segundo inmóviles, muy juntos, sintiendo el aliento del otro. La cálida luz del salón derramaba ámbar sobre la madera. Laura apoyó la espalda en la puerta. Clive estaba a un palmo, sin tocarla aún, como si quisiera aprender de memoria la imagen de su rostro.

«Bésame», pensó ella, con una súplica dulce que no llegó a pronunciar.

Y él escuchó su silencio. La besó.

No fue un asalto, pero tampoco una tímida caricia. Fue un beso pleno y profundo, que empezó en los labios y se extendió con el juego de sus lenguas. Laura notó cómo se le aflojaban las rodillas y lo agarró por la cazadora, acercándolo más. Clive la sostuvo por la cintura, la elevó un poco y la apoyó con suavidad contra la madera.

—Te he echado de menos, incluso cuando estabas a mi lado en la mesa —dijo él, ronco.

—Yo llevo años esperándote —susurró ella, y se ruborizó al oírse.

Clive sonrió, acentuando ese precioso hoyuelo en la mandíbula.

La volvió a besar, con más intensidad. Laura apartó la cabeza, para tomar aire, y él desplazó sus besos por la comisura de sus labios, su cuello y el hueco bajo la oreja. Ella cerró los ojos. «Esto… esto sí es mío», pensó, y la idea estremeció su bajo vientre.

Clive se apartó un paso.

—No pienso tenerte siempre aquí, atrapada —dijo con la voz entrecortada—. Estás muy sexi. Quiero verte cruzar mi salón.

—¿Así? —preguntó ella, soltándose de él y rescatando una traviesa chispa que ni recordaba.

Se deslizó de la puerta y caminó lenta hacia el centro de la estancia. Mientras la miraba, Clive encendió el equipo de música y una guitarra empezó a sonar. Laura dejó el bolso en la consola, se volvió y, sin apartar su mirada, señaló el sofá, para que él se sentara.

Clive obedeció, riéndose. Ella se subió al sofá, de rodillas, y se acomodó a horcajadas de cara a él, sobre él, con la falda rozándole los muslos.

—Quiero que me mires —le dijo.

Llevó las manos a sus pechos y se acarició. Se le escapó un suspiro. El hecho de que él la mirara, la excitaba más de lo que suponía. Notó, en el vértice de sus piernas, el bulto que se había formado en su pantalón y que ya rozaba su parte más íntima.

Laura le enmarcó la cara con ambas manos y volvió a besarlo. Empezó a mover sus caderas hacia él, buscando la maravillosa fricción de sus sexos. Ella marcó el ritmo, lenta y audaz.

«¿Quién soy?», se preguntó, asombrada de sí misma, y la respuesta le llegó como una revelación: «Soy la mujer que siempre quise ser».

Sus caderas friccionaban las de Clive, y el sensual balanceo arrancó un gemido a ambos. Ella sonrió contra su boca.

—¿Sabes lo que más me excita? —dijo él, al borde de un suspiro—. Que te gusta jugar y eres muy delicada.

—Y tú eres fuerte, pero puedes seguir siendo tierno.

Él deslizó las manos por su espalda y sujetó sus glúteos, acercándola a él. Mientras la música los mecía, Laura arqueó el cuerpo. La pasión fue creciendo, pero ninguno parecía querer precipitarla.

Clive llevó una mano al interruptor de la lámpara que había junto al sofá y la apagó. La luz de la chimenea reinó en la habitación, que se quedó en penumbras. Se levantó, con Laura en sus brazos, y ella jadeó, sorprendida. La posó en la alfombra, frente al fuego, y se sentó a su lado.

—Laura… —susurró él, como si decir su nombre fuera un cuidado.

Ella apoyó la frente en la de él. La respiración de ambos se acompasó. Suavidad. Tiempo. Mano y piel. Los besos se hicieron pausados, reverentes. Clive se desabrochó la hebilla de su cinturón y lo dejó a un lado, como quien quita un ruido al silencio. Ella, templada y resuelta, le desató los botones de su camisa. Llegó al tercero y se detuvo, jugando.

—Me gusta descubrirte poco a poco —dijo.

—Me encanta que lo hagas —contestó él.

Cuando la camisa cayó, Laura pasó la yema de los dedos por el pecho de Clive, como leyendo un mapa que le pertenecía. Él cerró los ojos. «Hace años que nadie me toca así», pensó, abrumado por una ternura que ya no recordaba. Le besó la muñeca, la palma, el pliegue del dedo índice. Laura tembló, como si aquellas atenciones la devolvieran a la vida.

Cuando él, con una paciencia infinita, le bajó la cremallera del vestido, este resbaló por sus hombros. No hubo prisa, ni precipitación, sino calma y suavidad. Laura se cubrió un instante, por puro pudor, y Clive le apartó las manos con un gesto lento.

—Eres preciosa y quiero verte —dijo, como si afirmara un hecho—. Eres todo lo que he soñado desde que he vuelto a estar solo.

Las palabras le atravesaron la piel. «Estoy a salvo junto a él», se dijo Laura por dentro. Lo besó con la gratitud de quien vuelve a casa. Rodaron juntos sobre la alfombra, con la música, el fuego, y la sombra de sus perfiles en la pared.

—Clive… —su voz fue un hilo—. Te deseo.

—Yo también —respondió—. Y te prometo que nunca voy a tener prisa contigo.

Se despojaron mutuamente de las prendas que les quedaban sobre la piel, y la desnudez hizo acto de presencia.

Laura lo tumbó sobre la alfombra y se convirtió en su amazona. Ella fue quien guio sus sexos para que se encontraran. Lanzó un fuerte quejido al sentirse llena de él, y la estancia se inundó de los gemidos de ambos.

Empezó a cabalgarlo. Él la dejó hacer, atento a cada gesto, a cada respiración. Los susurros se volvieron un lenguaje y la urgencia que habían sentido en el umbral de la puerta regresó, esta vez en el salón.

Ella aceleró sus movimientos y él respondió con quejidos de placer. En apenas unos minutos, explotaron a la vez y pasaron del vértigo del momento a la laxitud tras el compartido placer.

Apenas sus respiraciones se normalizaron, él la alzó de nuevo.

—Vamos —dijo, con un brillo en los ojos—. Quiero que me recuerdes en todas las habitaciones de esta casa.

—Te voy a recordar hasta en los silencios —contestó ella.

Atravesaron el pasillo y entraron en el dormitorio. La sábana se abrió como una ola. Se tumbaron de lado, frente a frente, y volvieron a empezar, como si el deseo fuera un círculo que solo podía recorrerse a base de nuevas caricias.

Las manos de Clive encontraron la curva exacta de su cintura; las de Laura abrazaron su espalda. Los besos se multiplicaron: la frente, los párpados, la comisura, el hueco del hombro. Hubo palabras entrecortadas: «qué bien…», «sí…», «aquí…». Sus suspiros

se respondieron, mientras sus alientos se mezclaban. Cada vez que ella se tensaba, él aflojaba; cada vez que él aceleraba, ella marcaba el paso. La música, casi inaudible, llegaba como un latido desde el salón.

Y, cuando estuvieron de nuevo al borde de lo inevitable, se sonrieron en la oscuridad, entendiéndose sin decirlo. No hicieron falta explicaciones, ni atajos. La entrega fue completa, intensa, lenta. Se buscaron y se encontraron. Se amaron.

El clímax de ambos llegó impetuoso, profundo, compartido, con esa sensación de caída y vuelo a la vez. Laura pronunció su nombre, en un susurro que a él le pareció una bendición, y Clive le besó la frente, rendido, con una gratitud que humedeció sus ojos.

Se quedaron tendidos en silencio, respirando, con el pulso acelerado.

«Nunca me he sentido así… ¡nunca!», pensó Laura, con una sensación en el pecho que no podía ignorar.

«He vuelto a ser yo. A amar a una mujer», pensó él, y se apretó a ella con cuidado, como quien protege algo de inmenso valor.

—Me da miedo acostumbrarme a esto —dijo ella al fin, ronca de felicidad.

—Y a mí —sonrió él—, pero pienso acostumbrarme cada noche.

Ella se rio, escondiendo la cara en su cuello. Acarició la línea de su mandíbula y rozó el hoyuelo que ya era suyo. Él le apartó el pelo de la sien y la miró largo y tendido, como si quisiera grabar en su mente su precioso rostro.

—Soy tuyo —dijo.

—Soy tuya —confirmó.

Y el resto de la noche, entre sábanas y pausas, entre besos y susurros, fue una sucesión de regresos. Volvieron a la alfombra, para beber agua y reír por cualquier tontería frente al fuego, y regresaron a la cama para encontrarse de nuevo, sin prisa, con esa ardiente

calma que solo tiene quien ha encontrado a la persona que necesitaba.



Capítulo 9

El eco del rumor

Lunes

El despacho de Mark Harrison estaba sumido en penumbras, apenas iluminado por la luz que entraba desde la calle. El periodista repasaba sus notas con gesto serio. Frente a él, la libreta estaba llena de nombres, flechas y tachaduras.

«No puedo soltar esto tal cual. Hay demasiados cabos sueltos», pensó, pasando la mano por el cabello.

En lugar de escribir la noticia que James esperaba, se había dedicado a investigarla, y el resultado era claro. El nombre real de la camarera del Maple & Ivy Café no era «Laura Adams», pero tampoco existía ese oscuro pasado con el que James y ese hombre rubio que lo abordó parecían empeñados en ensuciarla. Y todo nacía del mismo motivo: el despecho.

Recordó el bofetón en público… «¡Claro que James querría vengarse!», pensó. Y en cuanto a ese otro tipo, que suponía que debía ser el tal Ryan Short, parecía movido por algo mucho más oscuro.

Había material para un escándalo, pero Mark no era un inconsciente. Antes de publicar, necesitaba certezas. Y, en esa pausa, cometió el error.

Mientras se tomaba un café en un bar de Main Street, con un conocido de toda la vida, dejó escapar una frase de más. Le comentó que la camarera del Maple & Ivy Café no era quien decía ser.

Lo que empezó como una confidencia, se transformó en un rumor que voló por Cold Spring con la rapidez de un incendio en el bosque.

Una hora después, Dori, mientras paseaba por la calle, dado que el bar no abría los lunes, ya había escuchado comentarios entre las clientas del bar, y Emily recibió la inquietante noticia de una vecina. Al momento, consciente de lo que Laura les había revelado, supo que debía hablar con Clive.

—Clive, algo está pasando —le dijo Emily, con tono grave—. En el pueblo se está hablando de Laura, de que no es quien dice ser, y no me gusta lo que oigo. Dicen que lo ha comentado Mark Harrison, el periodista.

Él escuchó en silencio, pero se llenó de furia.

«Alguien está intentando hacerle daño».

Inmediatamente, se acercó al despacho del periodista. Cuando abrió la puerta, la figura de Clive llenó el marco con una presencia que hizo que el murmullo en la redacción desapareciera. Se dirigió directo al escritorio de Mark.

—Necesito un nombre —dijo con voz baja, pero tan firme que no dejaba margen a evasivas—. ¿Quién te ha dicho esas mentiras?

Mark tragó saliva.

—Clive… no he publicado nada. Solo he investigado el tema, pero sé que cometí un error al decírselo a alguien —comentó, preocupado—. Llamé al inspector Méndez y me aclaró que todo era una farsa, pero lo cierto es que… fue James Madison quien me habló de todo eso.

Los ojos del sheriff se entrecerraron.

—¿Y James de dónde lo ha sacado?

El periodista dudó, jugando con el bolígrafo entre los dedos, hasta que finalmente respondió:

—Me dijo que se lo había contado un desconocido. Alto, rubio, con los ojos azules.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier palabra. Clive se irguió, con el gesto endurecido.

«Ryan Short. Ese bastardo ya está aquí».

Se giró sin despedirse y salió de la redacción con paso rápido. La urgencia lo quemaba por dentro. Tenía que hablar con Laura cuanto antes. No podía permitir que ella se enterase por boca de nadie.

Lo primero que hizo Clive al enterarse del rumor y salir de las oficinas del periódico, fue coger el teléfono y marcó el número de la comisaría central de Putnam.

—Morgan, soy yo —dijo sin rodeos.

Al otro lado, la voz de Richard Morgan, grave y curtida por los años de servicio, sonó inmediata.

—¿Qué ocurre, sheriff?

Clive apretó los dedos contra el borde de la mesa.

—Necesito que busquéis todo lo que tengáis sobre un tipo llamado Ryan Short. Cualquier cosa: antecedentes, infancia, familia, relaciones, negocios, amistades… todo.

Richard chasqueó la lengua.

—¿De dónde es ese sujeto?

—Boston. Tiene una empresa de reciclaje. Y escucha, Richard: sé que está en la zona. Quiero que rastreéis todos los hoteles y moteles en cincuenta kilómetros a la redonda. Si ha reservado con su nombre o con otro, quiero saberlo. Y lo necesito para ayer.

Hubo un silencio breve. Luego, la voz firme del sargento.

—Entendido, sheriff. Movilizaré al equipo.

Colgó, respirando hondo.

«Ese cabrón está aquí, y no pienso dejar que la toque otra vez».

Tomó las llaves y salió hacia la casa de Laura.

* * *

El camino hasta la vivienda se le hizo eterno. Aparcó frente a la casa y permaneció unos segundos al volante, observando la fachada.

«Ella no lo sabe. Y cuando se lo diga… el miedo volverá a sus

ojos».

Golpeó suavemente la puerta. Laura apareció al instante, pero su sonrisa se desdibujó nada más ver su expresión.

—Clive… Buenos días. ¿Qué ha pasado?

Él no contestó de inmediato. La miró, intentando grabar en su memoria aquella imagen: su melena castaña recogida en un moño improvisado, la camiseta sencilla que dejaba ver la delicada curva de sus clavículas, los ojos color avellana, que buscaban respuestas.

—Necesitamos hablar —dijo, con voz grave.

Ella asintió y lo dejó pasar. El salón olía a jazmín y a café reciente. Se sentaron en el sofá, frente a frente.

—Ha pasado algo —susurró Laura—. Lo noto en tu cara.

Él sostuvo su mirada, sin apartarla ni un milímetro.

—Sí. Han empezado a correr rumores por el pueblo. Mark Harrison, un periodista del periódico del pueblo, ha comentado cosas sobre ti. James Madison le dio una información, porque alguien se la sopló al oído.

Al oír mencionar al idiota de James, ella frunció el ceño y se llevó una mano al pecho.

—¿Alguien?

Clive asintió.

—Un tipo alto, rubio, ojos azules…

Ella se quedó inmóvil. La respiración se le entrecortó, como si el aire hubiera desaparecido de repente.

—Ryan… —dijo en un hilo de voz.

Clive inclinó el cuerpo hacia delante, tomándole las manos con fuerza.

—Escúchame bien, Laura. Ya he puesto a mi gente a buscarlo y lo tendremos localizado pronto. Pero necesito que entiendas que no pienso dejar que vuelva a hacerte daño.

Un temblor recorrió su espalda.

«¿Y si es demasiado tarde? Eso significa que ya me ha encontrado».

Ella bajó la mirada, pero Clive le levantó suavemente el mentón con un dedo.

—Laura, mírame. Mientras yo respire, ese hombre no volverá a tocarte.

Las lágrimas asomaron en los ojos de ella, aunque logró contenerlas.

—No sabes de lo que es capaz… —murmuró.

Él se inclinó un poco más, hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—Entonces que lo intente. Aquí no te hará nada. No mientras yo esté a tu lado.

El silencio estuvo cargado de todo lo que ninguno se atrevía a decir. Afuera, el viento agitó las ramas contra la ventana, como un eco lejano de la amenaza que se cernía sobre ella.

El eco del miedo

El sonido del motor del coche de Clive se fue apagando en la distancia, hasta que solo quedó el silencio en la casa. Laura se quedó inmóvil, abrazándose a sí misma en medio del salón. La tenue luz de la lámpara proyectaba sombras alargadas en las paredes, como si el miedo hubiera adquirido formas propias.

«Ya me ha encontrado. No sé cómo, pero lo ha hecho».

Su respiración se volvió entrecortada. En su mente apareció la imagen de aquel desconocido del restaurante, observándola demasiado tiempo, y luego, en el evento comunitario, con esos mismos ojos que parecían reconocerla.

«Seguro que le llamó. Seguro que fue él quien le dijo dónde estaba. Ryan nunca pediría ayuda a nadie… salvo que estuviera desesperado».

La inquietud de estar acorralada volvió a ahogarla. Se dejó caer en el sofá y cerró los ojos. Las imágenes de su pasado irrumpieron con violencia. El rostro de Ryan, deformado por la rabia, se mezcló con los recuerdos de los libros sobre maltrato que había leído en secreto mientras estudiaba psicología a escondidas.

Sabía que todo seguía un patrón. Lo había estudiado, y ella lo había vivido.

«Primero vienen las reacciones hostiles. Una mirada fría, un gesto de desprecio, una velada amenaza disfrazada de broma. Después, cuando la tensión ya no se puede sostener, llega la explosión. El golpe, la humillación, la violencia desatada. Y entonces… la mal llamada «luna de miel». Las lágrimas, las promesas, el «te necesito», el «voy a cambiar». Flores y caricias fingidas. Un círculo perfecto del que nadie te avisa que no se puede salir ilesa».

Recordó la primera vez que Ryan la empujó contra la pared, con los ojos desorbitados y la voz convertida en un grito de odio. Después vinieron las súplicas, los juramentos de amor eterno, el

perfume de los ramos de flores que dejaba sobre la mesa.

«Y yo, estúpida, siempre acababa creyendo que podía salvarlo. Que mi amor bastaba».

Con el tiempo, esas fases de arrepentimiento desaparecieron. No hubo más perdón. Ni promesas. Solo la cruda violencia ejercida como si fuera un derecho.

Laura se encogió en el sofá, con los brazos rodeando sus rodillas. Tres veces había necesitado asistencia médica, una de ellas por violación. Tres veces había sentido que su cuerpo no le pertenecía. Y, aunque los médicos la advirtieron, nunca se atrevió a denunciar.

«El miedo era más fuerte que yo. El miedo, y la certeza de que nadie me creería».

Se llevó las manos a la cara. El recuerdo del zócalo de la casa de su abuela le vino a la mente. Esos setenta y seis mil dólares escondidos, el dinero que le permitió escapar y comprar su libertad. Una libertad que ahora volvía a estar en peligro.

El corazón le latía con fuerza, como si quisiera abrirse paso a golpes en su pecho.

«Clive dice que me protegerá. Pero, ¿cómo se protege a alguien de un hombre que ya lo ha destruido todo una vez?».

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. El eco del miedo era tan real que sintió que Ryan estaba en esa misma habitación, respirando a su lado.

Voces en la línea

Mark Harrison aún tenía el pulso acelerado tras la visita de Clive. Había intentado retomar el trabajo, pero, frente a él, el papel en blanco se le antojaba un muro infranqueable. El timbre del teléfono lo sacó en seco de sus pensamientos.

Al mirar el identificador, frunció el ceño.

«James Madison… Lo que me faltaba».

Descolgó con desgana.

—Harrison, ¿se puede saber qué diablos haces? —la voz de James le llegó cargada de furia, como un disparo al otro lado de la línea—. Te puse en bandeja una información y no has publicado nada.

Mark se reclinó en la silla, apretando el auricular contra la oreja.

—Porque no había nada que publicar, James —replicó, manteniendo la calma—. Lo que me diste no era una noticia, James. Era un falso rumor.

—¡No me tomes por idiota! —bramó él—. Mi padre no va a tolerar que encubras a esa mujer. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz, y será mejor que estés en el lado correcto cuando ocurra.

Mark arqueó una ceja, mirando sus temblorosas manos.

«El lado correcto… ¿o el lado de tu familia y sus tejemanejes, James?», pensó.

—Escúchame bien —dijo, bajando la voz hasta hacerla tan cortante como una navaja—: esa orden de busca y captura ya no existe. Ayer hablé con el inspector Méndez y lo de Boston fue una denuncia falsa, fabricada para complacer a un tal Ryan Short.

Hubo un silencio incómodo al otro lado.

—¿Qué demonios estás diciendo? —espetó James, aunque su tono era menos firme.

—Lo que oyes. No pienso ensuciar mi periódico con basura, ni aunque me lo pida el mismísimo alcalde.

El bufido de James resonó por la línea.

—Clive ya ha hablado contigo, ¿verdad? Ese sheriff entrometido…

Mark apretó los dientes.

—Sí. Y te aviso, James. Lo más probable es que se presente en tu casa para pedirte explicaciones. Te sugiero que vayas preparando una respuesta convincente, porque no se ha tomado bien saber que la información partía de ti.

La agitada respiración de James fue lo único que se oyó durante un instante. Después, colgó de golpe.

Mark dejó el auricular sobre la base y se pasó una mano por la cara.

«Esto se complica. Y yo estoy en una guerra que nunca he buscado».

El eco de las palabras de Clive aún lo perseguía: «Mantente al margen, Harrison, o esto te estallará en la cara».

Tomó una decisión. Debía enmendar su error.

Huellas en la sombra

El coche de Clive avanzaba por la estrecha carretera que conducía hacia la casa de los Madison. El motor rugía con firmeza, pero su cabeza era un torbellino de pensamientos.

«James va a darme respuestas… aunque tenga que sacárselas a la fuerza».

El teléfono vibró en el asiento del copiloto. Al ver el nombre en la pantalla, contestó sin dudar.

—Dime, Richard.

La voz grave y curtida de su compañero llenó el coche.

—Clive, he estado investigando a Ryan Short, en los archivos. Y lo que he encontrado no pinta nada bien.

Clive apretó con fuerza el volante.

—Habla.

—De niño sufrió maltrato severo por parte de su padre. Vecinos y servicios sociales lo registraron en varios informes, aunque nunca se le retiró la custodia. Adolescencia problemática: peleas, arrestos menores, y un par de detenciones. Más tarde, heredó la empresa de reciclaje en Boston… pero hay más manchas que luces. —Richard bajó un poco la voz—. Consta que hubo dos denuncias por maltrato a mujeres, aunque ya hace años. En ambos casos, las víctimas retiraron la acusación, pero los informes permanecen archivados.

Clive sintió una helada punzada recorrer su espalda.

«Sabía que era un cabrón, pero no hasta este punto».

—Sigue.

—La compañía ha tenido varias inspecciones por fraude, blanqueo y conexiones con negocios ilegales. Nada probado del todo, pero… ya sabes: el humo siempre indica fuego —comentó Richard—. Y hay más: hemos encontrado una reserva en un hotel de Putnam. Estuvo allí la pasada noche, pero hoy ha dejado la habitación. Estamos revisando facturas y cámaras de seguridad,

pero de momento no hemos dado con su paradero.

Clive frunció el ceño.

—¿Tienes algo que pueda ayudarnos a reconocerlo?

—Sí. Hemos tirado de las bases de datos. Conduce un Chevrolet Suburban negro, matrícula de Massachusetts. Además, tenemos varias fotos recientes en los registros: rubio, ojos azules, 1,88 de estatura, complexión fuerte. Te envío el dosier completo a tu correo y al móvil.

Clive soltó un resoplido y clavó la mirada en la línea blanca de la carretera.

«Con razón Laura temblaba cada vez que decía su nombre».

—Quiero que pongas a todos en alerta. Revisa cámaras, estaciones de servicio, busca cualquier maldito rastro. Y Richard… —dijo en un tono muy serio— si aparece en nuestra jurisdicción, quiero saberlo antes que nadie.

—Entendido. Te llamaré en cuanto tenga algo.

Clive colgó y lanzó una mirada al horizonte. La casa de los Madison ya se veía a lo lejos.

«Primero James, luego Ryan. Uno por uno. Y si ese cabrón ha venido a Cold Spring a por ella… tendrá que pasar por encima de mí».

La confrontación

La mansión de los Madison parecía más un escenario teatral que un hogar. El alcalde había heredado aquella casa de su padre, y cada cornisa, cada cortina y cada cuadro mostraba un aire de solemnidad. Clive cruzó el jardín con paso firme, el sonido de sus botas resonaba sobre la grava. Llamó al timbre, y el eco metálico se propagó por el interior de la mansión.

James apareció, pero su altiva sonrisa le duró apenas un par de segundos, hasta que vio la expresión de Clive.

—Vaya, el sheriff en persona —dijo con cinismo, cruzándose de brazos—. ¿Vienes a tomar el té con mi padre o a hacerme alguna de tus absurdas preguntas?

Clive no pestañeó. Su mirada era hielo.

—Sabes muy bien a qué he venido. Quiero que me hables de ese hombre con el que te reuniste. Rubio, alto, ojos azules. Se hace llamar Ryan Short.

James se removió, intentando mantener la compostura.

«Maldita sea… ¿cómo demonios sabe tanto este policía?»

En ese instante, el alcalde apareció desde el salón, impecable con su traje gris.

—¿Qué significa esta intromisión en mi casa? —preguntó, con voz solemne—. No voy a permitir que intimide a mi hijo en su propio hogar.

Clive giró la cabeza lentamente, y sus ojos se clavaron en los del hombre.

—Señor alcalde, esto no es una intromisión. Es una investigación. Y si su hijo tiene tratos con un individuo con denuncias por maltrato y negocios turbios, no pienso mirar hacia otro lado.

James soltó una seca carcajada.

—Ese tipo solo vino a hacerme unas preguntas. Solo me dijo

que buscaba a alguien. Si insinúas que yo tengo algo que ver con tu protegida… estás más ciego de lo que parece.

Clive se inclinó hacia él, reduciendo la distancia entre ambos.

—Sé muy bien, qué mujer buscas ridiculizar, James. Y no necesito insinuar nada: me basta con verte perder los nervios.

El joven se mordió el labio, inquieto.

«No puedo dejar que se entere de lo que Ryan me dijo. Si hablo de más, será mi ruina».

Con un tono chulesco, intentó recuperar el control.

—Lo único que sé es que tu adorada Laura me abofeteó delante de todo el bar. Una histérica, así de claro.

La mandíbula de Clive se tensó, y sus ojos chispearon de rabia contenida. Ella no le había dicho nada de eso.

—Hay que ser muy miserable para provocar que una mujer haga eso en público —replicó, con voz grave—. Ya me enteraré de por qué reaccionó así, pero más te vale no acercarte nunca más a ella.

El silencio se hizo espeso. El alcalde dio un paso al frente, intentando imponerse.

—Esto es una advertencia, inspector: no le tolero que venga a mi casa a amenazar a mi hijo.

Clive enderezó los hombros, imponente.

—No es una amenaza. Es una promesa. Si vuelve a molestarla, será conmigo con quien tenga que tratar.

El ambiente era sofocante. Pese a la fachada de seguridad, James tragó saliva. Sus manos sudaban.

«Ese cabrón va en serio…».

Clive se dio media vuelta, y salió de allí. Mientras se sentaba en su coche, su mente ya estaba trazando un plan para protegerla.

«Ryan está cerca. No le daré la oportunidad de volver a tocarla».

Regresó a la comisaría de Cold Spring y organizó refuerzos: cámaras discretas alrededor de la casa de Laura, patrullas de ronda por la zona y un control informal en las entradas del pueblo. La orden era clara: ojos y oídos atentos, sin alarmar a la población.

Laura aún no lo sabía, pero, desde esa misma noche, Cold Spring se había convertido en un tablero de ajedrez donde cada movimiento estaba vigilado.

La verdad en tinta

El cálido sol de aquel día de diciembre bañaba las calles de Cold Spring con una engañosa calma. Laura, tras haber oído de labios de Clive lo que se comentaba en el pueblo y conocer el origen de aquel bulo, apenas había logrado apartar de su mente la sombra de Ryan. Su pecho ardía con el mismo miedo de siempre, ese que nunca terminaba de irse.

El timbre de la puerta la hizo sobresaltarse. Al abrir se encontró frente a un hombre que no conocía y se puso a la defensiva. Tenía el rostro pálido y llevaba una carpeta en la mano.

—Hola, Laura. Soy Mark Harrison y necesito hablar contigo —dijo sin rodeos, en un tono de voz que sonó a súplica.

Laura frunció el ceño. Reconoció el nombre. Era el periodista que había comentado la mentira sobre su pasado.

—Si vienes a disculparte… ya es tarde.

Mark bajó la mirada.

—Lo sé. He cometido un error. Nunca debí comentar nada sobre de ti, pero me equivoqué y quiero enmendarlo. He preparado un artículo. Es un desmentido… en realidad, más que eso. Es la pura verdad. —Alargó la carpeta hacia ella—. Léelo, por favor.

Laura lo tomó con manos temblorosas y se sentó en el sofá del porche. Abrió la carpeta y, en la primera página, con tipografía grande, leyó el título.

Edición especial de Cold Spring Gazette

La mujer que buscaba libertad

Por Mark Harrison

«Durante unas horas, Cold Spring se ha llenado de rumores. Rumores que hablaban de delitos, de huidas, de secretos. Pero detrás de esos susurros hay una mujer de carne y hueso: Laura Adams.

Lo que se ha contado de ella no es más que una cruel distorsión de la realidad. Según la confirmación de fuentes policiales de Boston, no estamos ante una fugitiva ni ante una delincuente. La auténtica verdad es que nos encontramos ante una mujer valiente que sobrevivió al infierno del maltrato.

Laura no huyó de la justicia. Huyó del miedo. Del control. De los golpes que la llevaron al hospital en más de una ocasión. De la constante humillación y de la violencia psicológica que, inevitablemente, deja invisibles heridas.

Cuando llegó a Cold Spring, no lo hizo para engañar a nadie. Lo hizo para recomponer los pedazos de su vida. Para respirar sin sobresaltos, e intentar confiar en que la calma aún era posible.

Quienes hoy la juzgan, sin saber la realidad, deberían recordar que no es ella la que debe explicaciones, sino quienes la hicieron sufrir.

Cold Spring siempre ha sido un pueblo que se enorgullece de su comunidad, de sus valores, de su empatía. Y hoy tiene, tenemos, la oportunidad de demostrarlo.

Laura no necesita ser señalada, sino apoyada. Y si algo nos define como pueblo es nuestra capacidad de tender la mano al que lo necesita.

Esta es la verdadera historia. Y es hora de que dejemos de lado los rumores para darle a Laura lo que vino a buscar: paz y un lugar donde vivir sin miedo».

Las letras se volvían borrosas a medida que Laura leía. El papel temblaba entre sus manos. Una lágrima rodó por su mejilla, luego otra, hasta que el llanto fue incontenible.

—No… no puedo creerlo… —susurró, cubriéndose el rostro con las manos.

Mark se inclinó hacia ella, y utilizó un tono de voz más suave que nunca.

—Sé que esto no repara el daño que te he hecho, Laura, pero

quería que las cosas quedaran claras. Se publicará en una hora, en una edición especial. Ahora la gente sabrá quién eres de verdad.

Laura levantó la mirada, con los ojos inundados de lágrimas.

«Por primera vez alguien me defiende sin pedírselo. Por primera vez no tengo que justificarme».

—Gracias, Mark… —su voz se quebró—. No sabes lo que esto significa para mí.

El periodista asintió, conteniendo su propia emoción.

—Te lo debía. Y siento mucho mi error.

* * *

A media mañana, la edición especial del Cold Spring Gazette, con la noticia en primera página y grandes titulares, se agotó en menos de una hora. En las cafeterías, en las tiendas, en cada esquina del pueblo, no se hablaba de otra cosa. La mujer de la que se murmuraba a escondidas, se había convertido en el símbolo de una silenciosa lucha que todos comprendían demasiado bien.

En cada bar del pueblo, un ejemplar doblado descansaba sobre la barra.

Emily compró su ejemplar y fue a su tienda para leerlo. Con lágrimas en los ojos, se dijo en voz baja:

—Valiente… eres una mujer muy valiente, Laura.

Laura, desde el porche de su casa, veía a los vecinos levantar la mano para saludarla. No había reproches en sus gestos, solo calidez. Y, por primera vez desde que huyó, sintió que el peso del estigma se desmoronaba.

«Quizás aquí sí pueda tener una segunda oportunidad. ¡Y quiero tenerla!».

El depredador en la sombra

Ryan había calculado cada movimiento. Había dejado su coche en Putnam, en un aparcamiento discreto que había junto a un motel de carretera. Sabía que Laura lo conocía demasiado bien como para arriesgarse a circular con él por Cold Spring. Había decidido alquilar un Land Rover oscuro, robusto, un vehículo que pasaría inadvertido en las carreteras de la zona rural.

«No vas a reconocerme, Laura. Y cuando quieras reaccionar… ya será demasiado tarde».

Entró en un bar de las afueras. Pidió un café cargado y sus ojos se toparon con el periódico que reposaba sobre la barra. Lo cogió con fingida indiferencia. Lo primero que vio fue el titular, y, a medida que avanzó en la lectura, el pulso se le aceleró.

El artículo hablaba de ella. Del maltrato. De él.

Sus manos se crisparon en torno al papel y lo tiró sobre la barra, con rabia.

—¡Mierda! —bufó en voz baja, atrayendo la mirada curiosa del camarero, que enseguida apartó los ojos.

«¿Así que ahora eres una víctima ejemplar, Laura? ¿Así que te atreves a hablar de mí? Vas a pagar por esto. Y no será como antes. Esta vez no habrá perdón, no habrá reconciliación. Solo castigo».

Apuró el café de un trago, dejando la taza con un golpe seco sobre el platillo, y salió con paso firme. Necesitaba trazar un nuevo plan. Más rápido. Más violento. Aunque eso supusiera exponerse.

Condujo el Land Rover hasta las afueras del pueblo y aparcó donde nadie prestaría atención. Luego caminó hasta las calles residenciales. Se detuvo en una esquina, con las manos en los bolsillos, y se quedó observando.

* * *

No tuvo que esperar demasiado hasta que la vio. Laura salía de su

casa, con un abrigo, la melena castaña cayendo sobre sus hombros y aquellas ridículas gafas. Caminaba tranquila, sin sospechar que unos ojos seguían cada uno de sus pasos.

«Ahí estás, preciosa… Te reconozco a pesar de tu disfraz. Creías que Cold Spring te salvaría, pero no hay lugar donde puedas esconderte de mí».

La siguió a prudente distancia, mezclándose con la gente. Vio cómo, a un par de manzanas de allí, entraba en otra casa. Dos niñas pequeñas salieron corriendo para recibirla, riendo y abrazándose a sus piernas.

Ryan se quedó inmóvil, sorprendido.

«Esas niñas… ¿Quiénes son? ¿Qué demonios haces aquí, Laura? ».

El desconcierto le duró apenas unos segundos. Luego, una cruel sonrisa se dibujó en su rostro.

«No importa. Si esas crías significan algo para ti… aún mejor».

Entonces pensó que, casi con seguridad, necesitaría el coche cuando ella saliera de allí. Se acercó a buscarlo y lo aparcó a unos cien metros de la casa. Se sentó en la terraza de un bar cercano. Desde allí tenía una visión perfecta de la entrada del domicilio. Pidió una cerveza, fingiendo tranquilidad, pero cada músculo de su cuerpo ardía de impaciencia.

—Esperaré —murmuró para sí, con la voz cargada de odio contenido—. Cuando salgas… decidiré cómo recordarte quién tiene el control.

Cruzó las piernas y se recostó en la silla. Encendió un cigarrillo. El humo se elevó en finas espirales, mientras sus ojos no se apartaban ni un segundo de la puerta.

«No podrás huir. Ya no».

El nombre que duele

Las niñas corrían de un lado a otro con esa energía inagotable que parecía llenar cada rincón de la casa. Laura las miraba mientras reía, y por un momento casi olvidó que el miedo la estaba devorando por dentro.

—¡Tía Laura, ven! —exclamó Emma, con la corona torcida sobre la frente.

Laura se detuvo un instante. La palabra le golpeó con ternura y dolor a la vez.

«No soy su tía… pero tampoco quiero corregirlas. Ellas me miran con tanto cariño… y yo necesito tanto este calor».

Se arrodilló en la alfombra y las niñas se lanzaron a su cuello, rodeándola con sus brazos menudos. Se dejó abrazar, cerrando los ojos.

«Si alguna vez llego a sentirme en paz, quiero que sea así. Rodeada de amor, no de miedo».

El teléfono vibró en la mesa auxiliar. El nombre en la pantalla hizo que el corazón le diera un vuelco: Clive.

—Hola… —respondió con un hilo de voz.

—Laura —la voz grave de él sonaba firme, aunque cargada de una tensión que intentaba disimular—, necesito preguntarte algo. Sé que no es fácil, pero confío en que lo recuerdes y me lo digas con franqueza.

Ella apretó los labios, sin saber a qué se refería.

—Lo intentaré…

—Las visitas al hospital, cuando te agredió. ¿Recuerdas cuándo fueron?

El aire se le atascó en la garganta. Tragó saliva.

—Fueron tres veces, pero no recuerdo las fechas. Una en primavera, después de un… accidente. En verano, otra vez. Y… —

calló, sintiendo cómo el recuerdo le quemaba en la piel.

—¿Y? —insistió Clive a través del teléfono, con voz suave, pero cargada de una fuerza que no admitía evasivas.

—El uno de noviembre —dijo al fin, con un temblor en la voz—. Ese día no puedo olvidarlo. Era mi cumpleaños… y acabé en urgencias.

El silencio de Clive fue rotundo.

«Dios… ¿cómo pudo vivir todo esto sola?».

—Gracias, Laura. Era lo que necesitaba para avanzar con la orden. Te prometo que no habrá sido en vano.

Ella cerró los ojos, apretando la frente contra la pequeña cabeza de Sophie, que se había acurrucado en su regazo.

«Si confío en alguien, es en él, pero… ojalá no tuviera que remover este infierno».

Clive colgó y, unas horas después, con la orden judicial en la mano, recibió un correo del hospital de Boston. Lo abrió de inmediato.

Las páginas eran un inventario de dolor. Cada informe describía golpes, contusiones, incluso desgarros vaginales… Ver eso le hizo apretar los puños con rabia. Contusión costal. Traumatismo craneal leve, múltiples hematomas…

Cada entrada era un recordatorio brutal de lo que Laura había soportado.

Lo que más le hizo apretar la mandíbula hasta doler, fue el apartado de la facturación del hospital: Ryan Short. Siempre el mismo nombre, como una repugnante sombra al pie de cada factura.

Clive apretó el expediente con fuerza, como si quisiera estrangular esas letras impresas.

«Así actuabas tú… La destrozabas y después pagabas las facturas. Ni un solo gramo de arrepentimiento. Solo dinero para limpiar tus huellas».

Pero hubo algo más que le removió las entrañas. En la primera hoja, el nombre completo de ella: Olivia Bennett.

Se quedó mirándolo largo rato, con el corazón en un puño.

«Olivia… Laura… ¿quién eres en realidad? ¿La mujer de estos informes, marcada por el horror, o la mujer que me sonríe con timidez cuando juega con las niñas?».

Cerró el documento con un brusco movimiento y apagó la pantalla.

—No importa cómo te llames —murmuró, con una furia contenida—. Ahora eres mía y estás bajo mi protección. Nadie volverá a tocarte.



Capítulo 10

Confesiones en la penumbra

Cuando Emily regresó a casa, la tarde se iba tiñendo de un dorado suave. Llevaba una bolsa con algo de pan y fruta, pero lo primero que hizo al entrar fue buscar a Laura. La encontró en el salón, con una taza de té entre las manos, sentada en el sillón junto a la ventana.

—Laura… —dijo Emily, sonriendo con ternura mientras dejaba la bolsa sobre la mesa—. Me alegro tanto de que todo se haya solucionado. He estado por el pueblo y… todo el mundo está de tu lado. Créeme, lo que ha pasado, en realidad, te ha dado algo bueno: ahora la gente te respeta y admira por haber podido librarte de ese hombre.

Laura alzó la vista, intentando sonreír, aunque sus ojos delataban la tormenta interior.

«¿De verdad puedo confiar en que este apoyo sea duradero? ¿O se evaporará en cuanto aparezca una nueva sombra?».

—Gracias, Emily. De verdad… —susurró, con voz apagada—. No sé qué habría hecho sin ti.

Emily se acercó y se sentó frente a ella, tomándole las manos.

—No me agradezcas nada. Eres mi amiga. Y no estás sola.

Las palabras calaron hondo, y Laura sintió que un nudo en la garganta la obligaba a tragar saliva. Dudó unos segundos, hasta que decidió romper el silencio con una verdad que había guardado demasiado tiempo.

—Quiero contarte algo… Algo que ni siquiera Clive sabe.

Emily arqueó las cejas, preocupada.

—¿Qué es?

Laura apartó la mirada hacia la ventana, donde los últimos rayos de sol se estrellaban en el cristal.

—Ryan me golpeaba. No solo fueron los insultos, las humillaciones o las amenazas… Hubo más. Mucha más violencia. —Respiró hondo, como si las palabras la atravesaran—. Los últimos días… yo estaba rota por la muerte de mi abuela, que acababa de ocurrir. No quise acostarme con él. Me negué, y entonces… —la voz se le quebró— me obligó a hacerlo.

Emily palideció.

—Dios mío… —susurró, con los ojos humedecidos—. ¿Quieres decir que…?

—Sí. Me violaba todos los días. Una y otra vez. Lo hizo hasta el último, cuando conseguí huir. —El temblor de Laura fue incontenible. Sus manos se crisparon sobre la taza, hasta que Emily se la quitó suavemente para evitar que se quemara.

Emily la abrazó con fuerza, como si quisiera envolverla y arrancarle aquel dolor con el calor de sus propios brazos.

—Laura… nadie merece eso. Nadie. —La voz de Emily era firme y estaba quebrada por la indignación—. Ese hombre no solo es un maltratador, es un monstruo.

Laura apoyó la frente en su hombro, dejando que las lágrimas escaparan sin control.

«Me siento desnuda, rota… pero, al fin, alguien lo sabe».

Emily le acarició el cabello con ternura, conteniendo su propio llanto.

—Te lo juro, nunca más volverás a estar sola frente a esto. Yo voy a estar contigo, siempre.

Laura cerró los ojos, mientras respiraba con dificultad.

«Quizá esta sea la primera vez que siento un verdadero alivio

desde que escapé».

El silencio se extendió unos minutos, solo roto por los sollozos de Laura y el fuerte latido del corazón de Emily contra su oído.

El primer paso hacia la libertad

La sala de estar de Emily todavía estaba impregnada de un denso silencio cargado de emociones, cuando el sonido de unos firmes pasos en la entrada interrumpió el momento. La puerta se abrió, sin previo aviso, y apareció Clive. Tenía el gesto serio y los ojos fijos en Laura.

—Tenemos que hablar —le dijo, directo, mientras dejaba su abrigo en el respaldo de una silla.

Laura se incorporó de golpe, con un leve temblor en las manos. «¿Y ahora qué habrá descubierto?».

Clive avanzó hacia ella con un sobre en la mano. Lo colocó sobre la mesa y lo abrió con calma, mientras su mirada transmitía la rabia contenida de quien había visto demasiado.

—He conseguido tu expediente médico, Laura. —Hizo una breve pausa, respirando hondo—. Dios mío… lo que tuviste que soportar de ese malnacido. Golpes, contusiones, noches en urgencias. ¿Cómo demonios pudiste seguir con él?

Laura tragó saliva y bajó los ojos hacia el suelo.

—Porque estaba atrapada, Clive. No era yo, ¿entiendes? Estaba sometida, anulada. Sentía que no tenía salida.

Emily, aún sentada en el sofá, la miraba con ternura y dolor.

—Pero ahora sí la tienes —intervino, con la voz firme—. Ahora no estás sola, cariño.

Clive se inclinó hacia Laura, con esa intensidad que siempre lo caracterizaba.

—Tienes que denunciarlo, Laura. Para mantenerlo alejado de ti, no hay otra forma mejor. Si presentamos una denuncia por maltrato, lo pondremos contra las cuerdas. Es un delito muy grave, Laura. Con su historial policial y estos informes médicos, bastará para que un juez ordene su detención. Y si se atreve a acercarse a ti, se lo pensarán dos veces antes de dejarlo suelto.

Laura dudó. El miedo seguía allí, enredado como una cadena alrededor de su pecho.

«¿Y si denunciarlo lo enfurece aún más? ¿Y si eso lo acerca en lugar de alejarlo?».

Levantó la vista y encontró los ojos de Clive, firmes, seguros, con un brillo de protección. Después miró a Emily, que asentía despacio, con gesto de aprobación.

—Está bien… —murmuró Laura, dejando escapar un suspiro de resignación, pero también de alivio—. Si eso puede protegerme, si puede ponerle un freno… lo haré.

Clive le tomó la mano, apretándola con suavidad.

—Eso es, Laura. Ahora tienes fuerza para hacerlo. Y no vas a estar sola en esto, ¿me oyes?

Ella lo miró en silencio, con un nudo en la garganta. «Nunca pensé que podría llegar a sentirme tan arropada».

Clive se volvió hacia Emily.

—Nos vamos a mi casa. Esta misma noche redactaré la denuncia y mañana constará como presentada.

Laura se levantó, abrazó a Emily y besó la frente de las niñas, que habían aparecido curiosas en la sala.

—Nos vemos mañana, pequeñas. Portaos bien, ¿vale?

Ellas se rieron, sin entender nada de lo que sucedía. Emily la rodeó con los brazos en un último gesto de apoyo.

—Ve tranquila. Aquí siempre tendrás un hogar.

Clive y Laura salieron juntos de la casa y caminaron hasta el coche.

* * *

Desde la terraza del bar cercano, unos ojos azules los seguían con una venenosa y obsesiva mirada. Ryan encendió otro cigarrillo y

apretó la mandíbula, mascullando entre dientes:

—Muy bien, Laura… si crees que dormir con él te salvará de mí, estás más equivocada de lo que imaginas. Estarás sola en algún momento.

Mientras la sombra de su obsesión se cernía cada vez más cerca, el humo del tabaco se mezcló con la neblina de la tarde.

La verdad más dolorosa

El coche avanzaba en silencio por la calle que llevaba a la casa de Clive. Laura apoyaba la frente contra la ventanilla, viendo pasar los árboles como sombras alargadas. El corazón le golpeaba en el pecho con fuerza.

«Tengo que decírselo. No puedo guardármelo más. Pero ¿y si me mira con lástima? ¿Y si estalla de rabia y no puede controlarse?».

Clive, concentrado en la conducción, la miraba de reojo de vez en cuando.

—¿Estás bien? —preguntó, con tono suave.

Laura tragó saliva.

—No… hay algo que aún no sabes. Y debo contártelo. —Se giró hacia él, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. Aunque me duela repetirlo, necesito que lo sepas.

Clive frunció el ceño, preocupado, pero no interrumpió.

—Los últimos días con Ryan… —Laura se detuvo, respiró hondo y siguió—. Yo estaba rota, Clive. Mi abuela acababa de morir, y no podía dejar de llorar. —Las palabras se quebraron—. Ese mismo día, cuando regresamos a Boston tras recibir la noticia, él me reclamó, para tener sexo. Le dije que no… y me forzó. Y así todos los días. Cada noche, yo me negaba y él me violaba. Nunca le importó mi dolor.

El volante crujió bajo los dedos de Clive, que lo apretaba con fuerza. «Ese cabrón no es solo un maltratador… es un monstruo. Y yo voy a hundirlo».

—Consta algo en tu informe médico, pero es de hace tiempo. Laura… —Su voz salió ronca, cargada de furia contenida—. No sabes lo mucho que me duele escucharlo. Ese hombre no tiene perdón, y te prometo que va a pagarlo. No voy a dejar que vuelva a tocarte.

Ella se lo quedó mirando. Esperaba ver rabia en sus ojos. Y la

encontró, pero mezclada con algo distinto: determinación y ternura.

Ya en la casa, fueron al despacho de Clive. Encendió la lámpara y abrió el ordenador. Colocó una hoja en blanco frente a ella.

—Vamos a dejarlo todo por escrito. Paso a paso. Esto no es solo una denuncia. Es el primer ladrillo en el muro que va a mantenerlo lejos de ti.

Laura lo observaba, conmovida. «Nunca pensé que alguien me sostendría así en medio de esta pesadilla».

Clive empezó a redactar el documento oficial con precisión, copiando datos, revisando fechas y detallando cada visita a urgencias que constaba en el expediente.

—Lee cada párrafo conmigo. Quiero que te sientas segura con lo que aparece aquí —le dijo, girando la pantalla hacia ella.

Laura la leyó en voz baja, corrigiendo algunos detalles. Al final, Clive imprimió la denuncia y ella la firmó, con mano temblorosa.

—Ya está… —susurró, mientras una lágrima rodaba por su mejilla—. Ya no hay marcha atrás.

Clive tomó el documento y lo registró en el sistema policial. Adjuntó los documentos de sus visitas al hospital y una notificación apareció en la pantalla: DENUNCIA OFICIALIZADA.

Se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Ahora ya no estás sola, Laura. A partir de este momento, la ley también está de tu lado. Y con ella, toda la policía.

Ella cerró los ojos y dejó que el alivio la invadiera poco a poco. «Por primera vez, siento que este infierno puede terminar».

Clive le pidió que lo esperara abajo, ya que debía hacer un par de llamadas, y le dijo que en unos minutos estaría con ella. Laura bajó al salón y se sentó en el sofá, abstraída consigo misma.

En el exterior, la noche seguía quieta, ignorante de que, a unas decenas de metros de allí, alguien acechaba desde las sombras, maldiciendo el mismo nombre que acababa de quedar grabado en un registro judicial.

La fuerza del amor

Laura bajó al salón y se sentó en una esquina del sofá, con el corazón aún agitado por todo lo vivido en las últimas horas. La casa estaba en silencio, y él estaba en su despacho, haciendo unas llamadas, pero ella sabía que en cualquier instante volvería para comprobar que todo estaba bien.

Se llevó la mano al pecho, intentando calmarse.

«Aún tengo miedo. Lo siento en la piel, en cada recuerdo que me atormenta. Pero, al mismo tiempo… Clive me da una fuerza que nunca creí posible. Solo con mirarme me hace sentir segura. ¿Cómo puede alguien cambiarme tanto en tan poco tiempo?».

La mente la arrastró hacia atrás, a los años en los que era una joven tímida, insegura de cada paso que daba.

«Quizá todo empezó con la ausencia de mamá. Crecer sin ella fue como andar descalza sobre cristales. Me hice pequeña para no molestar, para no destacar demasiado, para sobrevivir. Y esa fragilidad fue la que me llevó a los brazos equivocados. Ryan olió mis miedos, y los convirtió en cadenas».

Apretó los ojos, apartando la sombra de aquel nombre, y sonrió suavemente al pensar en Clive.

«Él es distinto. Me mira como si yo le importara. No solo en los momentos de pasión, cuando me arranca el aire con un beso o me envuelve con su cuerpo y me hace gozar. También cuando tomamos café en silencio, cuando bromea con las niñas, o cuando me pregunta si he dormido bien. Está en los detalles más pequeños. Y eso me enamora cada día más».

El corazón le latió con fuerza, como si quisiera salirse del pecho.

«Lo quiero. Sí… lo quiero con toda mi alma. Y me siento cohibida, porque este sentimiento es tan grande que me sobrepasa. Apenas llevamos unas semanas, y parece que siempre lo hubiera llevado dentro».

Se incorporó del sofá y se abrazó las rodillas. Dejó que un pensamiento la atravesara como si fuera un relámpago.

«¿Cómo habría sido mi vida si en vez de conocer a Ryan hubiera conocido a Clive?».

Durante unos segundos se permitió imaginarlo: él apareciendo en su mundo antes de la oscuridad, antes de las interminables noches. Pero su propia conciencia la corrigió.

«No, entonces él estaba con Ellen. Y la amaba, con todo lo que era. Lo he visto en sus ojos cuando habla de ella. Y aunque me duela, aunque sienta celos de una mujer a la que nunca conocí, también admiro ese amor. Porque demuestra que su corazón es capaz de entregarse sin reservas».

Las lágrimas le humedecieron las pestañas en una mezcla de felicidad y de un extraño dolor.

«No sé si estaré a la altura de lo que Ellen significó para él. Pero lo intentaré. Voy a poner cada parte de mí para hacerle feliz, para que no sienta que ha perdido, sino que sepa que la vida le ha dado otra oportunidad. Igual que me la ha dado a mí».

En ese preciso momento, necesitó decírselo, y decidió subir a su despacho.

Dos amores en un mismo corazón

La lámpara de sobremesa proyectaba un cálido círculo sobre el escritorio de Clive. El resto del despacho permanecía en penumbra, cargado de ese denso silencio que obliga a los pensamientos a hacerse más ruidosos de lo que uno quisiera. Había terminado de dar las últimas órdenes a Richard Morgan, su subalterno, y este lo haría con los agentes. Todo estaba bajo control… al menos en apariencia.

Apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos y cerró los ojos. Respiró hondo.

«Lo he hecho bien. Cada pieza está en su sitio. Cold Spring estará vigilado y Laura protegida. Entonces… ¿por qué me siento tan desarmado aquí dentro?».

Se levantó despacio y caminó hasta la estantería. Pasó la mano sobre el marco de una foto. Ellen. Estaba sonriente, con aquel brillo en los ojos que siempre le hacía pensar que todo en la vida era posible. La sostuvo entre las manos, y su peso parecía mucho mayor al del cristal y la madera.

—Ellen… —murmuró, con la voz rota.

Sabía que no podía escucharle, pero las palabras le brotaban con una sinceridad imposible de contener.

—Me he enamorado otra vez… —confesó en un hilo de voz—. De otra mujer. Se llama Laura. Es muy distinta a ti, pero tiene una forma de mirarme que me devuelve la vida.

Las lágrimas le empañaron la vista y se dejó caer en el sillón, apretando la fotografía contra su pecho.

—Perdóname. Me siento como si te estuviera traicionando. Tú me diste los años más felices de mi vida, un hogar, esperanza… amor incondicional. ¡Ibas a darme un hijo! Nuestro hijo. Y ahora estoy aquí, amando a otra, sintiendo que te estoy fallando.

Se llevó las manos a la cara, ahogando un sollozo. El despacho se llenó de su quebrada voz.

—No puedo evitarlo, Ellen. Ella me devuelve la ilusión. Me hace reír, me obliga a sentir… Y tengo miedo. Miedo de perderla como te perdí a ti. Miedo de que todo esto sea un castigo del destino.

Apoyó la foto en el escritorio y se pasó las manos por el cabello, respirando con dificultad. Cerró los ojos y evocó la voz de su hermana Emily, clara, contundente, como si realmente estuviera allí con él.

«Eres tonto, Clive. Ellen no querría que te hundieras en la soledad. Ella te quería demasiado como para desear que seas infeliz. Se alegraría de que otra mujer llenara tu corazón, porque lo que ella más amaba de ti era tu capacidad de entregar amor sin reservas».

Clive sonrió, con la amargura de la nostalgia y la dulzura de la certeza.

—Quizá tengas razón, Emily. Ella estaría contenta por mí… y Laura no es una traición, sino un regalo que la vida me concede después de tanto dolor.

Las lágrimas brotaron de nuevo, pero esta vez fueron suaves, casi agradecidas. Clive lloró. De felicidad y por el recuerdo de su memoria, por lo que había perdido y por lo que había encontrado en Laura.

Lo que no sabía era que la puerta del despacho estaba entreabierta y una sombra se recortaba en el marco. Laura, con la mano apoyada en el picaporte, había presenciado toda la escena, su confesión. No quiso interrumpir, ni hacer ruido. Simplemente, lo contempló con los ojos húmedos y el corazón ardiendo.

«Ahora sé que me quiere. Que lo que siente no es solo un espejismo. Él ha puesto mi nombre al lado del de su esposa, no para reemplazarla, sino que compartamos su corazón. Eso es amor de verdad. Y yo voy a cuidarlo, aunque tenga que pelear contra mis propios miedos».

Laura se llevó una mano al pecho y, en silencio, retrocedió despacio para dejarlo a solas con sus recuerdos. Ahora estaba más segura que nunca de lo que significaban sus sentimientos.

El peso de las palabras

Clive apareció en el salón, con los hombros cansados y una leve sonrisa que apenas lograba disimular la huella del llanto reciente. Laura lo miró fijamente. Aquella mirada suya no era la de antes: no había temor, ni inseguridad, sino la firmeza de quien por fin ha dejado de huir.

Se levantó despacio del sofá, dio un paso hacia él y, con voz apenas audible, pero llena de verdad, pronunció lo que llevaba tiempo queriendo decirle.

—Te quiero, Clive.

El aire pareció detenerse entre ellos. Él se quedó quieto. Un segundo de sorpresa que se convirtió en ternura. Caminó hasta ella, se sentó a su lado y alzó la mano para acariciarle la mejilla con un cariñoso gesto.

—Yo también, Laura. Más de lo que jamás pensé que podría volver a querer a alguien.

Ella cerró los ojos al sentir su caricia y saboreó la calidez de su voz. Su corazón latía con fuerza, pero esta vez no era por miedo, sino por la emoción que la desbordaba.

«Lo he visto, lo he escuchado hablar con Ellen. Sé que aún la ama, pero eso no me asusta. Todo lo contrario. Su capacidad de llorar por ella y, aun así, abrirme un espacio en su vida, demuestra que lo que siente por mí es real. No soy una sustituta, soy su presente».

Se giró hacia él, apoyando suavemente la frente contra la suya.

—Clive, antes de que me digas nada más, quiero que sepas algo. No he querido romper tu intimidad, pero te he oído hablar en tu despacho. Te he visto con su foto entre las manos… —su voz se quebró, pero no se apartó—. Y no lo considero una traición. No lo es. Tú tienes derecho a amar a Ellen, y también a mí. Ese amor que sentiste por ella forma parte de quien eres, y eso me hace quererte aún más. Te prometo que jamás olvidaremos su recuerdo.

Clive cerró los ojos, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con volver a aparecer.

«¿Cómo puede entenderlo con tanta claridad? Yo mismo me atormentaba por pensar que la estaba traicionando, y ella, en cambio, lo ve como un gesto de humanidad. Laura no huye de mi pasado, lo abraza. Dios, ¿qué he hecho para merecer a una mujer así?».

—No sabes lo que significan tus palabras, Laura —respondió con un hilo de voz—. Pensaba que jamás podría reconciliarme con lo que siento, pero tú me haces sentir libre.

Ella sonrió entre lágrimas, y lo besó con suavidad, como quien sella un silencioso pacto. Durante unos segundos, no existió más mundo que el roce de sus labios y el calor de sus cuerpos, un refugio en medio de las sombras que aún los acechaban.

Laura apoyó la cabeza en su hombro, con un suspiro profundo.

—Prometo no dejarte solo nunca, Clive. Ni con tus recuerdos, ni con lo que venga a partir de ahora.

Él la estrechó contra sí, con esa mezcla de ternura y fiereza que le era tan propia.

—Y yo prometo protegerte de todo lo que intente arrebatarte la paz que mereces.

La entrega

El silencio tras sus palabras se llenó de amor. Clive aún tenía la mano en la mejilla de Laura, como si no quisiera soltarla nunca, y ella lo miraba con los ojos húmedos, pero llenos de una claridad que lo desarmaba.

—No me sueltes, Clive… —murmuró ella, con voz temblorosa.

Él apoyó la frente en la suya y cerró los ojos.

—Jamás. Ni aunque me lo pidieras.

Laura sintió que el miedo, esa sombra que la había acompañado durante años, se deshacía lentamente entre los brazos de aquel hombre.

«Este es el refugio que soñaba cuando lloraba sola en mi habitación, cuando soportaba el dolor de cada golpe. Aquí, ahora, sé que estoy a salvo. Y no quiero esperar más».

Lo besó despacio, apenas un roce de labios cargado de emoción. Luego la necesidad creció, y sus bocas se encontraron con la urgencia de quienes llevan demasiado tiempo reteniendo lo inevitable.

Clive la estrechó contra su pecho, y en ese abrazo lo entregó todo: la culpa, la memoria de Ellen, la rabia contenida… y el amor nuevo que lo estaba transformando.

«Laura no es un reemplazo. Es fuego, es vida. Es la prueba de que aún tengo derecho a sentir. Y si la dejo escapar, me perderé a mí mismo».

Se dejaron caer en el sofá, entrelazados. Las manos de Clive recorrieron el rostro de Laura como si quisiera memorizar cada detalle, y ella respondió con la misma intensidad, acariciándole el cuello, el cabello, aferrándose a él con la certeza de que lo necesitaba tanto como al aire.

—Clive… —susurró, rompiendo apenas el beso—. Quiero que sepas que soy tuya.

Él la sostuvo con esa firmeza protectora que siempre la hacía temblar, pero esta vez había algo más en su mirada: un deseo contenido que se mezclaba con ternura.

—Lo sé Laura. Y eso es lo más hermoso que me ha pasado en años.

La besó de nuevo, hasta que ambos se quedaron sin aliento. El tiempo dejó de tener sentido: cada caricia era un lenguaje, cada roce una confesión que no necesitaba palabras.

Mientras los gemidos inundaban el salón, y la ropa se desperdigaba por los rincones, desbordaron su amor y su pasión en aquel sofá.

Al acabar, Laura pensó, con la respiración agitada y el corazón desbocado: «Si muero mañana, al menos ya sé lo que es ser amada de verdad. No hay miedo, ni cadenas, sino la libertad de entregarse por completo».

El reloj del salón siguió marcando su compás, pero dentro de aquella casa lo único que existía era el latido compartido de sus cuerpos, y la certeza de que el amor, por fin, había encontrado su lugar.

* * *

Afuera, en la quietud de la noche de Cold Spring, unos ojos azules seguían observando desde la distancia, ignorando que, dentro de aquella casa, el amor ya era más fuerte que el miedo.

El día decisivo

Cuando Laura abrió los ojos, el amanecer se filtraba tímido por las ventanas. El recuerdo de la noche anterior la envolvió con una inesperada calidez, pero enseguida percibió algo distinto: Clive estaba sentado en la mesa, con la taza de café en la mano, la mandíbula tensa y los ojos clavados en un punto indefinido.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con un nudo en la garganta.

Él levantó la mirada. Su voz sonó firme, pero había en ella un tono serio que no trató de disimular.

—Ya sabemos dónde está Ryan.

Laura sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

«Dios… ya no es una amenaza difusa, ahora está aquí, tan cerca que pueden señalarlo en un mapa. ¿Podrán controlarlo antes de que intente algo?».

—¿Y qué va a pasar ahora? —susurró, esforzándose por no mostrar el pánico que le encogía el pecho.

Clive dejó la taza sobre la mesa y se inclinó hacia ella, sujetando con fuerza sus manos.

—Lo que va a pasar es que hoy se acabará todo, Laura. Escúchame bien: tienes que mantener la calma. Aunque no veas a mis policías, estarán ahí. No vas a dar un paso sin que alguien esté velando por ti.

Ella lo miró con los ojos húmedos.

—¿Y tú? ¿Dónde estarás tú?

Él apretó la mandíbula.

—Donde tenga que estar. Pero no te fallaré.

Laura tragó saliva. La intensidad de su mirada le arrancó un estremecimiento.

«Él no lo dice, pero sé que está dispuesto a todo, incluso a poner en riesgo su vida por mí. Y eso me aterra tanto como me llena

de amor».

Intentó sonreír, aunque su voz se quebró.

—No quiero que te pase nada, Clive. No soportaría perderte.

Él rozó su mejilla con los labios en un beso que mezclaba ternura y determinación.

—Lo único que te pido es que hagas tu vida normal. Que salgas de casa como si fuera un día cualquiera, camines tranquila hasta el bar de Dori y actúes como siempre. El resto… déjamelo a mí.

Se miraron en silencio unos segundos, como si supieran que en ese café compartido había más que rutina: era una velada esperanza que representaba la calma antes de la tormenta.

Laura pensó: «Hoy mi vida puede cambiar para siempre. Ojalá sea el día en que por fin quede libre de mi pasado, y que él esté junto a mí cuando todo termine».

Clive, mientras la conducía hasta su casa, mantenía la vista en la carretera, con los nudillos aferrados sobre el volante.

«Hoy lo atraparemos. No hay margen de error. No pienso permitir que vuelva a tocarla, ni a mirarla, ni a respirar en el mismo espacio que ella. Se acabó, Short. Este es tu último día».

Cuando aparcó frente a la puerta de la casa de Laura, se giró hacia ella y habló con un tono tan sereno que parecía irreal:

—Recuerda, mi amor, vida normal. Pasea, sonríe, entra en el bar de Dori. Y confía en mí.

Laura asintió, tragando lágrimas que no quiso derramar frente a él y feliz por el apelativo con el que la había nombrado.

—Confío en ti, Clive. Con mi vida, porque eso es lo que eres para mí.

Antes de verla entrar en su casa y cerrar la puerta, él la observó unos segundos más, como si quisiera grabar ese instante en su memoria.

El reloj de la cocina marcaba las ocho y media. El día había comenzado. El día que decidiría su destino.

El acecho

El motor del Land Rover permanecía apagado, pero Ryan Short no había cerrado los ojos en toda la noche. El cuerpo le dolía como si lo hubiesen apaleado. Tenía la espalda rígida, entumecidas las piernas y el cuello agarrotado. Sin embargo, su mente ardía con una enfermiza energía que lo mantenía en tensión.

Desde la penumbra del coche, había observado el movimiento al amanecer: Clive y Laura saliendo juntos de la casa del policía.

—Hijos de puta… —murmuró, apretando los dientes hasta casi crujirlos.

Encendió el motor y los siguió, con las luces apagadas hasta que se alejaron lo suficiente. El trayecto fue corto. La vio descender del vehículo y entrar en aquella pequeña casa.

«Esta es tu guarida, Olivia. Te escondes en un pueblo de mierda, creyendo que puedes empezar de cero. ¿De verdad pensabas que podrías librarte de mí?».

El reloj del salpicadero marcaba las ocho y diez. Ryan se acomodó en el asiento, esperando, convencido de que su rutina le daría la oportunidad perfecta.

«Seguro que sale para trabajar. No ha cambiado en nada: siempre ordenada y previsible. Paseará hasta esa mierda de bar donde pasa las mañanas. Y yo estaré esperándola».

Encendió un cigarrillo. La ansiedad lo devoraba. El humo llenó el interior del coche y se mezcló con el olor a gasolina y cuero viejo.

Apenas había pasado media hora, cuando la puerta de la casa volvió a abrirse. Ryan enderezó la espalda y se puso tenso. Allí estaba ella.

Laura apareció con paso tranquilo, con el cabello suelto y brillante bajo la luz de la mañana. Llevaba unos vaqueros ajustados y una chaqueta de piel oscura.

Ryan frunció el ceño.

«¿Qué coño…? Esa chaqueta es nueva. Esos pantalones también. Olivia no tiene dinero ni para comprarse un par de zapatos. Ese cabrón… ese hijo de puta… no solo se la folla, también le paga los caprichos».

El odio lo invadió como un torrente de lava. Su mandíbula temblaba de rabia contenida.

—No… no voy a permitirlo —escupió, golpeando con el puño el volante—. Ella es mía. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

El recuerdo de ella, riendo junto al policía, y su confiada mirada, lo revolvió por dentro, como si fuera ácido.

«Te has atrevido a reemplazarme, Olivia. ¿Crees que ese imbécil puede darte lo que yo te daba? No entiendes nada. Nadie puede amarte como yo. Nadie puede controlarte como yo. Tú eres mi mujer, y te lo voy a recordar».

La siguió con la mirada mientras se alejaba calle abajo, sin notar que le observaban. Cada paso que daba era un clavo más en la trastornada mente de Ryan. Ya no pensaba, solo sentía el devastador impulso de recuperarla a cualquier precio.



Capítulo 11

El momento de la verdad

Incapaz de esperar más, Ryan tramó un ataque impulsivo en plena calle. Sabía que se arriesgaba a quedar al descubierto frente a los habitantes del pueblo, pero debía actuar y aquel le pareció un buen momento.

Observó a Laura y vio que iba sola. Cerca de ella solo había una pareja joven. Iban unos metros por delante, y el chico tenía pasado un brazo por los hombros de la chica, que conducía un carrito de bebé.

Más adelante, unos operarios del ayuntamiento limpiaban la acera con sus mangueras, indiferentes al mundo. En la otra acera, un hombre en batín sujetaba con desgana la correa de un pastor alemán que olisqueaba el suelo. Todo parecía rutinario, anodino.

Tal como le había pedido Clive, Laura, ocultando su nerviosismo, caminaba con paso sereno. El aire fresco de la mañana acariciaba su rostro, y por un instante deseó que él tuviera razón y que todo se acabara de una vez por todas.

«Clive me ha prometido que todo acabará hoy… y confío en él. Por fin, voy a poder respirar».

Todo fue normal, hasta que un coche negro frenó bruscamente a su lado.

Laura miró hacia allí y vio un Land Rover. Al ver descender a Ryan, con la rapidez de un depredador, su corazón dio un vuelco.

—¡No! —alcanzó a gritar, retrocediendo un paso.

Pero él ya estaba encima.

—¿Creías que podrías escapar, zorra? —escupió Ryan, con los ojos inyectados en sangre.

El bofetón que le dio resonó como un disparo. Laura sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies, y el sabor metálico de la sangre en la boca.

«No… no otra vez… no aquí…».

Él la sujetó con violencia por detrás, cerrando sus brazos y atrapando los suyos contra su propio cuerpo, inmovilizándola. Empezó a tirar de ella hacia el coche, como quien arrastra un fardo.

—¡Te vienes conmigo ahora mismo! —rugió, mordiéndose el labio con furia—. ¡Olivia, eres mía!

Laura, mientras forcejeaba, gritó con la voz desgarrada:

—¡Suéltame, maldito! ¡Socorro!

Pero, en segundos, todo cambió.

El carrito de bebé se detuvo bruscamente en mitad de la acera. La chica joven soltó la barra que lo sujetaba y, con un movimiento rápido, aquella mujer y el chico que la acompañaba, deslizaron la mano bajo su chaqueta y ambos corrieron hacia ellos. Ryan vio que en sus manos llevaban dos pistolas.

—¡Policía! —tronó la voz del hombre—. ¡Suelta a la mujer ahora mismo!

Casi al mismo tiempo, el hombre del batín cruzó la calle con decisión y gritó una orden.

—¡Adelante, Rex!

El pastor alemán salió disparado, un torbellino de músculos y colmillos. Se abalanzó contra el brazo de Ryan, mordiéndolo con una fiereza que le hizo soltar a Laura de inmediato.

—¡Hijo de puta! —aulló él, sacudiendo el brazo ensangrentado en un intento inútil de apartar al animal.

Laura retrocedió tambaleante, con la cara ardiendo de la bofetada y con el corazón en un puño.

«Dios mío… todo esto estaba planeado. Clive… lo ha preparado todo…».

En cuestión de segundos, los dos hombres y la joven policía ya lo habían reducido contra el suelo. Ryan forcejeaba como un animal rabioso, pero las rodillas clavadas en su espalda y la presión en sus muñecas lo mantenían inmovilizado.

—¡Soltadme, cabrones! ¡Esa mujer es mía! —vociferaba, escupiendo saliva y odio.

El rugido de un motor interrumpió la escena, y el Range Rover que había visto en la salida de una de las casas apareció en mitad de la calzada, derrapando hasta detenerse a escasos metros.

Laura lo reconoció de inmediato: Clive.

El sheriff bajó del vehículo de un salto, con la pistola en la mano y el rostro desencajado por la rabia. Tras él, una agente femenina lo cubría, también armada y lista para disparar.

—¡No vuelvas a tocarla en tu puta vida! —escupió Clive, apuntando a Ryan, mientras avanzaba hacia él.

Ryan, con el rostro contra el asfalto y la mirada torcida, se limitó a soltar una carcajada, teñida de sangre.

—Esto no ha acabado, sheriff… Olivia siempre será mía…

Con un chasquido metálico, las esposas se cerraron en sus muñecas y pusieron fin a años de terror.

Laura, temblorosa, se llevó la mano a la boca. Su mirada se cruzó con la de Clive, que se acercó para abrazarla. En ese instante, y en silencio, comprendió que aquel había sido el día en que, por fin, podía dejar de huir.

El pueblo se une

Las esposas chasquearon una última vez y Ryan fue empujado dentro del vehículo policial. Su desencajado rostro aún buscaba la mirada de Laura, como si necesitara recordarle que seguía siendo su sombra.

—¡Olivia! —vociferó con rabia—. ¡Esto no ha terminado! ¡Siempre serás mía!

El portazo del coche policial sepultó sus gritos, pero no el eco que quedó grabado en la mente de ella.

«No… No voy a dejar que me robe ni un minuto más de mi vida. Se acabó».

Su cuerpo, sin embargo, no respondía con la firmeza de sus pensamientos. El temblor en sus manos y las lágrimas que le nublaban la vista la traicionaban. Cuando Clive se acercó a ella, apenas pudo mantenerse en pie.

—Ya ha pasado, Laura. Está acabado —murmuró, abrazándola con fuerza.

Ella se derrumbó contra su pecho, dejando escapar el llanto que había contenido durante demasiado tiempo.

—Clive… —sollozó, apretando la tela de su camisa—. Lo decía con tanta seguridad… parecía que… que aún podía arrebatarme todo.

Él la estrechó más fuerte, apoyando el mentón sobre su cabeza.

—Mírame. —Clive apartó ligeramente el rostro de ella para obligarla a alzar la vista—. Mientras yo esté vivo, nadie volverá a hacerte daño. Ese hombre ya ha desaparecido de tu vida.

«Ojalá pueda grabar en su memoria estas palabras. Ojalá sepa darle la paz que merece».

Laura, entre lágrimas, pensó, en silencio: «Cómo puede amarme con tanta fuerza… después de haber amado tanto a Ellen.

Y, aun así, me siento segura en sus brazos. Por primera vez, no siento vergüenza de llorar».

Un murmullo creciente interrumpió la intimidad del momento. Las puertas de las casas comenzaron a abrirse. Los vecinos, testigos del forcejeo, de los gritos, del perro y del despliegue policial, se acercaban. Algunos bajaban apresurados con chaquetas sobre los hombros, otros con los ojos aún abiertos por la sorpresa.

—¡Dios mío, Laura! ¿Estás bien? —preguntó Dori, y tomó su mano con un gesto protector.

El bar solo estaba a unos cincuenta metros, y se habían percatado de lo que pasaba.

Laura asintió, con voz temblorosa:

—Estoy bien… —dijo, muy afectada. Miró a la gente que la rodeaba y añadió—: Gracias. Muchas gracias a todos vosotros.

Una anciana con el pelo recogido le acarició la mejilla con ternura.

—Ya no estás sola, hija. Aquí estamos todos para cuidarte.

«Nunca pensé que este pueblo pudiera quererme así. Por fin me siento parte de algo».

Clive observó aquella escena con el corazón encogido. La calle, que antes había sido escenario del miedo, se convirtió en un espacio de consuelo. Hombres, mujeres, jóvenes y mayores rodeaban a Laura, como un escudo humano contra el recuerdo de Ryan.

Un muchacho levantó la voz:

—¡Ese cabrón no volverá a meterse con nadie en Cold Spring!

El grito fue seguido por un aplauso espontáneo. Las palmas resonaron en la calle, no como una celebración, sino como una declaración de unión.

Laura, con el rostro enrojecido y aún húmedo por las lágrimas, se aferró de nuevo a Clive.

—No sé cómo agradecer todo esto… —susurró, abrumada.

Él la sostuvo con su firme mirada.

—Viviendo, Laura. Esa es tu victoria.

Ella cerró los ojos y, entre la emoción y la fatiga, pensó: «Sí. Vivir. Y hacerlo de la mano de este hombre que me ha devuelto la esperanza».

Frente al juez

Laura cruzó el umbral de la comisaría de Putnam con las piernas temblorosas. Aunque sabía que Ryan ya estaba bajo custodia, no podía evitar la sensación de que en cualquier momento se abriría una puerta y él aparecería frente a ella.

«Tranquila, Laura», se repitió mentalmente mientras sostenía con fuerza su bolso contra el pecho. «Ya no puede tocarte. Está detenido. Estás a salvo».

El agente de guardia la condujo a una sala. El murmullo de voces, el ruido de teléfonos sonando y el vaivén de policías uniformados no hicieron más que acrecentar su nerviosismo. Aun así, había algo nuevo en sus pasos: ya no caminaba encogida, sino erguida, como si la esperanza se aferrara dentro de ella.

De pronto, escuchó su nombre.

—¡Laura!

Se giró y vio a Emily, que avanzaba con decisión hacia ella. El abrazo fue inmediato, fuerte y reconfortante.

—Estoy aquí —susurró Emily contra su hombro—. No quiero que pases por esto sola.

Laura sintió cómo se le humedecían los ojos.

—Gracias, Emily… Pensé que no podría soportarlo, pero sé que tengo que hacerlo.

—No debes soportarlo, sino liberarte —respondió ella, estrechándola con más fuerza—. Esta es tu salvación, Laura.

Un funcionario las interrumpió con amabilidad, indicándoles que ya estaba todo preparado para la ratificación de la denuncia. Laura entró en una pequeña sala, donde una pantalla mostraba el rostro severo del juez de guardia.

—Señora Bennett —dijo él con voz firme, aunque no exenta de humanidad—. Tiene ante usted la oportunidad de ratificar su denuncia contra el señor Ryan Short. ¿Desea hacerlo?

Laura tragó saliva, y aunque la voz le temblaba, habló con claridad:

—Sí, señoría. Quiero ratificarla.

El juez asintió lentamente.

—En ese caso, le ruego que relate con detalle los hechos que haya vivido durante su convivencia con el acusado.

Emily, que esperaba al fondo de la sala, le sonrió en silencio, dándole valor. Laura respiró hondo y empezó a hablar.

—Durante años… viví con miedo. Miedo a hablar, miedo a mirarle de la forma equivocada, miedo a existir de un modo que a él no le gustase. Me humillaba constantemente, me decía que no valía nada, que nadie me creería jamás. Y yo… terminé creyéndolo.

«Es ahora, Laura. Dilo todo. No escondas nada», pensó mientras apretaba las manos sobre la mesa.

—Hubo golpes, señoría. Muchos. Las visitas a urgencias lo demuestran. Siempre encontraba una excusa: una caída, un accidente doméstico… pero la verdad es que él me pegaba. Y lo peor… —La voz se le quebró, pero siguió—. Lo peor fueron las noches en las que me obligaba a mantener relaciones cuando yo no quería. No me permitía decir no. Y después del fallecimiento de mi abuela, hace poco más de un mes… esas violaciones fueron diarias. Yo estaba rota, sin fuerzas, y él se aprovechó de eso.

El juez guardó silencio unos segundos. Emily contuvo la respiración, con lágrimas rodándole por las mejillas.

Laura, mirando fijamente a la pantalla, concluyó:

—Huir fue la única manera que encontré de sobrevivir. Y ahora… lo único que quiero es justicia y poder ser libre.

El juez asintió con gravedad.

—Ha hecho lo correcto, señora Bennett. Su testimonio quedará incorporado al proceso. Le aseguro que este tribunal tomará todas las medidas necesarias para su protección.

Laura sintió que el peso de aquellos años se desprendía de sus

hombros. Se echó a llorar, pero esta vez no era por miedo, sino por la certeza de que, al fin, estaba dando el paso que la liberaría.

Emily se acercó, le cogió la mano y le susurró:

—Eres más fuerte de lo que creías, Laura. Ellen estaría orgullosa de ti. Y Clive también lo está. Estoy muy segura de ambas cosas.

«Sí», pensó Laura mientras salía de la sala. «Ahora ya soy dueña de mi vida».

El peso de la verdad

La sala de interrogatorios de la comisaría de Putnam estaba fría, iluminada por un fluorescente que zumbaba levemente en el techo. En la mesa de acero, Ryan Short estaba sentado con los brazos cruzados. Su rostro reflejaba una mueca de arrogancia.

La puerta se abrió con un chirrido metálico. Clive Harris entró, con paso firme y un voluminoso expediente en la mano. Se colocó frente a Ryan y lo miró fijamente. Habló con una voz grave, cargada de autoridad. Se presentó, para que la cámara de video que grababa el interrogatorio tuviera constancia de los presentes en la sala.

—Soy Clive Harris, sheriff del condado de Putnam. El detenido es Ryan Short, y está acusado de diversos cargos, entre ellos el intento de secuestro de Olivia Bennett, también conocida como Laura Adams.

Ryan arqueó una ceja y esbozó una burlona sonrisa.

—Olivia… Laura… siempre fue buena inventando nombres. Pero ya ve, Sheriff, tarde o temprano todo el mundo regresa a donde pertenece.

Clive no se dejó alterar. Abrió el expediente, lo colocó frente a él y golpeó suavemente la mesa con la palma de la mano.

—Escúcheme bien, señor Short. Ella no le pertenece a usted. Nunca le ha pertenecido. No existe ningún vínculo de parentesco, ni legal ni de otro tipo. Lo que sí existe son cargos contra usted. Y muchos.

Ryan se reclinó en la silla, fingiendo calma.

—¿Cargos? ¿Por qué? ¿Por darle una bofetada a una mujer que siempre fue mía? ¿Por buscarla cuando huyó como una cría asustada?

Clive se inclinó hacia delante y sus ojos se clavaron en él.

—Por intento de secuestro. Por agresión física. Por acoso continuado tras su huida. Por años de maltrato físico y psicológico —

dijo con crudeza, y lo remató con una grave acusación—. Y por violación reiterada.

Ryan se tensó, aunque trató de disimular con una risa seca.

—Esas son palabras vacías, Sheriff, las de una mujer resentida que necesitaba un cuento para ganarse su compasión.

Clive abrió uno de los informes y lo deslizó lentamente por la mesa hasta ponerlo frente a él.

—Estos son los partes médicos de urgencias, señor Short. Fechas, lesiones, diagnósticos: contusiones, fracturas leves, hematomas múltiples. Siempre con excusas diferentes. ¿Coincidencia? No. Es un patrón.

Ryan apartó la vista con desdén.

—Se caía mucho, Sheriff. Es torpe.

Clive apretó los puños contra la mesa.

—Y también «era torpe» cada vez que aparecía con señales compatibles con haber sufrido una agresión sexual, ¿verdad? —Su voz retumbó en la sala—. Porque tenemos su declaración y coincide con las fechas. No estamos hablando de una vez, sino de violaciones reiteradas, en especial después de la muerte de su abuela. Ella estaba de duelo, y usted se aprovechó de eso, de su pasividad.

Un tenso silencio llenó la sala. Ryan tragó saliva, pero intentó mantener el gesto altivo.

—Era mi mujer. Lo que pasaba entre nosotros no es asunto de nadie.

—Se equivoca —respondió Clive, frío como el acero—. Es un asunto de la justicia. La ley de este país no reconoce a una mujer como propiedad de un hombre. Lo que usted hizo tiene un nombre: violación. Y es un delito muy grave, señor Short. Uno que lo puede mantener en prisión durante décadas.

Ryan lo miró con rabia, pero Clive continuó sin pestañear.

—Ya he hablado con el fiscal. No vamos a dejar nada fuera. Intento de secuestro en plena vía pública, con testigos presenciales

y grabaciones de cámaras de seguridad. Agresión a la víctima, probada por la bofetada que todos vieron y quedó registrada. Acoso documentado tras la huida de la víctima. Cada parte médico, cada cicatriz, y cada testimonio, será una pieza clave en su contra.

«No tiene escapatoria», pensó Clive mientras lo observaba retorcerse en su propia soberbia. «Este hombre está acabado».

Ryan apoyó las manos en la mesa, inclinándose hacia él con una mueca furiosa.

—¿Cree que puede hundirme? Siempre encuentro la forma de salir.

Clive sostuvo su mirada con calma implacable.

—No esta vez. Usted mismo firmó su condena al ponerle una mano encima ayer en la calle. Se acabó, Short. No habrá misericordia.

Ryan quiso contestar, pero se quedó en silencio. La frialdad en los ojos de Clive le hizo comprender que no estaba ante un adversario más, sino ante alguien dispuesto a verlo pagar hasta el último de sus abusos.

La ley contra las cuerdas

La celda en la comisaría de Putnam se cerró con un chirrido seco tras Ryan Short. Sus ojos azules, cargados de ira, se clavaron en la puerta metálica como si pudiera atravesarla. Clive lo observó unos segundos más, desde el pasillo. «Ahora empieza lo serio», pensó, consciente de que el verdadero peso caería en los tribunales.

Horas después, en la sala judicial del condado, el ambiente era solemne. Se trataba de la lectura de cargos, la primera comparecencia obligatoria tras la detención. El juez, un hombre de voz grave, repasó el expediente con la expresión pétrea de quien entiende la magnitud de lo que tiene delante.

El fiscal del distrito expuso los hechos con precisión profesional:

—Señoría, el acusado, Ryan Short, ha sido detenido, in fraganti, tras intentar secuestrar a la señora Olivia Bennett, conocida en Cold Spring como Laura Adams. A esto se suman años de maltrato documentado, violencia física y psicológica, y violaciones continuadas durante la convivencia. Además, existen partes médicos, testimonios, y la reciente agresión sufrida por Olivia Bennett en plena vía pública, con múltiples testigos.

El juez asintió, revisando los documentos. El fiscal continuó:

—Los cargos que el Estado de Nueva York formula contra el señor Short son los siguientes:

Intento de secuestro en segundo grado, delito grave de clase B. Pena: hasta 25 años de prisión.

Agresión en segundo grado, delito grave de clase D. Pena: hasta 7 años de prisión.

Acoso agravado y acecho en primer grado, delito grave de clase D. Pena: hasta 7 años.

Violación en primer grado, delito grave de clase B violento. Pena: hasta 25 años.

Violencia doméstica y maltrato continuado, considerados factores agravantes en la sentencia.

El fiscal se giró hacia el juez con firmeza.

—Señoría, sumando la gravedad de los delitos y los factores agravantes, este individuo podría enfrentarse a una condena acumulada de más de cuarenta años de prisión.

Ryan, sentado entre dos agentes, sonrió con burla.

—Todo eso son exageraciones. Palabras de una mujer despechada.

El juez lo miró con severidad.

—Señor Short, mantenga silencio.

El fiscal pidió entonces la prisión preventiva sin derecho a fianza:

—Dado el riesgo de fuga, la violencia demostrada y la amenaza directa contra la víctima, solicitamos que el acusado permanezca bajo custodia hasta la celebración del juicio —dijo en tono grave—. Además, pedimos una orden de protección y alejamiento inmediata en favor de la señora Adams, prohibiendo cualquier tipo de contacto, directo o indirecto, físico o telemático.

Clive, presente en la sala, apretó los puños con fuerza. «Esto es lo que Laura necesita. Justicia y protección», pensó, sin apartar la vista de Ryan.

El juez, tras unos instantes de silencio, dictó resolución:

—El tribunal concede la petición de la fiscalía. El acusado permanecerá en prisión preventiva en la cárcel del condado de Putnam hasta nueva orden. Queda establecida una orden de alejamiento de 300 metros respecto de la señora Adams y de cualquier lugar que ella frecuente. Asimismo, se prohíbe cualquier comunicación por escrito, telefónica o electrónica.

El martillo del juez golpeó con fuerza, sellando la decisión.

Laura, presente en la sala, respiró profundamente, como si se quitara una losa de encima. «Estoy protegida. Esta vez sí», pensó,

mientras Emily le apretaba la mano con ternura.

Ryan, en cambio, torció el gesto en un rictus de odio.

«Esto no puede terminar así», se repitió en silencio, aunque la certeza de que estaba contra las cuerdas le calaba más hondo de lo que quería admitir.

El comienzo de nuestra vida

La noche caía lentamente sobre Cold Spring, envolviendo las calles tranquilas en un silencio apacible, apenas roto por el murmullo del río a lo lejos. Laura, de pie frente a una de las ventanas de la casa de Clive, observaba cómo las luces de las farolas pintaban la calle de tonos cálidos. Su pecho ya no estaba oprimido por el miedo, sino abierto a un sentimiento que la desbordaba.

«He sobrevivido. He ganado. Y ahora tengo un futuro», pensó, con los ojos humedecidos.

Clive entró en la sala en silencio, observándola como si quisiera memorizar cada detalle de esa imagen: la mujer a la que amaba, erguida, fuerte, radiante de vida. Se acercó despacio y colocó una mano en su hombro. Ella giró el rostro hacia él.

—Ya está, Laura —dijo con voz grave y serena—. Ryan no volverá a tocarte jamás. Este pueblo, esta casa… yo mismo… todo lo que soy estará siempre para protegerte.

Ella lo miró con una mezcla de ternura y firmeza.

—Lo sé, Clive. Pero ya no necesito solo protección. —Le tomó la mano y la apoyó en su pecho, sobre el corazón que latía acelerado —. Necesito amarte. Necesito que sepas que eres el hombre de mi vida.

El sheriff la contempló con emoción, como si hubiera esperado demasiado tiempo para oír pronunciar. esas palabras

—Y tú eres la mujer que me ha devuelto la vida —susurró, con la voz quebrada—. Pensé que nunca volvería a sentir algo así… pero me has demostrado que aún puedo amar.

Laura lo abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello. «Quiero quedarme aquí para siempre. En este pueblo al que llegué por azar… y junto a este hombre que apareció en mi camino como si fuera un milagro», pensó.

—Me bajé de aquel autobús sin saber por qué —dijo en un susurro, acariciando su mejilla—, pero ahora lo sé. Fue para

encontrarte a ti. Para que mi vida empezara aquí, contigo.

Clive apoyó su frente contra la de ella, y cerró los ojos. «Eres mi segunda oportunidad, Laura. Mi destino».

—Quédate conmigo, y no solo esta noche. Quédate siempre —pidió, con la voz cargada de verdad.

—Siempre —respondió ella, con una sonrisa que desterraba las sombras del pasado.

El beso que siguió no fue de pasión ni de deseo: fue un pacto. El silencioso juramento de dos almas que, tras haber perdido tanto, habían encontrado una nueva vida para ambos.

En lo más hondo de Laura, el miedo se disolvió. Y en el corazón de Clive, se instaló la certeza de que Ellen sonreía en algún lugar, y le daba permiso para volver a ser feliz.

Afuera, el pueblo dormía tranquilo, ajeno a que en aquella casa se sellaba el verdadero final de una pesadilla… y el comienzo de una vida nueva.



Epílogo

La mesa de la felicidad

Habían pasado ya varios meses desde el juicio. Ryan Short había sido condenado a treinta años de prisión, sin posibilidad de libertad condicional hasta haber cumplido al menos veinte. Esa noticia, que meses atrás habría parecido un sueño inalcanzable, se había convertido en la base sólida sobre la que Laura había vuelto a construir su vida.

Aquella noche, la casa de Emily estaba llena de risas. La mesa del comedor estaba repleta de platos caseros, copas de vino y velas que iluminaban el sonriente rostro de todos los presentes. John contaba una anécdota, mientras las niñas revoloteaban entre Clive y Laura, llamándola como siempre tía Laura, con esa naturalidad que la hacía sentirse parte de algo mucho más grande que ella misma.

Laura observó la escena en silencio durante un instante. «Hace unos meses tenía miedo de no sobrevivir. Hoy… estoy rodeada de amor, de familia, de vida». Sus ojos se encontraron con los de Clive, que desde el otro lado de la mesa le sonrió como si pudiera leerle el pensamiento.

Emily, que servía una fuente en el centro de la mesa, se fijó en esa complicidad y soltó una carcajada.

—Vale, vale, no hace falta que os digáis con los ojos lo que todos vemos. —Y guiñó un ojo cómplice a Laura.

Las niñas se rieron y corrieron hacia ella para darle un abrazo. Laura se inclinó y, con una emoción contenida, acarició el pelo de cada una. Entonces, miró a toda la familia reunida y supo que había llegado el momento.

Se levantó despacio, alzando su copa, aunque la voz le temblaba ligeramente.

—Quiero daros las gracias… —empezó—. Por aceptarme, por apoyarme y por enseñarme lo que significa tener una familia de verdad. Y… —miró a Clive, con los ojos brillantes— quiero compartir con vosotros una noticia. Dentro de unos meses, si todo va bien, habrá un nuevo miembro en esta mesa.

El silencio se hizo apenas un segundo, hasta que Emily dejó caer la bandeja con un grito ahogado.

—¡Estás embarazada!

Las niñas empezaron a saltar y aplaudir. John se levantó de golpe para abrazar a Clive, y Emily rodeó a Laura con los brazos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Clive la tomó de la mano, apretándola con fuerza.

—Nuestro hijo —susurró junto a su oído, con voz emocionada —. Nuestra nueva vida.

Laura cerró los ojos y, en medio del bullicio de la familia, pensó: «Por fin, la felicidad es completa».

Las risas, los abrazos y el calor humano llenaron aquella noche de un brillo inolvidable. El pasado había quedado enterrado. Y, desde que pertenecía a esa familia, el futuro era mejor que el que hubiera podido imaginar en el mejor de sus sueños.

Si has llegado hasta aquí, me gustaría pedirte un favor.

Tu opinión o valoración es el último capítulo de esta novela, y me gustaría que me ayudaras a acabarla.

Dale a este QR, y deja tu reseña. Muchas gracias, y hasta la próxima.



Nota de la autora

Al igual que siempre os recuerdo, quiero daros las gracias por leer esta novela de ficción: "El silencio que me protege".

Tal como os he comentado, esta historia es únicamente un relato inventado, una trama nacida de la imaginación, y espero de corazón que la hayáis disfrutado. Sin embargo, soy muy consciente de que, desgraciadamente, muchas de las noticias que cada día aparecen en nuestros informativos están relacionadas con situaciones como la que ha vivido Laura/Olivia en estas páginas.

No puedo dejar de expresar mi más rotundo desprecio hacia los hombres que actúan como Ryan, que convierten la vida de una mujer en una prisión hecha de miedo, dolor y sometimiento. Y, en igual medida, quiero dejar patente mi apoyo, cariño y consuelo a todas aquellas mujeres que sufren, en silencio o no, realidades tan duras como las que aquí se narran.

Mi mayor deseo es que cada uno de esos particulares infiernos

personales encontrase un final feliz, al igual que yo he querido dárselo a esta novela. Que ninguna mujer tuviera que huir, esconderse o reinventar su vida para escapar del maltrato.

Un beso enorme para todas vosotras, y en especial para aquellas que, en algún momento, os hayáis visto reflejadas en Laura/Olivia. Que estas páginas sirvan para recordaros que siempre hay esperanza, y que merecéis una vida llena de respeto, amor y libertad.

Melanie Wade

P.D.: Si tienes curiosidad por descubrir más información sobre mí y mi obra literaria, puedes visitar mi página de autor de Amazon

https://www.amazon.es/stores/Melanie-Wade/author/B0DWXL1QPJ?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

También puedes encontrarlo en la próxima página

Serie secretos de Manhattan 1

Bajo las reglas del juego: Dos almas opuestas, un amor que desafía todas las reglas

https://relinks.me/B0DSV6VFP6



Me llamo Anna Roberts. Soy una chica sencilla, práctica, y de clase media. Cuando acepté trabajar como secretaria personal de Mark Blackwell, nunca pensé que mi vida daría un giro tan radical. Es un hombre frío, exigente, perfeccionista, y que representa todo lo que detesto. Cuando empecé a trabajar con él, fue como enfrentarme a un muro de hielo. Pero, poco a poco, he descubierto que, tras esa fachada de dureza, se esconde un hombre marcado por su pasado, con miedos e inseguridades, pero apenas lo deja ver.
Tras la traición de mi ex, me había prometido a mí misma no volver a confiar en ningún hombre, pero hay algo en Mark que me intriga, que me desafía… ¡Y que también me atrae!

Soy Mark Blackwell, un hombre que ha dedicado su vida a alcanzar el éxito. En mi mundo, las emociones son un lujo que nunca me he permitido. Todo en mi vida está planificado, controlado y calculado… O lo estaba, hasta que Anna Roberts entró en mi despacho.
No obstante, ella no es como las demás. Su carácter firme y desafiante me desconcierta. No se doblega, no intenta agradarme, y sabe manejar mi difícil temperamento como nadie.

Anna representaba todo lo que he intentado evitar: alguien capaz de atravesar mis defensas y ver más allá del hombre rígido y perfeccionista que todos conocen.

Serie secretos de Manhattan 2

Estás en mi lista negra: Un amor que no debería haber sucedido, pero que es imposible evitar

https://relinks.me/B0DZTXXFYS



***"Creía conocerlo. Creía poder resistirse. Pero la noche en que la verdad salió a la luz, supo que ya era demasiado tarde..."* (*En mi lista negra*)**

Megan

Nunca pensé que aceptar un puesto como abogada corporativa en una de las firmas más prestigiosas de Nueva York me llevaría a enfrentarme con el hombre más insufrible, autoritario… y condenadamente atractivo que he conocido. Wes Bateman es brillante, calculador y tiene una norma inquebrantable: nunca mezcla trabajo con placer. Pero desde el primer momento en que cruzamos miradas, cada conversación se ha convertido en un duelo de ingenio, cada roce accidental en una chispa encendida. Y ahora, por una jugada del destino, tengo que acompañarlo a la boda de su hermana. Lo que comenzó como una simple estrategia para evitar preguntas incómodas, se ha convertido en algo mucho más peligroso. Pero estar cerca de Wes no solo me tienta… me consume. Y lo peor es que no sé si seré capaz de resistirme.

Wes

Desde que fundé mi empresa, he vivido según mis propias reglas. El trabajo es

trabajo, el placer es placer, y nunca permito que se mezclen. Pero Megan llegó para desafiarlo todo. Inteligente, decidida y completamente inmune a mi autoridad, ha conseguido enloquecerme de todas las formas posibles. Lo que nunca imaginé es que detrás de su actitud desafiante, de sus réplicas y su lista negra de hombres a evitar… se escondiera un pasado que nos une más de lo que jamás creí posible. Ahora, cada vez que la miro, sé que estoy en problemas. Porque no solo la deseo: la quiero. Y esta vez, no pienso dejarla escapar.

Serie secretos de Manhattan 3

Manual de instrucciones para odiarte: Ella no lo vio venir. Él tampoco sabía lo que le esperaba

https://relinks.me/B0F53DKHCL



Alexander:
No planeaba volver. Después de catorce años en los cuerpos especiales de la Armada, la vida se reduce a obedecer, a controlar cada movimiento, cada pensamiento. Y eso me funcionaba. Hasta que una llamada cambió todo. Ahora estoy aquí, en casa, mirando a una desconocida ocupando mi espacio, no solo en mi casa, también en Wolfe Capital Partners, la empresa que mi padre construyó. No sé si es parte del problema... o la única solución.
Claudia:
Todo lo que tengo, me lo he ganado. Horas de estudio, decisiones inteligentes, y un talento que nadie me ha regalado. Peter Wolfe lo vio en mí y apostó fuerte. Ahora, vivo con su familia, dirijo proyectos, gestiono acuerdos y tomo decisiones. No necesito favores, ni aliados. Mucho menos distracciones. Pero entonces, él apareció. Alexander Wolfe. El hijo pródigo que vuelve para reclamar lo que cree que le pertenece.
Alexander:

Ella es brillante. Arrogante, desafiante… y peligrosamente atractiva. La empresa es un tablero de estrategias, y en casa, los silencios pesan tanto como las palabras que no se dicen.
Claudia:
Él es un problema. Un problema con unos ojos azules que nunca se apartan de mí, que desnudan mis estrategias y rompen mi tranquilidad.
Alexander y Claudia:
En este juego, las reglas son simples: sobrevivir, ganar… y no rendirse. Pero la atracción entre dos mentes brillantes puede ser un arma poderosa. Y también, una bomba a punto de estallar.

Serie secretos de Manhattan 4

Sin memoria de tus labios: Dos corazones rotos, un pacto de mentiras... y una pasión inesperada.

https://www.amazon.es/dp/B0F9VGXRBJ



Sin memoria de tus labios : "Simular pasión es fácil. Lo difícil es fingir que no la sientes".

LORI
Pensé que nada podía dolerme más que la traición de mi marido. Me equivoqué. Verlo en la cama con la mujer que yo llamaba amiga fue solo el comienzo. Porque el destino, cruel y oportuno, me empujó directo a los brazos del único hombre al que juré odiar: Jackson Reed.
El arrogante, brillante y encantador Jack. El mismo que una vez me humilló sin saberlo.
Ahora vivimos bajo el mismo techo. Fingimos ser amantes, cómplices, una pareja perfecta… y cada mirada, cada roce, cada beso que nos vemos obligados a dar para continuar el engaño, se vuelve una amenaza contra mi propio control. Necesitaba vengarme, pero no contaba con empezar a sentir algo por él.

JACK
Nunca imaginé que la mujer a la que herí con una frase olvidada sería la misma que incendiaría mi vida años después.

Lori Scott.
Implacable en los tribunales, hermosa sin proponérselo, y más fría que el acero.
Aceptó mi propuesta por rencor, igual que yo la formulé por orgullo.
Un juego peligroso: fingir que somos pareja para destrozar a quienes nos traicionaron.
Pero ella no actúa. Ella arde.
Y yo… estoy empezando a olvidar que esto solo era una venganza.
Porque cada vez que la beso, entiendo por qué podría enamorarme de ella.

Serie secretos de Manhattan 5

Entre las brechas del silencio: Puede protegerla de todos... excepto de sí mismo

https://relinks.me/B0FHFR4T4F



CASEY MORGAN
Soy la hija de uno de los hombres más influyentes de Nueva York. Vivo rodeada de lujos, compromisos sociales... y aburrimiento. Hasta que, una noche, me convierto en testigo de un asesinato y todo cambia.
Ahora tengo un guardaespaldas pegado a mis talones.
Es muy alto, rubio, frío como el Ártico y con la mirada de alguien que ha visto demasiado.
Se llama Dimitri Volkov, es un exmilitar ruso, hombre de pocas palabras y menos sonrisas.
Dice que está aquí para protegerme, pero creo que lo que quiere es volverme loca. Yo solo sé que, cada vez que me mira, mi cerebro se apaga y mis hormonas toman el mando.
Porque, por mucho que me muestre su faceta de piedra, sé que debajo hay fuego.
Y lo peor es que me muero por quemarme junto a él.

DIMITRI VOLKOV
No me pagan para sonreír, ni para caer bien. Me entrenaron para no sentir, para mantener la cabeza fría en cualquier situación. Pero no me prepararon para ella.
Y Casey Morgan… es mi trabajo.
Una joven millonaria demasiado atractiva, con excesivo sarcasmo y ningún respeto por las normas.
Cree que esto es un juego. Que puede provocarme y salir ilesa.
Lo que no sabe es que, detrás de mi frialdad, hay límites que no quiero cruzar… y otros que estoy a un paso de romper.
Me provoca, me desafía, me saca de quicio.
Pero también me recuerda que, bajo mi disciplina y mis cicatrices, sigo siendo un hombre.
Protegerla es mi deber, pero lo que siento por ella… ya es otra historia.
Novela independiente y autoconclusiva

Serie secretos de Manhattan 6

El silencio que me protege: Entre el amor y la verdad

https://relinks.me/B0FLVTRFXX



Laura Adams

He dejado de ser Olivia Bennett y he llegado a Cold Springs con un único propósito: desaparecer.

En un lugar tan pequeño, donde todos se conocen, creí que sería imposible pasar inadvertida… y, sin embargo, lo he logrado. Lo que no he podido dejar atrás son las invisibles cicatrices que me han quedado tras un pasado marcado por el miedo y el maltrato. Aquí vivo con otro nombre y un silencio que me protege.

Lo que no esperaba era que Clive Harris empezara a mirarme así… como si pudiera ver más allá de mis muros. Y que, en lugar de interrogarme, me desarmara con su calma.

Sé que me estoy acercando demasiado a él. Que, entre confidencias y miradas que hablan más que las palabras, mi corazón empieza a ceder.

Clive Harris

Soy el jefe de policía de Cold Springs y no es fácil engañarme. Desde que la vi, supe que Laura Adams no es quien dice ser. Mi instinto me dice que huye, y mi experiencia me confirma que esconde algo. La he buscado en todas las bases de datos, en redes sociales… y nada. Es como si no existiera.

Lo que no esperaba era sentir esa incómoda atracción cada vez que me mira… ni descubrir que, bajo su aparente calma, hay una mujer capaz de desarmarme con una sola sonrisa. Pero una tarde cualquiera, tras un paseo por rincones escondidos y una cena, entre nosotros se encendió algo que ninguno de los dos esperaba. Entre veladas confidencias, miradas que hablan más que las palabras y una atracción que crece a cada minuto, he descubierto que mi deseo de protegerla empieza a ser más fuerte que la necesidad de respuestas.

Pero, lo que ninguno de los dos sabe es que, para Laura, enamorarse de otro hombre podría ser la decisión más peligrosa de su vida, porque Ryan Short, su exnovio, nunca dejará de buscarla.